

MODELOS LITERARIOS

ORDENADOS POR

Narciso Alonso Cortés

Ex Libris



O'r. O'o. Jaime Masaven

R. 71076

DGCL
→ A

MODELOS LITE-
RARIOS ORDENA-
DOS POR NARCISO
ALONSO CORTÉS

Valladolid

PRIMERA PARTE:
LITERATURA ESPAÑOLA

TERCERA EDICIÓN



EDITORIAL Y LIBRERÍA GENERAL DE VIUDA DE MONTERO
FERRARI, 4 & 6. VALLADOLID. 1915

C. 1113970
E. 93323

ADVERTENCIA

Para formar esta colección de trozos literarios españoles, he procurado valerme de buenas ediciones y textos críticos, que van indicados al pie de cada fragmento.

Llegando al siglo XVI, hago la transcripción con la ortografía moderna, pero guardando fidelidad absoluta á las ediciones más autorizadas. Creo que si para los jóvenes lectores á quienes este libro se destina es útil formar idea de la primitiva ortografía castellana, sólo á confusión puede inducirlos la de siglos posteriores, sumamente variable y caprichosa.

N. A.

Primera época: Hasta fines del siglo XV

I. Desde los orígenes hasta fines del siglo XIII

Antiguas escrituras

De la Iglesia de Valpuesta. (Año 844)

(Chr.) In Dei Nomine. Ego sumus fratres de Ualle Composita, qui sumus habitantes in ipsa kassa uel in ipsa regula de Sancte Marie Birginis, sub Domno nostro Ioannes episcopus, qui confirmaui ipso loco et nos sui traditi sumus pro lumine ecclesie, pro uictu monachorum. Ego Fredulfus episcopus sic conimendo meo kapo ad atrium Sancte Marie uel ad Domno meo Ioannes Episcopus cum tota mea portione, kasas, terras, uineas, pomiferis, exitis, introitis, gressu et regressum, cum mea facultatem et omnia mea rem in loco que uocitant Elzeto cum fueros de totas nostras absque aliquis uis causa, id est, de illa costegera de Ualle Composita usque ad illa uinea de Ual Sorazanes, et deinde ad illo plano de Elzeto et ad Sancta Maria de Uallelio usque ad illa senra de Pobalias, absque mea portione, ubi potuerimos inuenire, et de illas custodias, de illas uineas de alios omnes que sunt de alios locos et omnes que sunt nominatos de Elzeto, senices et iubines, uiriis atque feminis, posuimos inter nos fuero que nos fratres poniamus

custodiero de Sancta Maria de Ualle Conposita per ueritatem et per fide nostra totas illas custodias ubique potuerimus in ipso termino que ad illo custodiero de Ualle Conposita deseruiat, per in seculum seculi, firmiter nostre cautus permaneat...

(Texto de L. Barrau-Dihigo.—*Revue Hispanique*, 1900).

Donación al monasterio de Navasal. (Año 947)

In Dei nomine et eius gratia. Hec est carta quam ego Garsia Sancionis, rex Pampilone, cum uoluntate comitis Fortunionis de Aragonie facio Sancto Iuliano de Lauasal ob remedium anime mee. Intendens quod Fortunio Garsianes rex, auus meus, habebat ibi deuocionem, et partiuit contencionem de illos terminos caualcato super equo rosello in era DCCCCXXX^a I^a, XIIIⁱⁱ annos postquam karolus exuenit in Yspaniam, uolens sequi meos genitores, do et concedo Sancto Iuliano illos sex mesquinos quos habeo in Binies: Acibiello Balo, Garsia Asnare, Acibiello Ennecons, Fortunio Dat, Asallito, Xemenno Asnar, cum toto illo ciso et deuere de pane, uino et carne et alios deueres, que michi tenentur facere, cum suas casas, canpos, uineas, ortos, areas, aquas, herbas, montes, siluas, cum medietate de senyorio de toto uico de Binies et suis terminis; et alia medietas sit Galindonis ad opus de meo seruicio per secula cuncta...

(Texto de D. Manuel Magallón. *Colec. diplom. de S. Juan de la Peña*).

Fuero de Palenzuela. (Año 1074)

In nomine sancte et individue Trinitatis, scilicet, Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amén.

Hec est scriptura firmitatis quam fecit Aldefonsus rex baronibus de *Palenciola Comitibus*, tam presentibus quam futuris, de bonos furos ut habeant quos habuerunt in

diebus comitis Sancii tam illi qui hibi sunt morantes quam illi qui advenientes fuerint pro hic morari, ut dent in unuquoque anno quatuor sernas et in istas sernas quicumque eos levaverit duobus diebus det eis panem et vinum et carnem; et aliis duobus diebus panem et vinum. Et si hoc non dederint, non vadant illud...

Et habeant barones de Palenciola suos terminos de fonte castellana et de las pennas que sunt intra fontem castellanam; et fontem Lobar totum vallem arriba fasta la matança en acca; de piedras rubeas en acca; et de Valdasniela en acca: Pozuelo aldea fuit de Palenciola, Garfon et Gallegos cum suis terminis, Val de regis fastam ad fontem castellanam; de parte de Rivofrancorum: de Semita Dalgodre en acca; de Valdeferron que est en Bonamadre en acca; de campo de Lagunas fasta Autier de Ferro; et deinde usque ad Sanctum Ysidorum circa Villamroderici, comodo semita discurrit en acca, de la ponte de Villaroderici fasta en Ribera; per planum arriba fasta los casares de Fannovequez en acca; de parte de Penniela de las pozas fasta al Portiello de Valdefontes; de suso el cerral aiusso en acca; de Valdecennar el sendero arriba fasta el fito ubi dispartit carrera de Sancta Maria del Campo; et de Negriellos en acca, terminum de Palençuela.

(Texto del P. L. Serrano. *Col. dip. de San Salv. del Moral*).



Poema del Cid (11..?)

Elbuen Campeador la fu cara tornaua,
 Vio que entrellos ç el castiello mucho auie grand plaça;
 Mando tornar la feña, a prieffa efpoloneauan.
 «Firid los, caualleros, todos fines dubdança;
 Con la merçed del Criador nueftra ef la ganancia».
 Bueltos fon con ellos por medio dela laña.
 Dios, que bueno ef el gozo por aquefta mañana!

Myo Çid ç Albarfanez adelant aguiiuan;
 Tienen buenos cauillos, fabet, afu guifa les andan;
 Entrellos ç el caftiello eneffora entrauan.
 Los vaffallos de myo Çid fin piedad les dauan,
 En vn ora ç vn poco de logar. c. c. c. moros matan,
 Dando grandes alaridos los que eftan en la çelada.
 Dexando uan los delant, por el caftiello fe tornaúan,
 Las efpadas defnudas, a la puerta fe paraúan.
 Luego legauan los fos, ca fecha ef el arrancada.
 Myo Çid gaño a Alcocer, fabent, por eſta mãna.
 Vino Pero Vermuez, que la feña tiene en mano,
 Metiola en fomo en todo lo mas alto.
 Fablo myo Çid Ruiz Diaz, el que en buen ora fue nado:
 «Grado a Dios del çielo ç atodos los fos fantos,
 Ya meioraremos pofadas aduenos ç acauillos.
 Oyd ami, Albarfanez ç todos los caualleros!
 En eſte caftiello grand auer auemos prefo,
 Los moros yazen muertos, de biuos pocos veo,
 Los moros ç la[s] moras vender non los podremos,
 Que los defcabeçemos nada non ganaremos;
 Coiamos los de dentro, ca el fenorio tenemos,
 Pofaremos en fus caſas ç dellos nos feruiremos».

.
 Falaron vn vergel con vna linpia fuent;
 Mandan fincar la tienda yfantes de Carrion,
 Con quantos que ellos traen y iazen eſta noch.
 Con fus mugieres en braços demueſtran les amor;
 Mal gelo cunplieron quando falie el fol.
 Mandaron cargar las azemilas con grandes aueres,
 Cogida han la tienda do albergaron de noch,
 Adelant eran ydos los de criazon:
 Affi lo mandaron los yfantes de Carrion,
 Que non yfincas ninguno, mugier nin varon,
 Si non amas fus mugieres doña Eluira ç doña Sol:
 De portar fe quieren con ellas atodo fu fabor.
 Todos eran ydos, ellos IIIJ. folos fon,
 Tanto mal comidieron los yfantes de Carrion;
 «Bien lo creades, don Eluira ç doña Sol,

Aqui feredes efcarnidas en eftos fieros montes.
Oy nos partiremos, ç dexadas feredes de nos;
Non abredes part en tierras de Carrion.
Hyran aqueftos mandados al Çid Campeador;
Nos vengaremos aquefta por la del León.»
Alli les tuellen los mantos ç los pelliciones,
Paran las en cuerpos ç en camifas ç en çiclatones.
Efpuelas tienen calçadas los malos traydores,
En mano prenden las çinchas fuertes ç duradores.
Quando efto vieron las duēnas, fablaua doña Sol:
«Por Dios uos rogamos, don Diego ç don Ferando!
Dos espadas tenedes fuertes ç taiadores,
Al vna dizen Colada ç al otra Tizon,
Cortandos las cabeças, martires feremos nos:
Moros ç chriſtianos de partiran deſta razon,
Que por lo que nos mereçemos no lo prendemos nos;
Atan malos enffienplos non fagades fobre nos:
Si nos fuereſmos maiadas, a biltaredes auos,
Retraer uos lo an en viſtas o en cortes.»
Lo que ruegan las duenas non les ha ningun pro.
Effora les conpieçan adar los yfantes de Carrion;
Con las çinchas corredizas maian las tan fin fabor;
Con las espuelas agudas, don ellas an mal fabor,
Ronpien las camifas ç las carnes aellas amas ados;
Limpia falie la fangre fobre los çiclatones.
Ya lo fienten ellas en los fos coraçones.
¡Qual ventura ferie eſta, fi ploguieſſe al Criador,
Que affomaffe effora el Çid Campeador!

(Texto Menéndez Pidal. — Madrid, 1900).

Mocedades del Cid (12..?)

Ffabló Ximena Gomes la menor: «Mesura, dixo, hermanos,
[por amor de caridat.

Yrme he para Çamora, al rey don Fernando querellar,
e mas fincaredes en salvo, e el derecho vos dará.»

Allí cavalgó Ximena Gomes, tres doncellas con ella van,
e otros escuderos que la avían de guardar.

Llegaba a Samora, do la corte del rey está,
llorando de los ojos é pidiendo piedat.

«Rey, dueña so lasrada, e aveme piedat.

Orphanilla finqué pequeña de la condessa mi madre.

Ffijo de Diego Laynes fissome mucho mal;

prissome mis hermanos, é matóme a mi padre.

A vos que sodes rey véngome a querellar.

Señor, por merced, derecho me mandat dar.»

Mucho pessó al rey, e comensó de fablar:

«En grand coyta son mis reynos; Castilla alçarseme ha;
e si se me alçan Castellanos, fferirme han mucho mal.»

Quando lo oyó Ximena Gomes, las manos le fué bessar.

«Merced, dixo, señor; non lo tengades a mal.

Mostrarvos he assosegar a Castilla e a los reynos otro tal.

Datme a Rodrigo por marido, aquel que mató a mi padre.»

Allegó don Diego Laynes al rey bessarle la mano.

Quando esto vio Rodrigo, non le quiso bessar la mano.

Rodrigo fincó los ynojos por le bessar la mano.

El espada traya luenga; el rey fué mal espantado.

A grandes voses dixo: «Tiratme alla esse pecado.»

Dixo estonce don Rodrigo: «Querria mas un clavo,
que vos seades mi señor, nin yo vuestro vassallo.

Porque vos la bessó mi padre soy yo mal amansellado.»

Essas oras dixo el rey al conde don Ossorio, su amo:

«Datme vos aca essa doncella, despossaremos este losano.»

Aun non lo creyó don Diego, tanto estaba espantado.

Salió la doncella, e traela el conde por la mano.

Ella tendió los ojos, e a Rodrigo comensó de catarlo.

Dixo: «Señor, muchas mercedes, ca este es el conde que yo demando». Ally despossavan a doña Ximena Gomes con Rodrigo el Castellano. Rodrigo respondió muy sannudo contra el rey Castellano: «Señor, vos me despossastes mas a mi pessar que de grado; mas promételo a Christus que vos non besse la mano, nin me vea con ella en yermo nin en poblado, ffasta que vensa cinco lides en buena lid en campo.» Quando esto oyó el rey, fiseose maravillado. Dixo: «Non es este ombre, mas figura ha de peccado.»

(Texto Durán.—*B. A. E.* Madrid, 1851).



Auto de los Reyes Magos (11..?)

(CASPAR Y LOS OTROS DOS REYES A HERODES)

Salue te el Criador, Dios te curie de mal,
un poco te dizeremos, non te queremos al,
Dios te de longa uita i te curie de mal;
imos in romeria aquel rei adorar
que es nacido in tierra, nol podemos fallar.

(HERODES)

Que decides, o ides? a quin ides buscar?
de qual terra uenides, o queredes andar?
Decid me uostros nombres, no m'los querades celar.

(CASPAR)

A mi dizen Caspar,
est otro Melchior, ad achest Baltasar.
Rei, un rei es nacido que es senior de tierra,
que mandara el seclo en grant pace sines gera.

(HERODES)

Es asi por uertad?

(CASPAR)

Si, rei, por caridad.

(HERODES)

I cumo lo sabedes?
ia prouado lo auedes?

(CASPAR)

Rei, uerdad te dizremos,
que prouado lo auemos.

(MELCHOR)

Esta es grand ma[ra]uila.
un strela es nacida.

(BALTASAR)

Sennal face que es nacido
i in carne humana uenido.

(HERODES)

Quanto i a que la uistes
y que la percibistis?

(CASPAR)

Tredze dias a,
i mais non auera,
que la auemos ueida
i bine percebida.

(HERODES)

Pus andad i buscad,
i a el adorad,
i por aqui tornad.
Io ala aire,
i adoralo e.

Disputa del Alma y del Cuerpo (12..?)

[S]i quereedes oir lo que uos quiero dezir,
 Dizre uos lo que ui, nol uos i quedo fallir.
 Un sabad[o e]sient, dom[i]ngo amanezient,
 Ui una grant uision en mio leio dormient:
 Eram' asem[eian]t que so un lenzuelo nueuo
 Jazia un cuerpo de uemne muerto;
 Ell alma era fuera [e] fuert mentre que plera,
 Ell ama es ent esida, desnuda ca non uestida,
 E guisa [d' u]n jfant fazie duelo tan grant.
 Tan grant duelo fazie al cuerpo maldizie,
 Fazi [ta]n grant de duelo e maldizie al cuerpo;
 Al cuerpo dixo ell alma: «de ti lieuo ma[la] fama!
 Tot siempre t' maldizre, ca por ti penare,
 Que nunca fecist cosa que semeias fer[mo]sa,
 Ni de nog ni de dia de lo que io queria;
 Nunca fust a altar por j buena oferda dar
 Ni diez[mo] ni primicia ni buena penitenci[a];
 Ni fecist oracion nunca de corazo[n],
 Cua[n]do iuas all el[que]si[a] asentauaste a conseia,
 I fazies tos conseios e todos tos (dos) treb[e]ios;
 Apostol ni martjr [nunca] quisist seruir,
 Iure par la tu tiestã que no curaries fiesta,
 Nunca de nigun santo no [cure]st so disanto
 Mas not faran los santos aiuda mas que a una bestia muda;
 Mezquino, mal [fadado], ta' mal ora fuest nado!
 Que tu fu[este] tan rico, agora eres mesquinu!
 Dim, o son tos dineros que tu mi[sist] en estero?
 O los tos morauedis azaris et melequis
 Que solies manear et a menudo contar?
 O son los pala[fres] que los quendes ie los res
 Te solien dar por to loseniar?
 Los cauallos corientes, las espuelas [pu]nentes,
 Las mulas bien amblantes, asuueras trainantes,
 Los frenos esorados, los [petr]ales dorados,

Las copas d' oro fino con que beuies to uino?
Do son tos bestimentos? ¿o los [tos] guarnimentos
Que tu solies festir e tambien te...»

(Texto Menéndez Pidal.—*Rev. de Arch.* 1900).

Gonzalo de Berceo (11... 1264 ?)

Vida de Santo Domingo de Silos

«En el nonbre del Padre, que fizo toda cosa,
E de don Jhesu Christo, Fijo dela Gloriosa,
Et del Spiritu Sancto, que egual dellos posa,
De un confessor sancto quiero fer vna prosa.
Quiero fer vna prosa en roman paladino
En qual suele el pueblo fablar con su uezino,
Ca no son tan letrado por fer otro latino:
Bien ualdra, como creo, un vaso de bon vino.
Quiero quelo sepades luego dela primera
Cuya es la ystoria, meter uos en carrera;
Es de Sancto Domjngo, toda bien uerdadera,
El que dizen de Silos, que salua la frontera.
Enel nonbre de Dios, que nonbramos primero,
Suyo sea el preçio, yo sere su obrero,
Gualardon del lazerio yo en El lo espero,
Quj por poco serujcio da galardon larguero...»

(Texto Fitz-Gerald.—Paris, 1904).

Milagros de la Virgen

MILAGRO XIV

Sant Miguel de la Tomba es un grant monesterio,
El mar lo cerca todo, allí yace en medio:
El logar perigroso, do sufren grant lacerio
Los monges que hi viven en essi cimiterio.

En esti monesterio que avemos nomnado
 Avie de buenos monges buen convento probado,
 Altar de la Gloriosa rico e muy honrado,
 En él rica imagen de precio muy granado.

Estaba la imagen en su trono posada,
 So fijo en sus brazos, cosa es costumada:
 Los reys redor ella, sedie bien compannada,
 Como rica reyna de Dios sanctificada.

Tenie rica corona, commo rica reyna,
 De suso rica impla en logar de cortina,
 Era bien entallada de labor muy fina,
 Valie mas essi pueblo que la avie vecina.

Colgaba delant ella un buen aventadero,
 En el seglar lenguaje dicenli moscadero,
 De alas de pavones lo fizo el obrero,
 Lucie commo estrellas, semeiant de lucero.

Cadió rayo del cielo por los graves peccados,
 Encendió la eglesia en todos quatro cabos,
 Quemó todos los libros e los pannos sagrados,
 Por pocco qué los monges que non foron quemados.

Ardieron los armarios é todos los frontales,
 Las bigas, las gateras, los cabrios, los cumbrales,
 Ardieron las ampollas, cálices e ciriales,
 Sufrió Dios essa cosa commo faz otras tales.

Magüer que fue el fuego tan fuerte e tan quemant,
 Nin plegó á la duenna, nin plegó al infant,
 Nin plegó al flabello que colgaba delant,
 Nin li fizo de danno un dinero pesant.

Nin ardió la imagen, nin ardió el flabello,
 Nin prisieron de danno quanto val un cabello
 Solamente el fumo non se llegó á ello,
 Non nuzió más que nuzo io al obispo Don Tello.

Vida de San Millán

Entró en el castiello, falló al castellero,
Al varon benedito, al feliz caballero,
Al ermitan orando en somo del otero
Plus umildosa—miente que un monge claustrero.

Cadioli a los pïedes luego que fo sobido:
Dissol: merçet te clamo, de voluntat la pïdo,
Por partirme del mundo voto e prometido,
Quierote por maestro, por esso so venido.

Querria esta vida en otra demudar,
E bevir solitario por la alma salvar,
De los viçios del mundo me querria quitar,
Pora esso te vengo conseio demandar.

Non se nada de letras, vásmelo entendiendo,
De la sancta creencia la raiz non entiendo:
Padre, merçet te clamo, a tos pïedes jaçiendo,
Que en esti laçerio vayas mano metiendo.

Demas si saber quieres do vengo la raiz,
En Berçeo fuí nado, çerca es de Madriz,
Millan me puso nomne la mi buena nodriz,
Fasta aqui mie vida con obeias la fiz.

Con esto Sant Felices ovo muy grant alegría,
Rendie graçias a Dios e a Sancta María,
Entendie que non era fecho por arlotía,
Mas que lo mengeara Dios de la su mengía.

Reçibiolo de grado, metió en el mission,
Demostroli los psalmos por fer su oraçion,
Con la firme femencia dioli tal nudriçion,
Que entendió la forma de la perfection.

Fue en poco de tiempo el pastor psalteriado,
De ymnos e de canticos sobra bien decorado,
En toda la doctrina maestro profundado,
Faziese el maestro misme maravellado.

Poema de Fernán González (12..)

En antes que ovye[s]en las vodas acabadas
 —Non avya ocho dias que eran escomençadas—
 Fueron a don Fernando otrras nuevas llegadas,
 Que venia (el) rrey Garçia con muy grandes mesnadas.

Mando luego el conde a sus gentes guarnir,
 Quando fueron guarnidas saliol a rresçebyr,
 A cabo del condado ovyeron de salir,
 Ouieron [en] el pleito todos a departyr.

Las fazes fueron [luego] paradas (movidas a) tan pryado,
 Qual era su me(nes)ter avya lo byen osado,
 El rrey de los navarros estava byen guisado,
 Començaron entrramos vn torneo pesado.

Segund lo leemos, e diz(e)lo la lienda,
 Estovo (byen) medio dia en peso la fazienda,
 Cansados eran todos e fartos de contyenda,
 Tomaron y por poco los navarros ymyenda.

Lleuaron los del canpo navarros gran[d] partyda,
 Muchos de (los) castellanos perdieron y la vyda,
 De dardos e de lanças fazian mucha feryda,
 Ovo en poca dora mucha sangrue vertyda.

Quand(o) vyo don Fernando castellanos mouidos,
 Vyo los estar cansados e todos rretraydos,
 Fueron de sus palabrras fuerte m[i]ent(e) rreprendidos:
 «Por nos(otros) pyerden oy si[e]glo por nasçer e nasçidos.»

«Maguer que vos querades assy ser tan fallidos,
 Fazer vos he (yo) ser buenos a fuerça o amidos,
 Sy yo aqui fynare vos non querryedes ser nasçidos,
 Qua seryades por ello traydores conosçidos.»

El sosanno del conde non quesyeron sofryr,
 Dixeron: «Mas queremos todos aqui moryr
 Que don Fernan Gonçalez esto nos fazeyr,
 Lo que nunca falliemos non queremos (agora) fallir.»

Tornaron en el canpo, pensaron de feryr,
 Commo omnes que non han codi(s)çia de foyr,

Fazian muchos cavallos syn sennores salir,
Podryan a grran[d]mijero byen los golpes oyr.

El conde orgulloso, de coraçon loçano,
Vyo (estar) a su cunnado en medio de vn llano,
Puso se con[tra el] la lança sobre mano,
Dixo: «¡Parta se el campo por nos amos, hermano!»

Eran (el) vno e (el) otro enemigos sabudos,
Fueron se a feryr entrremos muy san[n]udos,
Las lanças avaxadas, los pendones tendudos,
Dieron se grrandes golpes luego en los escudos.

Fer(r)yo al rrey Garçia el sennor de Casty[e]lla,
Atal fue la fer(r)ya que cayo de la sy[e]lla,
Metyol toda la lança por medio (de) la tety[e]lla,
Que fuera del espaldá paresçio la cochy[e]lla.

Don Fernando por fuerça ovo al rey (a) prender,
El pueblo de Navarra nol pudo defender,
Ovyeron le a Burgos (a) es[s]a çibdat (de) traer,
Mandol luego el conde en los fyerros meter.

(Texto C. Carroll Marden.—Baltimore, 1904).



Primeros anales toledanos (12..)

Vino fillo del Rey de Cordoba con Algaraves, é con Algoces, é con Andeluces, é muchos peones adaragados, é pasaron Tajo, é corrieron é prisieron muchos cativos é cativas, é mucho ganado. E exio el apellido de Toledo, peones, é Caballeros, é ballesteros, é alcanzaronlos en Fegabraen, é lidiaron con ellos, é arrancaron á los Moros, é sagudieron la ganancia. Mas los Moros mataron á los cativos, é dieron fuego Alaxara, é quemaron muchos moros, é aduxieron á Toledo muchas Lorigas, é muchos Caballos,

é muchas cabezas, dia de Mercores en XVIII. dias de September Era MCCLI.

Fue el Rey de Aragon con sus Ricos Omes ayudar al Conde Tolosa, é lidió con el Conde de Montfuert, é mataron y al Rey Daragon en el mes de September Era MCCLI.

El Rey D. Alfonso de Castiella, é el Rey de Leon fizieron paz, é fizieron pleito, que fuesen cada uno en huest sobre Moros por su frontera, é dió el Rey D. Alfonso al Rey de Leon Diago Lop, é Lop Diaz con DC. Caballeros bien guisados en ayuda, é fueron é prisieron Alcántara, é fueron ende á Cancies, é non la podieron prender, é tornose el Rey de Leon con su huest. E fueronse Diago Lopez, é Lop Diaz con sus Caballeros á Baeza al Rey. E pusieron el Rey D. Alfonso é el Rey de Leon, que se ayuntasen entre Cordoba é Sevilla alende Guadalquivil, é non vino y el Rey de Leon. Fueron en Algara, é tomaron á Guliena, é mataron y muchos Móros, é muchas Moras, é aduxieron grand ganancia. Esto fue en Noviembre, é duraron tres sedmanas de Janero sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fue hora que custó el almud de la Cevada LX. soldos: é vino la huest para Toledo, é duró la fambre en el Regno hasta el Verano, é murieron las mas de la gientes; é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furta. Esto fue en Toledo, é andaban VIII. almudes de trigo á Era MCCLII.

Murió Pedro Fernand, fillo de Fernand Roiz en Marruecos, en XVIII. dias de Agosto Era MCCLII.

Murio el Infant fillo del Rey de Leon, Lunes en Agosto Era MCCLII.

(Texto P. Flórez. *Esp. Sag.*, t. XXIII.—Madrid, 1767).



Don Alfonso el Sabio (1220-1284)

Libro del Alcora

**De saber de quantas horas a en qual dia quisieres,
et en qual uilla quisieres**

Quando esto quisieres saber alça el polo septentrional sobre ell orizon tanto quanto la ladeza daquella uilla en que esto quisieres saber, et sepas el logar del sol en aquel dia en que esto quisieres saber. Et pon sennal en el zodiaco en aquel grado del sol, et mueue la alcora fasta que se pare aquella sennal en el zodiaco en ell orizon oriental, et cata qual de los grados dell equinoctio se para con ell en ell orizont oriental, et face y sennal. Et despues mueue la alcora fasta que se pare la sennal del zodiaco en ell orizon oriental, et cata qual de los grados dell equinoctio se para en ell orizon oriental, et faze y otra sennal. Et cuenta de la primera sennal dell equinoctio fasta la otra, et aquello que fuer pártelo por XV, et lo que saliere de la particion son horas eguales, et lo que finca de la cuenta de XV ayuso serán fracciones de hora equal. Pues dirás que tantas et tantas partes de hora a en aquel dia en aquella uilla.

(Texto Rico y Sinobas.—Madrid, 1863).

Primera crónica general

Empos esto que dicho es, Vellid Adolfo, con sabor de cumplir la traycion te tenie raygada en el coraçon, aparto al rey don Sancho et dixol: «sennor, si lo tenedes por bien caualguemos amos solos, et uayamos andar a derredor de Çamora et ueredes uestras cauas que mandastes fazer, et yo mostraruos e el postigo que los çambranos llaman dArena, por o entraremos la villa, ca nunqua aquel postigo se cierra; et desdeque annochesciere dar medes C caualleros fijos dalgo que uayan conmigo, et armarnos

emos, et yremos de pie; et como los çambranos estan flacos de fanbre et de lazeria, dexarse nos an uençer, et nos abriremos la puerta et entraremos et tenerla emos abierta fasta que entren todos los de la hueste, et assi ganaredes la villa.» El rey crouogelo et dixol que lo dizie muy bien. Et caualgaron amos; et andando a derredor de la villa allongados de la hueste catando el rey como la podrie mas ayna prender et ueyendo sus cauas, mostrol aquel traydor aquel postigo quel dixiera por o entrarien la villa; et pues que la villa ouieron andada toda a derredor, ouo el rey sabor de descender en la ribera de Duero a andar por y assolazandosse; et traye en la mano un venablo pequenno dorado como lo auien estonces por costumbre los reys, et diol a Vellid Adolfo que gele touiesse, et el rey apartosse a fazer aquello que la natura pide et que ell omne non lo puede escusar. Et Vellid Adolfo allegosse alla con el, et quandol uio estar daquela guisa, lançol aquel venablo, et diol por las espaldas et saliol a la otra parte por los pechos. Et pues quel ouo ferido daquela guisa boluio la rienda al cauallo, et fuesse quanto mas pudo pora aquel postigo que el mostrara al rey pora furtar la villa. Et ante desto fiziera ya Vellid Adolfo otra traycion, ca matara al conde don Nunno como non deuiera. Roy Diaz el Çid quandol uio assi foyr, preguntol que por que fuye; et el non le quiso dezir nada nil respondio. El Çid entendio estonces que nemiga auie fecho, o por uentura que matara al rey el que assi yua fuyendo, ca era Vellido muy su priuado del rey assi que se nunca partie dell. Et demando el Çid el cauallo a grand priessa; et demientre que gelo dauan, alongosse Vellid Adolfo. Et con la grand cuyta que el Çid auie de su sennor, luego que touo la lança, fue su uia tras Vellido a poder de cauallo que sol non atendio quel pusiessen las espuelas. Et Vellido dexo de yr al postigo et fuesse a la puerta de la villa; aqui dize la estoria que alcanço el Çid a Vellido entrante de la puerta de la villa, et quel firio de la lança et quel metio por medio de las puertas adentro, et dizen quel mato y el cauallo, et ouiera y muerto a el si las espuelas ouiesse

tenidas. Pero dize ell arcobispo don Rodrigo esta razon desta guisa: quel non pudo alcançar por las espuelas que non touo; mas pero quel segudo fasta las puertas de la villa, et alli maldixo el Çid a todo cauallero que sin espuelas caualgasse.

(Texto Menéndez Pidal.—*N. B. A. E.* Madrid, 1906).

Libro de los Buenos Proverbios

Yuntamiento de cinco philosophos para hablar en sapiencia

Dixo el primero: la sapiencia es vida del alma, e sembra todo bien en los coraçones, da fructo de gracia, e es allegamiento de toda alegria, e non se amata su lumbre nin su candela.—Dixo el segundo: la sapiencia es vestido [honrrado] del seso e peso de la derecha e lengua de [la] verdat e fuente del averiguamiento e huerta en que se depuertan las almas, e es segurança de los medrosos e solaz de los desconpannados, e esta es buena marcadura de los que della an sabor, e esta es la gracia e el bien e el entendimiento deste mundo e de aquel otro.—Dixo el tercero: la sapiencia es lumbre e claridat de la vista de los coraçones, e es huerta pora los pensamientos, e es siella del seso, e es segurança de rrecabar omne lo que quiere, e fiador del buen pujamiento, e aduze al omne a la verdat, e es (al) omne mensajero entre los sesos e los coraçones e las carretras que non se amatan, e el sabio, non muere su nonbre.—Dixo el quarto: la sapiencia es rrenta de los sabios e argumento dellos, e es cosa dont viene la vida e adelantamiento de los sesos e folgamiento de los cuerpos e de los coraçones e lumbre de los ojos e comendamiento de los buenos pensamientos e conoscimiento de las pruebas e de las verdades.—Dixo el quinto: la sapiencia es forma del seso, e el seso faze llegar a saber los argumentos della, e averigua las cosas de la sapiencia que son muchos sotiles e

mucho encubiertas, e es mensajero entr' ella e el coraçon, e faze conoscer la materia de los saberes, e departe las semejanças unas d' otras e los (dubdamientos) de los saberes.
(Texto Knust. — Tübingen, 1879).

Don Juan Manuel (1282-13..)

Libro de Patronio

EXEMPLO X

DE LO QUE CONTESCIO A UN OMNE QUE POR POBREZA ET
MENGUA DE OTRA VIANDA COMIA ATRAMUZES

Otro dia fablava el conde Lucanor con Patronio [su consejero], en esta manera: «Patronio, bien conosco a Dios que me ha fecho muchas mercedes, mas quel' yo podria servir, et en todas las otras cosas entiendo que esta la mi fazienda asaz con bien et con onrra; pero algunas vegadas me contesce de estar tan afincado de pobreza que me paresce que que[r]ia tanto la muerte commo la vida. Et rruegovos que algun conorte me dedes para esto.»

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «para que vos conortedes, quando tal cosa vos acaesciere, seria muy bien que sopiesedes lo que acaescio a dos omnes que fueron muy rricos.»

E el conde le rrogo que[r] dixiese commo fuera aquello.

«Sennor conde Lucanor», dixo Patronio, «de estos dos omnes el uno dellos llego a tan grand pobreza quel' non finco en el mundo cosa que pudiese comer. Et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo aver cosa del mundo sinon una escudiella de atramizes. Et acordandose de [quando] rrico solia ser e que agora con fambre era et con mengua avia de comer los atramizes que son tan amargos et de tan mal sabor, conmenço de

llorar muy fieramente, pero con la grant fanbre començo de comer de los atramizes et en comiendolos estava llorando et echava las cortezas de los atramizes en pos [de] si. Et el estando en este pesar et en esta coyta sintio que estava otro omne en pos del et volvio la cabeza et vio un omne cabo del, que estava comiendo las cortezas de los atramizes que el echava en pos de si, et era aquel de que vos fable desuso. Et quando aquello vio el que comia las atramizes, pregunto a aquel que comia las cortezas que porque fazia aquello. Et el dixo que sopiese que fuera muy mas rrico que el et que agora avia llegado a tan grand pobreza et en tan grand fanbre quel' plazia mucho quando fallava aquellas cortezas que el dexava. Et quando esto vio el que comia [los] atramizes conortose, pues entendio que otro avia mas pobre que el, et que avia menos rrazon porque lo devie seer. Et con este conorte esforçose, et ayudol' Dios, et cato manera en commo saliese de aquella pobreza, et salio della et fue muy bien andante.

«Et [vos], sennor conde Lucanor, deve des saber que el mundo es tal et aun que nuestro sennor Dios lo tiene por bien que ningun omne non aya conplida mente todas las cosas. Mas pues en todo lo al vos faze Dios merced et estades con bien et con onrra, si alguna vez vos menguare[n] dineros o estudiierdes en afincamiento, non desmayedes por ello et cred por cierto que otros mas onrrados et mas rricos que vos estaran afincados, que se ternian por pagados si pudiesen dar a sus gentes et les diesen aun muy menos de quanto vos les dades a las vuestras.»

E al conde plogo mucho desto que Patronio [le] dixo et conortose et ayudose el, et ayudol' Dios, et salio muy bien de aquella quexa en que estava.

Et entendiendo don Johan que este enxienplo era muy bueno, fizolo poner en este libro et fizo estos viessos que dizen asi:

Por pobreza nunca desmayedes,
Pues otros mas pobres que vos veedes.

II. Siglos XIV y XV

El Caballero Cifar (13..)

E quando alli los lançaron, todos los que estavan alli oyeron las mayores boses del mundo que davan so el agua; mas non podien entender lo que se desie. E assy como començo a bullir el agua, levantose della un viento muy grande a maravilla; de guisa que todos quantos alli estavan cuydaron peligrar e que los derribarie dentro, e fuyeron todos e vinieronse para el rreal, e contaronlo al rey e a todos los otros que maravillaronse mucho dello. E sy grandes maravillas parecieron alli aquel dia, muchas mas parescen y agora, segund cuentan aquellos que las vieron, e disen que oy dia van muchos a ver aquellas maravillas, ca veen alli cavalleros armados lidiando derredor del lago, e veen cibdades e castillos muy fuertes, combatiendo los unos a los otros, e dando fuego a los castillos e las cibdades. E quando se fassen aquellas visiones e van al lago, fallan que está el agua bulliendo tan fuerte que la non osan cantar; e al derredor del lago, bien dos migeros es todo ceniza. E a las vegadas, parase alli una dueña muy fermosa en medio del lago, e favelo amansar, e llama a los que estan de fuera por los engañar, assi como acontecio a un cavallero que fue a ver estas maravillas, que fue engañado desta guisa.....

Dise el cuento que un cavallero del rreyno de Panfilia oyo desir destas maravillas que parescien en aquel lago e fuelas a ver; e el cavallero era muy syn miedo e muy atrevido, ca non dubdara de provar las maravillas e aventuras del mundo e por esto avie nombre *el Cavallero atrevido*, e mandó fincar una su tienda cerca de aquel lago e alli se estava de dia e de noche, veyendo aquellas maravillas.... Assi que un dia pareció en aquel lago una dueña muy

fermosa, e llamó al cavallero, e el cavallero se fue para ella..... E ella le dixo que el omen del mundo que ella mas querie e mas amava que era a él, por el grand esfuerço que en él avie, e que non sabie en el mundo cavallero tan esforçado como él. E el cavallero, quando estas palabras oyó, semejole que mostrarie covardia sy non fisiese lo que ella queria; e dixole assi: «Señora, sy esta agua non fuese mucho mas fonda, llegaría a vos.—Non está fonda, dixo ella, ca por el suelo ando, e non me da el agua synon fasta el tovillo». E ella alço el pie del agua e mostró gelo: e al cavallero semejole que nunca tan blanco nin tan fermoso ni tan bien fecho pie viera como aquel, e cuydando que todo lo al se siguie asy segund aquello que parescie, llegose a la orilla del lago, e ella lo fue tomar por la mano, e dio con él dentro en aquel lago, e fuelo a levar por el agua, fasta que lo abaxó ayuso, e metiolo en una tierra muy estraña. E segund que a él le semejava, era muy fermosa e muy viciosa, e vido alli muy gran gente de cavalleros e de otros muchos omes que andavan por toda aquella tierra muy estraña; pero que no le fablaba ninguno dellos, nin le desia ninguna cosa, por la qual razon él estava muy maravillado.

(Texto Menéndez Pelayo. *Orig. Nov.*—Madrid, 1905).

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (12.. 13..)

Libro de Buen Amor

defque vino el dia del plaso feñalado,
vino don carnal *que* ante eftaua ef forçado,
de gētes muy garnidas muy byen aconpañado:
ferie don alexandre de tal rreal pagado.

Puso enla delantera muchos buenos peones,
gallynaf e perdises, conejos e capones,

anades e lauancos e gordos anffarones;
fasian fu alarde çerca de los tysones.

Eftos trayian lanças de peon delantero,
efpetos muy conplidos de fierro e de madero;
efcudauan fe todos conel grand tajadero:
en la buena yantar eftos venian primero.

Enpos los escudados eftan los ballesteros,
las anffares, çeçinas, costados de carneros,
piernas de puerco fresco, los jamones enteros;
Inego en pos de aqueftos eftan los caualleros.

Las puestas de la vaca, lechones E cabritos
ally andan faltando e dando grandes gritos;
luego los escuderos, muchos quefuelos friscos
que dan delas espuelas a los vinos byen tyntos.

Traya buena mofnada Rica de Infançones:
muchos buenos fayfanes, los locanos pauones;
venian muy bien garnidos enfiestos los pendones,
trayan armas estrañas e fuertes garniçiones.

Eran muy bien labradas, tenpladas e byen fynas,
oblas de puro cobre trayan por capellynas,
por adaragas calderas, fartenes e cosinas:
Real de tan grand preçio non tenian las fardinas.

vinieron muchos gamos e el fuerte jaualy:
«Señor,»—dis,—“non me escufedes de aquefta lyd ami,
«que ya muchas vegadas lydie con don aly,
«vsado fo de lyd, fyenpre por ende valy».—

Non avia acabado desir byen fu verbo,
ahe vos ado viene muy lygero el çieruo:
«omillo me»,—dis,—«señor, yo el tu leal fyeruo,
«por te fazer seruiçio ¿non fuy por ende fyeruo?»—

Vino presta e lygera al alarde la lyebre:
«Señor»,—dis,—“alla dueña yo le metre la fiebre,
«dalle he la farna e diuiefos que de lydiar nol mienbre;
«mas querria mi pelleja quando alguno quiebre.»—

Vino el cabron montes con corços e torcasas,
desiendo fus bramuras e muchas amenasas:
«Señor»,—dis,—«ala duena, fy con migo la enlasas
«non te podra enpeçer con todas fus espinaças».—

Vino fu pafó apafó el buey viejo lyndero:
 «Señor»,—dis,—"aherren me echa oy el llugero,
 «non fo para afrae en carrera nin ero,
 «maf fago te feruicio con la carne e cuero».—

Eftaua don toçino con mucha otra çeçina,
 çidierbedaf e lomof, fynchida la cosina,
 todof aperçebidof para la lyd malyna;
 la dueña fue maeftra, non vino tan ayna.

Como ef don carnal muy grand enperador,
 E tiene por todo el mundo poder como feñor,
 avef E animaliaf por el fu grand amor
 vinieron muy omildef, pero con grand temor.

Ensiemplo de la rrapofa E del cueruo

La marfufa vn dia con la fanbre andaua,
 vido al cueruo negro en vn arbol do eftaua,
 grand pedaço de quefo enel pico leuaua,
 ella con fu lijonga tan bien lo faludaua:

«O cueruo tan apuefto, del çifneeref pariente,
 enblancura en do no fermofo rrelusiente,
 maf que todas las aves cantaf muy dulçemente,
 fy vn cantar dixieref, dire yo por el veynte.

mejor que la calandria nin el papa gayo,
 mejor gritaf que tordo, nin Ruy Señor, nin gayo,
 fi agora cantaffes, todo el peffar que trayo
 me tiraries en punto maf que otro enfayo.»—

bien se coydo el cueruo que conel gorgear
 prasie a todo el mundo maf que con otro cantar,
 creye quela fu lengua e el fu mucho gradnar
 alegraua las gentef maf que otro jugar.

Començo acantar, la fu bos aerçer
 el quefo de la boca ouosele acaer;
 la gulhara en punto felo fue acomer;
 el cueruo connel dapño ouo de entristeçer.

falfa onrra E vana gloria y el Rifete falfo
 dan peffar e triftesa e dapno fyn trafpafo;

muchos cuydan *que guarda* el viñadero e el pafó,
e ef la magadaña *que eſta* en el cada halfo.

Non ef cofa Segura creer dulce lyjonja,
de *aqueſte* dulce Suele venir amarga lonja,
pecar en tal manera *non* conviene amonja,
rreligiofa *non* caſta ef perdida toronja.

(Texto Ducamin. - Toulouse, 1901).



Pedro López de Ayala (1332-1407)

Rimado de Palacio

Pues que de los mercadores aqui podran desir?
Si tienen tal oficio para poder fallir,
Jurar e perjurar, en todo siempre mentir,
Oluidan Dios e alma, nunca cuidan morir.

En sus mercadurias han mucha confusion,
A mentira e a enganno e a mala confesion,
Dios les quiera valer o ayan su perdon,
Que quanto ellos non dexan dan quenta por bordon.

Vna ves pidrán çinquenta doblas por un panno,
Si vieren que estades duro o entendedes vuestro danno,
Dis, por treynta vos lo do, mas nunca él cumpla el anno
Si non le costó quarenta ayer de vn omne estranno.

Dis: yo tengo escarlatas de Brujas e de Mellinas,
Veynte annos ha que nunca fueron en esta tierra tan finas:
Dis, tomadlas vos, sennor, antes que vnas mis sobrinas
Las lieven de mi casa, que son por ellas caninas.

Si vos tenedes dineros, sinon tomar he plata,
Ca en mi tienda fallaredes toda buena barata;



El cuytado que lo cree e vna ves con él se ata,
A traues yase caído sy delante non se cata.

Non se tienen por contentos por vna ves se doblar
Su dinero, mas tres tanto lo quieren amuchiguar:
Dis: somos en perigros por la tierra o por mar,
Ca nos fase agora el rey otros diesmos pagar.

Nunca verdat confiesan, asi lo han acostumbrado,
Siempre paresçe pequenno el pecado que es vsado;
Mas otra guisa lo juzga aquel jues granado,
Que en las extinciones non les cosa ençelado.

Juran a Dios falsamente esto de cada dia,
Mal lo pasan allí los Santos e Santa Maria,
E con todos los diablos fecha tienen cofradia,
Tanto que en el mundo trasdoblen la contia.

(Texto Janer.—B. A. E.—Madrid, 1864).

Crónica de Don Pedro I

É despues que estos de la cibdad fueron presos é tirados aparte, dixo Don Juan Alfonso de Alburquerque á un Alcalde del Rey que y estaba, que decían Domingo Juan de Salamanca: «Alcalde, vos sabeis lo que tenedes de facer?» É el Alcalde estonce llegóse al Rey, é díxole quedo, oyéndolo Don Juan Alfonso: «Señor, vos mandad esto; ca yo non lo diria.» É estonce dixo el Rey muy baxo, pero que lo oían los que allí estaban: «Ballesteros, prended á Garci Laso.» É Don Juan Alfonso tenía y ese dia tres Escuderos sus criados de quien se fiaba, con otros omes suyos, que estaban apercebidos é armados de fojas de yuso de los paños, é tenían espadas é bronchas, é decíanles Alfonso Ferrandez de Vargas, que fué después Señor de Burguillos, é Rui Ferrandez de Escobar, é Ferrand García

de Medina. É quando el Rey dixo aquellas palabras, que prendiesen á Garci Laso, estos tres Escuderos de Don Juan Alfonso traxeron luego de Garci Laso muy denonadamente: é dixo estonce Garci Laso al Rey: «Señor, sea la vuestra merced de me mandar dar un Clérigo con quien me confiese.» É dixo luego á Rui Ferrandez de Escobar: «Rui Ferrandez amigo, ruego vos que vayades á Doña Leonor mi muger, é traedme una carta del Papa de absolucion, que ella tiene.» É Rui Ferrandez se escusó dello, diciendo que lo non podia facer. É estonce diéronle un clérigo que fallaron y por aventura: é apartóse Garci Laso á un pequeño portal que estaba en la posada sobre la calle, é allí comenzó á fablar con él de penitencia. É decía después el clérigo, que quando Garci Laso comenzó á fablar de penitencia, que él le catara, por ver si tenía algún cuchillo, é que non ge le falló. É á aquella hora que Garci Laso fué preso, Rui Gonzalez de Castañeda, é Pero Ruiz Carrillo, é Gomez Carrillo, su fijo, é los que tenían la parte de Garci Laso apartáronse á una parte del palacio, é estovieron todos juntos. É Don Juan Alfonso de Alburquerque dixo al Rey: «Señor, mandad lo que se ha de facer»: é estonce mandó el Rey á Vasco Alfonso de Portugal, é á Alvar Gonzalez Morán, que eran dos Caballeros que guardaban á Don Juan Alfonso, que dixesen á los Ballesteros que tenían preso á Garci Laso, que le matasen. É ellos fueron al portal do Garci Laso estaba, é mandáronlo á los Ballesteros, é ellos non lo osaban facer: é eran los Ballesteros, uno que decían Juan Ferrandez Chamorro, é otro Rodrigo Alfonso de Salamanca, é otro que decían Juan Ruiz de Oña. É este Juan Ruiz salió al Rey é díxole: «Señor, qué mandades facer de Garci Laso?» É dixo el Rey: «Mandovos que le mates.» É estonce entró el Balletero, é dióle con una porra en la cabeza, é Juan Ferrandez Chamorro dióle con una broncha, é le firieron de muchas feridas fasta que morió. É mandó el Rey que le echasen en la calle, é así se fizo. É ese dia domingo, por quanto el Rey era entrado nuevamente en la cibdad de Burgos, corrian toros en aquella plaza delante los palacios del Obispo al Sarmental dó

Garci Laso yacía, é non le levantaron de allí. É el Rey vió como el cuerpo de Garci Laso yacía en tierra, é pasaban los toros por en somo dél, é mandóle poner en un escaño, é así estovo todo aquel dia allí; é después fué puesto en un ataud sobre el muro de la cibdad en Comparanda, é allí estovo gran tiempo. É después en esa semana comía el Rey con Don Juan Alfonso en su posada: é estando comiendo, pasaron por delante de la dicha posada do el Rey comía á Sant Esteban los tres omes vecinos de Burgos, que fueron presos el dia que el Rey mandó prender á Garci Laso, é levaronlos á matar. É fuyeron otros muchos de la cibdad por miedo del Rey. É fué presa estonce en Burgos doña Leonor de Cornago, muger de Garci Laso: é algunos criados de Garci Laso tomaron á su fijo el mayor, al qual decían Garci Laso como el padre, é levaronle para Asturias, donde estaba el Conde Don Enrique. É dió estonce el Rey el Adelantamiento de Castilla, que tenía Garci Laso, á Don Juan García Manrique.

(Texto Llaguno. — Madrid, 1779).



Rabí Don Sem Tob (13.. 14..)

Proverbios morales

Nin fea nin hermosa
 En el mundo que ves,
 Se puede alcançar cosa
 Sy no con su rebes.

A quien sembrar non plase
 Su trigo non lo allega,
 Sy so tierra non yase
 A espigas non llega.

Quien puede coger rrosa
Syn tocar sus espinas?
La miel es muy sabrosa,
Mas tiene agras besinas.

La pas non se alcança
Sygno con guerrear,
Nin se gana folgança
Sy non con bien lasrar.

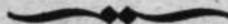
Por la grand mansedumbre
Al hombre follarán,
Por su rruyn costunbre
Todos le aborresçerán.

Por la gran escasesa
Tener lo han en poco,
Por la mucha franquesa
Juzgarlo han por loco.

Sy thacha non oviese
En el mundo prohesa,
Non abria que valiese
Ygual de la franquesa.

Mas ay en ella vna
Tacha que le enpesçe,
Que mengua commo luna
Y jamas nunca cresçe.

(Texto Janer. *B. A. E.* — Madrid, 1864).



Danza de la Muerte

DIZE LA MUERTE:

I

Io so la muerte çierta a todas criaturas
Que son y serán en el mundo durante.
Demando y digo: o, omne, por qué curas
De vida tan breue, en punto pasante,
Pues non ay tan fuerte njn Rezio gigante
Que d'este mj arco se puede anparar?
Conuiene que mueras quando lo tirar
Con esta mj frecha cruel traspasante.

II

Qué locura es esta tan magnifiesta
Que piensas tu, omne, que el otro morrá
E tu quedarás por ser bien conpuesta
La tu conplisyon! e qué durara?
Non eres çierto sy en punto verná
Sobre ty a dessora alguna corrupçion
De landre o carbonco, o tal ynplisyon
Por que el tu vil cuerpo se dessatará.

III

O piensas por ser mançebo valiente
O njnno de dias, que a luenne estaré
E fasta que liegues a viejo inpotente
La mj venjda me detardaré?
Avisate bien, que yo llegaré
A ty a desora, que non he cuydado
Que tu seas mançebo o viejo cansado,
Que qual te fallare, tal te levaré ..

DIZE EL REY:

XVIII

Valia, valia, los mjs caualleros!
Yo non querria yr a tan baxa dança.
Llegad vos con los vallesteros!
Hanparad me todos por fuerça de lança!
Mas qué es aquesto? que veo en balança
Acortarse mj vida e perder los sentidos;
El coraçon se me quexa con grandes gemjdos.
Adios, mjs vasallos! que muerte me trança.

DIZE LA MUERTE:

XIX

Rey, fuerte tirano, que syenpre rrobastes
Todo vuestro rreyno e fenchistes el arça,
De fazer justiciã muy poco curastes,
Segunt es notorio por buestra comarca.
Venjt para mj, que yo so monarca
Que prenderé a vos e a otro mas alto.
Llegat a la dança cortés en vn salto!—
En pos de vos venga luego el patriarca...

DIZE EL MONJE:

LII

Loor e alabança sea para sienpre
Al alto sennor que con piadad
Me lieua a su santo Reyno, adonde contemple
Por syenpre jamas la su magestad.
De carçel escura vengo a claridad,
Donde abré alegria syn otra tristura.
Por poco trabajo avré grand folgura.
Muerte, non me espanto de tu fealdad!

DIZE LA MUERTE:

LIII

Sy la Regla santa del monje benedicto
 Guardastes del todo syn otro deseo,
 Syn dubda tened que soes escripto
 En libro de bida, segunt que yo creo;
 Pero sy fezistes lo que fazer veo
 A otros que handan fuera de la Regla,
 Vida vos darán que sea mas negra.—
 Dançad, vsurero! dexad el correo!...
 (Texto C. Appel.—Breslau, 1902).



Juan Alfonso de Baena (13.. 14..)

**Este desir fiso Juan Alfonso de Baena á Ferrand Lopez de
 Saldaña rrogandole que le diesse favor
 con el señor Condestable.**

Ferrand Lopes de Saldaña,
 Mi señor gentil loçano,
 Ssecretario é escrivano
 Del muy alto Rrey d' España:
 Rruego vos que muy syn saña
 Supliques al privado
 Muy leal del Rrey loado,
 Que obre sienpre fasaña.

Ferrand Lopes de Saldaña,
 Mi señor é mi amigo,
 Entendet bien lo que digo,

Non fagays el juego maña,
 Yo deseo cossa estraña
 Creed lo syn duda alguna,
 Qu' el muy grant señor de Luna
 Fuesse cónsol de Alimaña.

Fferant Lopes de Saldaña,
 Creet mas que en el offiçio
 Qu' el me dió á su serviçio
 Yo só presto é mi conpañã:
 En pero por que el araña
 Me conquista é me guerreã,
 Deseo aver su librea
 E del Rrey mula castaña.

FYNIDA

Ferrand Lopes de Saldaña,
 Sy por vos algo se mengua,
 Rreguardat vos de mi lengua
 Que taja mas que guadaña.

(*Canc. de Baena*. Ed. P. J. Pidal.—Madrid, 1851)



Alfonso Alvarez de Villasandino (13.. 14..)

Esta cantiga fiso el dicho Alfonso Alvares, por rruego
 del adelantado Pero Manrique, quando
 andava enamorado desta su mujer, fija que es del
 señor duque de Benavente.

Señora, flor de açuçena,
 Claro visso angelical,
 Vestro amor me da grant pena.

Muchas en Estremadura
Vos han grant envidia pura,
Por quantas han fermusura:
Dubdo mucho ssy fue tal
En su tiempo Polyçena.

Fyso vos Dios delycada,
Onesta, bien ensseñada:
Vestra color matysada
Mas que rrosa del rrosal,
Me tormenta é desordena.

Donayre, gracioso brio
Es todo vestro atavio,
Lynda flor, deleyte mio;
Yo vos ffuy syenpre leal.
Mas que fue Parys á Elena.

Vestra vista deleytosa
Mas que lirio nin que rrossa
Me conquista, pues non osa
Mi coraçon desir qual
Es quien assi lo enagena.

Conplida de noble asseo,
Quando vestra ymagen veo,
Otro plaser non desseo
Ssynon sofrir bien ó mal,
Andando en vestra cadena.

Non me basta mas mi seso,
Pláseme ser vestro presso,
Sseñora, per ende besso
Vestras manos de crystal,
Clara luna en mayo llena.

Juan Rodríguez del Padrón (13.. 14..)

Esta cantica fiso Juan Rodriguez del Padron
quando sse fué meter frayre á Jerusalem en
despedimiento de su señora.

Byve leda sy podras,
Non esperes atendiendo,
Que segunt peno sufriendo,
Non entiendo
Que jamas
Te veré nin me verás.

¡O dolorosa partida
De triste amador, que pido
Licencia, que me despido
De tu vista é de mi vida!
El trabajo perderás
En aver de mi mas cura,
Que segunt mi grant tristura,
Non entyendo
Que jamás
Te veré nin me verás.

Pues que fustes la primera
De quien yo me catyvé,
Desde aqui vos do mi ffe
Vos sserés la postrimera.

(*Canc. de Baena*. Ed. P. J. Pidal.—Madrid, 1851.)



Micer Francisco Imperial (13.. 14..)

Desyr á las syete virtudes

II. Cerca la hora que el planeta enclara
al Oriente, que es llamada aurora,
fuéme á una fuente, por lavar la cara,
en prado verde que un rrosal enflora.
Et anssy andando, vínome á essa ora
un grave sueño, magüer non dormía;
mas contemplando la mi fantasía
en lo que el alma dulce s' asabora.

III. Oh, sumo Apolo, á tí me acomiendo:
ayúdame con suma sapiencia:
que en este sueño que escrevir atiendo
del ver non sea al desyr diferencia.
Entra en mi pecho, expírame tu ciencia
comme en los pechos de Febo espiraste,
quando á Marsías sus miembros sacaste
de la su vayna por la tu excelencia.

IV. Oh suma luz, que tanto te alçaste
del concepto mortal, á mi memoria
rrepresta un poco lo que me mostraste,
é faz mi lengua tanto meritoria,
Que una çentella sol de la tu gloria
pueda mostrar al pueblo [ora] presente:
quicá despues alguno grant prudente
la encenderá en mas alta estoria.

V. Ca assy como de poca çentella
algunas veses segundó gran fuego,
quicá segunde d' este sueño estrella,
que lusirá en Castiella con mi ruego.
Alguno lo terná luego á grant juego
que lo provechará, sy bien lo mira:
porçend, Señor, en mis pechos espira,
ca lo que vide aquí comiença luego.

VI. En sueños [yo] veía en el Oriente
 quatro cercos que tres cruces fazían;
 et non puedo desyr conplidamente
 como las quatro con las tres lusian.
 Enpero atanto [sí] que á mi movian,
 qual movió Glauco por gustar la yerva,
 por qué fué fecho de una conserva
 con los dioses que la mar rregian...

(Texto de Amador de los Ríos.—*Hist. de la Lit. Esp.* t. V.)



Romances viejos

Histórico

ROMANCE DEL CID RUIDIAZ

Por el val de las Estacas—el buen Cid pasado había:
 á la mano izquierda deja—la villa de Constantina.
 En su caballo Babieca,—muy gruesa lanza traía:
 va buscando al moro Abdalla,—que enojado le tenía.
 Travesando un antepecho,—y por una cuesta arriba,
 dábale el sol en las armas,—¡oh cuán bien que parecía!
 Vido ir al moro Abdalla,—por un llano que allí había,
 armado de fuertes armas;—muy ricas ropas traía.
 Dábale voces el Cid;—de esta manera decía:
 —Espérame, moro Abdalla,—no muestres tu cobardía.—
 A las voces que el Cid daba,—el moro le respondía:
 —Muchos tiempos ha, el Cid,—que esperaba yo este día,
 porque no hay hombre nacido—de quien yo me escondería;
 porque desde mi niñez—siempre huí de cobardía.
 —Alabarte, moro Abdalla,—poco te aprovecharía;

mas si eres cual tú hablas—en esfuerzo y valentía,
 á tiempo eres venido,—que menester te sería.—
 Estas palabras diciendo,—contra el moro arremetía;
 encontróle con la lanza,—y en el suelo lo derriba;
 cortárale la cabeza,—sin le hacer cortesía.

Silva de 1550.—Timoneda, Rosa Española. (Ant. M. Pelayo).

Caballeresco

ROMANCE DE DURANDARTE

¡Oh Belerma! oh Belerma!—por mi mal fuiste engendada,
 que siete años te serví—sin de tí alcanzar nada;
 agora que me querías—muero yo en esta batalla.
 No me pesa de mi muerte—aunque temprano me llama:
 mas pésame que de verte—y de servirte dejaba.
 ¡Oh mi primo Montesinos!—lo que agora yo os rogaba,
 que cuando yo fuere muerto—y mi ánima arrancada,
 vos llevéis mi corazón—á donde Belerma estaba,
 y servilda de mi parte,—como de vos yo esperaba,
 y traelde á la memoria—dos veces cada semana;
 y dirísle que se acuerde—cuán cara que me costaba;
 y dalde todas mis tierras—las que yo señoreaba;
 pues que yo á ella pierdo,—todo el bien con ella vaya.
 ¡Montesinos, Montesinos!—¡mal me aqueja esta lanzada!
 el brazo traigo cansado,—y la mano del espada:
 traigo grandes las heridas,—muchá sangre derramada,
 los extremos tengo fríos—y el corazón me desmaya,
 los ojos que nos vieron ir—nunca nos verán en Francia.
 Abracéisme, Montesinos,—que ya se me sale el alma.
 De mis ojos ya no veo,—la lengua tengo turbada;
 yo vos doy todos mis cargos,—en vos yo los traspasaba.
 —El Señor en quien creéis,—él oiga vuestra palabra.—
 Muerto yace Durandarte—al pie de una alta montaña,
 llorábalo Montesinos,—que á su muerte se hallara:
 quitándole está el almete,—desciñéndole el espada;
 hácele la sepultura—con una pequeña daga;

sacábale el corazón,—como él se lo jurara,
 para llevar á Belerma,—como él se lo mandara.
 Las palabras que le dice—de allá le salen del alma:
 —¡Oh mi primo Durandarte!—¡primo mío de mi alma!
 ¡espada nunca vencida!—¡esfuerzo do esfuerzo estaba!
 ¡quien á vos mató, mi primo,—no sé por qué me dejara!

Canc. de Rom. s. a.—Id. 1550. (Ant. M. Pelayo).

Novelesco

VENGANZA DE HONOR

Un rey tenía una hija—que se llamaba Isabel,
 y no la daban sus padres—por ningún interés,
 ni por oro ni por plata,—ni por alhajas del rey,
 ni por dinero que cuenten—tres contadores al mes.
 Una tarde la jugaron—al juego del *avapés*;
 la ha ganado un lindo mozo,—lindo mozo aragonés.
 Para sacarla de casa—mató á sus hermanos tres,
 y á su padre y á su madre—presos los dejó también.
 En el medio del camino—la dice el aragonés:
 —¿Por qué vas triste, bien mío,—por qué vas triste, Isabel?
 ¿Si vas triste por tus padres—ó por tus hermanos tres?
 —No voy triste por mis padres—ni por mis hermanos tres.
 Dame tu puñal dorado,—que yo te lo volveré.
 —Si me dices para cuándo,—para cuándo, para qué.
 —Para partir una pera,—que vengo muerta de sed.
 Se le ha dado del derecho,—le ha cogido del revés.
 De dos idas y venidas—la cabeza fué á los pies,
 y á las ansias de la muerte—la dice el aragonés:
 —Ni en tu tierra ni en la mía—no te alabarás después,
 que has matado á un lindo mozo,—lindo mozo aragonés.

Tradicional. (Recitado en los Balbases (Burgos) por Daria Castriño).

Lírico

ROSA FRESCA

Rosa fresca, rosa fresca,—tan garrida y con amor,
 cuando vos tuve en mis brazos,—no vos supe servir, no;
 y agora que os serviría—no vos puedo haber, no;
 —Vuestra fué la culpa, amigo,—vuestra fué, que mía no;
 enviástesme una carta—con un vuestro servidor,
 y en lugar de recaudar—él dijera otra razón:
 que érades casado, amigo,—allá en tierras de León;
 que tenéis mujer hermosa—y hijos como una flor.
 —Quien os lo dijo, señora—no vos dijo verdad, no;
 que yo nunca entré en Castilla—ni allá en tierras de León,
 sino cuando era pequeño,—que no sabía de amor.

Canc. gen.—Canc. de Rom. s. a., etc. (Ant. M. Pelayo).



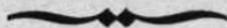
Don Enrique de Villena (1384-1434)

Libro del Aojamiento ó Fascinología

Muchos filósofos y grandes letrados hablaron del ojo, donde se deriva aojar, que en latín decimos *facinare*, y por aojamiento facinación, y pocos dieron la causa dello, y fueron menos las causas alcanzantes de sus remedios preventivos, çegativos é subsecutivos, si quier curativos..... É tiene distintos grados segun la potencia del catador y la disposicion del catado. E por esto mas en los niños pequeños tal acaesce daño mirados de mandada vista por abertura de sus poros y fervor y calidez de su sangre abundosa, dispuesta á rescebir la impresion..... Contra este daño usaron de tres maneras de remedios los sabidores, y hoy se face en lo que dello se alcanza. Una, ante del daño, preser-

vativamente: é otra para conocer el daño recibido cuando es duda si es facinacion: otra para despues de cognoscido, para lo quitar y librar dello el paciente. Cada una destas maneras por tres vias fue proveida y usada de los antiguos, é agora los modernos: por supersticion, por virtud, por cualidad..... É los físicos de agora saben en esto poco porque desdeñan la cura de tal enfermedad diciendo que es obra de mujeres y tiénela en poco. E por eso no lo alcanzan las diferencias y secretos dello que se alcanzan parando en ello mientes. Empero todas estas cosas son en la y filosofia alcanzadas, á quien pertenesce pescutar, saber investigar y dudar y solver las divinas y humanas questiones y penetrar los secretos dellas.....

(Texto Cotarelo.—*D. Enrique de Villena*. Madrid, 1896).



El Marqués de Santillana (1398-1458)

La Comedieta de Ponza

108

Qual trompa celeste e voz divinal
 començo Fortuna tal razonamiento:
 «Dios vos salve, reynas del siglo humanal,
 subjectas a nuestro fatal movimiento.
 Yo soy aquella que por mandamiento
 del Dios uno e trino, quel grand mundo rige
 e todas las cosas estando colige,
 revuelvo las ruedas del grand firmamento.

109

Yo parto los reynos, coronas é honores,
 tiaras, imperios a vos los vivientes;
 trayo en baxeza los superiores
 e sus bienes passo a muy pobres gentes.

Yo fago a los unos a tiempo plazientes,
 e tristes á otros, segund la raçon
 de sus nascimientos e costelaçon,
 e todos estados me son obedientes.

110

De lo que se engendra yo soy el actora,
 e quien los corrompe, non es sinon yo:
 de los que mas valen yo soy la señora,
 e de mi resciben los daños o pro;
 la noble Dardania, quién la fabricó
 desde los sellares fasta los merletes?
 e puse en el agua las armas e fletes
 de la gente griega que la destruyó!

Serranillas

1

Despues que nascí,
 non vi tal serrana
 como esta mañana.

2

Allá a la vegüela,
 a Mata el Espino,
 en esse camino
 que va a Loçoyuela,
 de guisa la vi
 que me fizo gana
 la fructa temprana.

3

Garnacha traia
 de oro, presada
 con broncha dorada,
 que bien reluzía.
 A ella volví
 diziendo:—«Loçana,
 e soys vos villana?»

4

«—Sí soy, cavallero;
si por mí lo avedes,
dezid que queredes?
Fablad verdadero.»
Yo le dixé asy:
«Juro por Santana
que non soys villana.»

*
**

1

Moça tan fermosa
non vi en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.

2

Faziendo la via
del Calatraveño
a Sancta María,
vençido del sueño
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do ví la vaquera
de la Finojosa.

3

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan graçiosa
que apenas creyera
que fuesse vaquera
de la Finojosa.

4

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa;
si antes sopiera
de aquella vaquera
de la Finojosa.

5

Non tanto mirara
su mucha beldad,
porque me dexara
en mi libertad.
Mas dixe: «Donosa
(por saber quien era),
donde es la vaquera
de la Finojosa?»

6

Bien como riendo,
dixo: «Bien vengades;
que ya bien entiendo
lo que demandades:
non es deseosa
de amar, nin lo espera,
aquessa vaquera
de la Finojosa.»

(Texto Foulché-Delbosc.—*N. B. de A. E.* 1912).



Fernán Pérez de Guzmán (¿1376-1460?)**Loores de los claros Varones de España****De Viriato Lusitano**

28

Viéneme cerca la mano
vn varón fuerte e notable,
de fortuna variable,
Viriato Lusitano,
pastor rústico e villano,
de caminos robador,
pero después vencedor
del gran imperio romano.

29

Por continuo doce años
contra Roma guerreó,
fasiéndole grandes daños.
Tantas vezes los venció,
tantos cónsules mató,
que, si no Aníbal, yo digo
qué tan cruel ememigo
dudo si Roma falló.

30

A la fin, según se falla,
non por los italianos
fué vencido en la batalla,
mas sus mesmos Lusitanos
con muy desleales manos
cruelmente lo mataron,
de lo qual non triunfaron
con gran gloria los Romanos.

Generaciones y semblanzas

De Don Pero López de Ayala, notable Caballero, Chanciller mayor de Castilla.

Don Pero López de Ayala, Chanciller mayor de Castilla, fué un caballero de gran linage: ca de parte de su padre venía de los de Haro, de quien los de Ayala descenden: de parte de su madre venía de Zavallos, que es un gran solar de caballeros. Algunos del linage de Ayala, dicen que viene del infante de Aragón, á quien el Rey de Castilla dió el señorío de Ayala: é yo así lo hallé escrito por Don Fernan Perez de Ayala, padre deste Don Pero Lopez, pero no lo leí en historias, ni he dello otra certidumbre. Fué este don Pero Lopez de Ayala alto de cuerpo, y delgado, é de buena persona: hombre de gran discrecion é autoridad, y de gran consejo asi de paz como de guerra. Ovo gran lugar acerca de los Reyes en cuyo tiempo fué. Ca seyendo mozo fué bien quisto del Rey Don Pedro, é despues del Rey Don Enrique el segundo: fué del su consejo muy amado dél: el Rey Don Juan y el Rey Don Enrique su hijo hicieron dél gran mencion é fianza. Pasó por grandes hechos de guerra y de paz: fué preso dos veces, una en la batalla de Nájara, é otra en Aljubarrota. Fué de muy dulce condicion é de buena conversacion, y de gran consciencia, que temia mucho á Dios. Amó mucho las sciencias, dióse mucho á los libros é historias, tanto, que como quier que él fuese asaz caballero y de gran discrecion en la práctica del mundo, pero naturalmente fué inclinado á las sciencias. É con esto gran parte del tiempo ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino en Filosofia é Historias. Por causa dél son conocidos algunos libros en Castilla que antes no lo eran: ansi como el Tito Livio, que es la más notable historia Romana: las Caidas de los Príncipes: los Morales de San Gregorio: El Isidoro de *summo*

bono: el Boecio: la Historia de Troya. Él ordenó la historia de Castilla desde el Rey Don Pedro hasta el Rey Don Enrique el tercero: é hizo un buen libro de caza, que él fué mucho cazador, é otro libro llamado: *Rimado del palacio*. Amó mucho mugeres, mas que á tan sabio caballero como á él se convenía. Murió en Calahorra en edad de setenta é cinco años, año de mil y quatrocientos y siete. Está sepultado en el Monesterio de Quexana, donde están los otros de su linage.

**De Don Lorenzo Suárez de Figueroa,
Maestre de Santiago.**

Don Lorenzo Suárez de Figueroa, Maestre de Santiago, fué natural de Galicia, ca en aquella provincia es el solar de su linage: é fué alto de cuerpo, grueso é bien apersonado, muy callado, de pocas palabras, pero de buen seso é buen entendimiento, é de gran regimiento y regla en su casa é hacienda, é por esto de algunos era habido por escaso é codicioso, pero aquello que él daba era en tal manera, que la forma suplía el defecto de la materia, porque era luego dado en dineros contados é muy secretamente, que son autos que honran é afeitan mucho los dones, é los hace mas graciosos; ca con tales maneras, el que lo recibe no toma trabajo, y el que lo da muestra no querer vanagloria. De su esfuerzo nunca oí, salvo que en las guerras era diligente é de buena ordenanza, lo qual no podía ser sin esfuerzo, é seguíase mucho por Astrólogos. Murió en edad de sesenta y cinco años.

(Valencia, Monfort, 1779).



Juan de Mena (¿1411-1454)

El Labyrintho

«¡O tu, princesa ¿disponedera
de hierarchias y todos estados,
de pazes y guerras, ¿suertes y hados,
sobre señores muy grande señora.
¿Assí que tu eres la gouernadora
¿la medianera de aqueste gran mundo?
¿Y como abastaste mi seso infacundo
fruyr de coloquio tan alto a deshora?

Ya que tamaño plazer se le offresce
a esta mi vida no merescedora,
suplico tu seas la mi guiadora
en esta gran casa que aqui nos parece.
La qual toda creo que mas obedesce
a tí, cuyo sancto nombre conuoco,
que no á Fortuna, que tiene alli poco
vsando de nombre que nol pertenesce.»

Respuso: «Mancebo; por tramite recto
sigue mi via; ven, ven, y sucede,
mostrar te he yo algo de aquello que puede
ser apalpado de humano intellecto;
sabras a lo menos qual es el efecto
vicio y estado de qualquier persona,
y lo que vieres contento perdona
y mas no demande el mas que perfecto.»

Contra do vido mostrar se la puerta
se yua lleuando me ya de la mano;
notar el entrada me manda temprano
de como era grande y a todas abierta,

«Mas vna centella yaze encubierta,
dixo, que quema muy mas que la brasa,
que todos los que entran en esta gran casa
han la salida dubdosa ç no cierta.»

«Angelica ymagen, pues tienes poder,
dame tal ramo por donde me auise,
qual dio la Cumea al hijo de Anchise
quando al Erebo tento descender.»
Le dixo, ç yo luego le oy responder:
«Quien fuere constante al tiempo aduersario
y mas no buscare de lo necessario,
ramo ninguno aura menester.»

Assi razonando, la puerta passamos
por do confluya tan grande gentio
que allí do el ingresso mas era vazio
vnos a otros estoruos nos damos:
que por la cosa que muchos andamos
quando desseo comun mas se esfuerça,
mas nuestra fuerça nos daña y nos fuerça
y lo que queremos menos acabamos.

Como el herido de aquella saeta
que trae consigo la cruel engorra,
mientras mas tira por bien que la corra
mas el retorno lo hiere y aprieta:
assi mi persona estaua subjecta
quando pugnaua por descaullir me
mi priessa y la de otro me tiene mas firme
no gouernando me de arte discreta.

La flaca barquilla de mis pensamientos
veyendo mudanças de tiempos oscuros
cansada ya toma los puertos seguros
temiendo discordia de los elementos
trimen las ondas ¿ luchan los vientos
cansa mi mano con el gouernalle
las nueue musas me mandan que calle
fin me demandan mis largos tormentos.

E fin ya les daua con gesto plaziente
en ocio trocando mi dulce fatiga
no porque falte ni mengue que diga
mas yerra quien dize si dize ¿ no siente
el largo trauajo se resta la mente
assi hablando no siento que digo
y asi dispuso mi seso comigo
dar fin al libro callando presente.

Mas voz muy sublime de autoridad
subito luego me fue presentada
escriua tu lengua no des fin a nada
cresca tu obra hablando verdad
vicio no faze la prolixidad
do trahe buen modo de satisfazer
si pueden faoues prestarse saber
faour es al mundo de mi maiestad.

(Texto Foulché-Delbosc.—*Rev. Hisp.* 1902).



Juan Alvarez Gato

Canción loando la bondad

Sy mis hados ordenaron
mis penas, no doleçidas
por mi gran desaventura,
gloria fue que me dotaron;
pues que en vos se conformaron
estas dos desabenidas:
la beldad y la cordura.

Esta quen virtud sarrea,
que robo mi corazon,
pues en ella bien senplea,
porella mi mote sea
sejuzgado por razon;
que sy peno y me penaron
mis queexas, no doleçidas
por vuestra buena ventura,
gloria fue que me dotaron;
pues quen vos se conformaron
estas dos desabenidas:
la beldad y la cordura.

(Texto Foulché-Delbosc.—*N. B. de A. E.* 1912).



Gómez Manrique (1412-1490?)

La representación del nacimiento de Nuestro Señor

La denunciacion del angel a los pastores.

Yo vos denuncio, pastores,
qu'en Bellen es oy nacido
el señor delos señores,
sin pecado concebido;
e por que non lo dudedes,
yd al presebre del buey,
donde çierto fallaredes
al prometido en la ley.

El vn pastor.

Dime tu, ermano, di,
si oyste alguna cosa,
o si viste lo que vi.

El segundo.

Vna gran boz me semeja
de vn angel reluziente
que sono en mi oreja.

El tercero.

Mis oydos an oydo
en Bellen ser esta noche
nuestro saluador nacido;
por ende dexar deuemos

nuestros ganados e yr
por ver si lo fallaremos.

Los pastores veyendo al glorioso niño.

Este es el niño eçelente
que nos tiene de saluar;
ermanos, muy omilmente
le lleguemos adorar.

La adoracion del primero.

Dios te salue, glorioso
ynfante santificado,
por redemir enbiado
este mundo trabajoso:
damos te grandes loores
por te querer demostrar
a nos, miseros pastores.

Del segundo.

Salue te Dios, niño santo,
enbiado por Dios padre,
conçebido por tu madre
con amor e con espanto;
alabamos tu grandeza
que' enel pueblo d' israel
escogio nuestra sinpleza:

Del tercero.

Dios te salue, salvador,
onbre que ser Dios creemos
munchas graçias te fazemos
por que quisiste, señor,
la nuestra carne uestir,

en la qual muy cruda muerte
as por nos de rezebir.

Los angeles.

Gloria al Dios soberano
que reyna sobre los çielos,
e paz al linaje vmano.

(Texto Paz y Melia, Madrid, 1885).



Jorge Manrique (¿1440-1478)

Coplas por la muerte de su padre

1

Recuerde el alma dormida,
abiue el seso y despierte,
contemplando
como se passa la vida,
como se viene muerte
tan callando;
quan presto se va el plazer,
como despues de acordado
da dolor,
como, a nuestro parescer,
qualquiera tiempo passado
fue mejor.

2

Pues si vemos lo presente
como en vn punto ses ydo
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por passado.
No se engañe nadi, no,
pensando que a de durar
lo que espera
mas que duro lo que vio,
pues que todo a de passar
por tal manera.

3

Nuestras vidas son los rios
que van a dar en la mar
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos
y mas chicos,
allegados son yguales,
los que bien por sus manos
y los ricos.

4

Dexo las inuocaciones
de los famosos poetas
y oradores;
no curo de sus ficiones,
que traen yeruas secretas
sus sabores.
Aquel solo me encomiendo,

aquel solo inuoco yo
 de verdad,
 que en este mundo biuiendo,
 el mundo no conocio
 su deydad.

5

Este mundo es el camino
 para el otro, ques morada
 sin pesar;
 mas cunple tener buen tino
 para andar esta jornada
 sin errar.

Partimos quando naçemos,
 andamos mientras biuimos,
 y llegamos
 al tiempo que feneçemos;
 asi que quando morimos
 descansamos.

.

15

Dexemos a los troyanos,
 que sus males no los vimos,
 ni sus glorias;
 dexemos a los romanos,
 avnque oymos y leymos
 sus estorias;
 no curemos de saber
 lo de aquel tiempo passado
 que fue dello;
 vengamos a lo de ayer,
 que tan bien es olvidado
 como aquello.

16

Que se fizo el rey don Juan?
 los infantes de Aragon

que se fizieron?
Que fue de tanto galan?
que fue de tanta inuencion
como truxieron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras,
y çimeras,
fueron syno deuaneos?
que fueron sino verduras
de las eras?

17

Que se fizieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
Que se fizieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?
Que se fizo aquel trobar,
las musicas acordadas
que tañian?
Que se fizo aquel dançar,
aquellas ropas chapadas
que trayan?

18

Pues el otro su heredero,
don Enrique, que poderes
alcançaua!
quan blando, quan falaguero
el mundo con sus plazer
se le daua!
Mas vereys quan enemigo,
quan contrario, quan cruel
se le mostro,
auiendole sido amigo,

quan poco duro con el
lo que le dió.

.

23

Tantos duques exçelentes,
tantos marqueses y condes
y varones
como vimos tan potentes,
di, Muerte, do los escondes
y traspones?
Y las sus claras hazañas
que fizieron en las guerras
y en las pazes,
quando tu, cruda, te ensañas,
con tu fuerça las at ierras
y deshazes.

24

Las huestes innumerables,
los pendones y estandartes
y vanderas,
los castillos impunables,
los muros y baluartes
y barreras,
la caua honda chapada,
o qualquier otro reparo,
que aprouecha?
que si tu vienes ayrada,
todo lo passas de claro
con tu flecha.

25

Aquel de buenos abrigo,
amado por virtuoso
de la gente,
el maestre don Rodrigo

Manrique, tanto famoso
y tan valiente,
sus grandes fechos y claros
no cumple que los alabe
pues los vieron,
ni los quiero fazer caros
pues el mundo todo sabe
quales fueron.

26

Que amigo de sus amigos!
que señor para criados
y parientes!
que enemigo de enemigos!
que maestro de esforçados
y valientes!
Que seso para discretos!
que gracia para donosos!
que razon!
Que benigno a los sujetos,
y a los brauos y dañosos
vn leon!

.

33

Despues de puesta la vida
tantas vezes por su ley
al tablero,
despues de tan bien seruida
la corona de su rey
verdadero,
despues de tanta fazaña
a que no puede bastar
cuenta cierta,
en la su villa de Ocaña
vino la Muerte a llamar
a su puerta,

34

diziendo: «Buen cauallero,
dexad el mundo engañoso
y su halago:
vuestro coraçon de azero
muestre su esfuerço famoso
en este trago;
y pues de vida y salud
fezistes tan poca cuenta
por la fama,
esfuerçese la virtud
para sufrir esta afruenta
que vos llama.

35

«No se os faga tan amarga
la batalla temerosa
que esperays,
pues otra vida mas larga
de fama tan gloriosa
aca dexays.
Aunque esta vida de honor
tanpoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
percedera.

36

«El biuir que es perdurable
no se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable
en que moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gananlo con oraçiones

y con lloros,
 los caualleros famosos
 con trabajos y aflicciones
 contra moros.

37

«Y pues vos, claro varon,
 tanta sangre derramastes
 de paganos,
 esperad el galardon
 que en este mundo ganastes
 por las manos;
 y con esta confiança,
 y con la fe tan entera
 que teneys,
 partid con buena esperança,
 que estotra vida terçera
 ganareys.»

38

—«No gastemos tiempo ya
 en esta vida mezquina
 por tal modo,
 que mi voluntad esta
 conforme con la diuina
 para todo;
 y consiento en mi morir
 con voluntad plazentera
 clara y pura,
 que querer hombre biuir
 quando Dios quiere que muera
 es locura.

.

(Texto Foulché Delbosc.—*Macon*, s. a.)



Fray Ambrosio Montesino (14.. 15..)

Coplas al destierro de nuestro señor para Egipto

*Desterrado parte el Niño,
Y llora.*

*Dijole su Madre así,
Y llora:*

Callad, mi Señor, agora.

Oid llantos de amargura,
Pobreza, temor, tristura,
Aguas, vientos, noche oscura,
Con que va nuestra Señora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

El destierro que sofris
Es la llave con que abris
Al mundo que redimis,
La ciudad en que Dios mora
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

No puede quedar en esto;
Morirés, y no tan presto;
Mas la cruz do serás puesto
Me traspasa desde agora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Callad vos, mi luz é aviso,
Pues que vuestro Padre quiso
Que seais del paraiso

Flor que nunca se desflora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora.

Esas lágrimas corrientes,
Que lloráis tan excelentes,
Son bautismo de las gentes
Que su partido mejora,
Y llora;

Callad, mi Señor, agora...

(Texto Menéndez Pelayo. *Ant. p. l.*—Madrid, 1893.)



Coplas de Mingo Revulgo

I

Gil Arribato

Ah Mingo Rebulgo, Mingo,
Ah Mingo Rebulgo, ahaa,
¿Ques de tu sayo de blao?
¿Non lo vistes en domingo?
¿Ques de tu jubon bermejo?
¿Porque traes tal sobrecejo?
Andas esta trasnochada
La cabeça desgrenaada:
¿Non te llotras de buen rejo?

II

La color tienes marrida
Y el corpanço rechinado:
Andas de valle en collado
Como res que anda perdida,
Y no miras sy te vas
Adelante ó cara tras

Canqueando con los pies,
Dando trancos al traues,
Que non sabes do te estás.

III

Mingo Revulgo

Á la hé, Gil Arribato,
Sé que en fuerte ora allá echamos
Quando á Candaulo cobramos
Por pastor de nuestro hato.
Ándase tras los zagales
Por estos andurriales
Todo el dia enbeueçido,
Holgazando syn sentido,
Que non mira nuestros males.

.

IX

La soldada que le damos
Y avn el pan de los mastines
Cómelo con los roynes;
¡Guay de nos que lo pagamos!
Y nol veo que ha medrado
De todo quanto ha lleuado
Otros hatos nin jubones
Syno vn cinto con chatones
De que anda rodeado.

X

Apaçienta el holgazan
Las ouejas por do quieren:
Comen yerua con que mueren,
Mas cuydado no le dan.

Non vi tal, desde onbre so,
Y avn mas te digo yo
Que avnque tu eres envisado
Que no atinas el ganado
Cuyo es nin cuyo no.

(Texto Menéndez Pelayo. — *Ant. p. l.* Madrid, 1892).



Coplas de ¡Ay panadera!

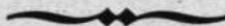
Un miércoles que partiera
El príncipe don Henrique
A buscar algun buen pique
Para su espada ropera,
Y salió sin otra espera
De Olmedo, tan gran compañía,
Que con muy hermosa maña
Al puesto se retrujera...

Con lengua brava parlera,
Con corazon de alfeñique,
El comendador Manrique
Escogió bestia lijera.
Y dió tan gran correndera
Fuyendo muy á deshora,
Que seis leguas en una hora
Dejó tras sí la barrera.

Con costumbre vocinglera,
Temblando como las hojas,
Va don Fernando de Roxas
Muy manso de la cadera;
Y por verdad cien certera,
De miedo muy amarillo,

Fué á la villa de Portillo
Donde guarecer quisiera...
Tomando yegua lijera
Con mayor miedo que sana,
Fernan Lopez de Saldaña,
Más negro que una caldera,
Saltando la barbillerá
Encomenzó de decir
Que el que quisiere huir
Que le iría á la estribera...

(Texto Gallardo.—*Ensayo*. Madrid, 1863).



Coplas del Provincial

Que hazeis, don Fray Mantilla,
que de averso es vuestro nombre
que os tienen en esta villa
por mandil y no por hombre?
Trobador era don Duelo
de la parte de su abuela
y don Habraan su abuelo
hizo coplas en cazuela.
A fray Alonso de Torres
comendador de los ayres
a como valen los donayres
que decis a los señores?
A fray comer y beber
que me dan por los dezir
y tal señor puede ser
que a fray algo de vestir.

.

Gil Gonzalez Bobadilla
aquí quedareis confuso
que antareis en esta villa
con una rueca y un uso.
Porque a jurado Contreras
a la muy santa cruzada
que nunca en burlas ni en veras
pusiste mano a la espada.

(Texto Foulché-Delbosc.—*Rev. Hisp.*, 1898).



Diego de San Pedro

Carcel de amor

Carta de Leriano á Laureola

Si touiera tal razon para escreuirte como para que-
rerte, sin miedo lo osara hazer, mas en saber que escribo
para ti, se turba el seso y se pierde el sentido, y desta
causa antes que lo començase toue conmigo grand confu-
sion. Mi fe dezia que osase, tu grandeza que temiese. En
lo vno hallaua esperança y por lo otro desesperaua, y en
el cabo acordé esto; mas guay de mi que comence tem-
prano á dolerme y tarde á quexarme, porque á tal tiempo
soy venido que si alguna merced te mereciese no ay en
mi cosa biua para sentilla sino sola mi fe. El coraçon está
sin fuerça, y el alma sin poder, y el iuycio sin memoria.
Pero si tanta merced quisieses hazerme que á estas razo-
nes te pluguiese responder, la fe con tal bien podría bastar
para restituir las otras partes que destruiste. Yo me culpo

porque te pido galardón sin averte hecho seruicio, avnque si recibes en cuenta de servir el penar, por mucho que me pagues sienpre pensaré que me quedas en deuda.

Podrás dezir que cómo pensé escreuirte; no te maravilles que tu hermosura causó el afición, y el afición el deseo, y el deseo la pena, y la pena el atreuimiento; y si porque lo hize te pareciere que merezco muerte, mandame-la dar, que muy mejor es morir por tu causa que beuir sin tu esperança. Y hablandote verdad, la muerte sin que tú me la dieses yo mismo me la daría, por hallar en ella la libertad que en la vida busco, si tú no ouieses de quedar infamada por matadora, pues mal auenturado fuese el remedio que á mí librase de pena y á ti te causase culpa. Por quitar tales inconuenientes te suplico que hagas tu carta galardón de mis males, que avnque no me mate por lo que á tí toca, no podré beuir por lo que yo sufro, y todavía quedarás condenada. Si algund bien quisieres hazerme no lo tardes, sino podrá ser que tengas tiempo de arrepentirte y no lugar de remediarme.

(Texto Menéndez Pelayo.—*N. B. A. E.*—Madrid, 1907.)



Diego Enriquez del Castillo (14.. 1480)

Crónica de Enrique IV

Del Cap. XCV

E otro dia siguiente, que fué Jueves dia de Sanct. Bernaldo á veinte dias de Agosto, se levantó de mañana el Rey: el qual oyda su Misa é todos los otros Señores en sus tiendas, mandó tocar sus trompetas para que todos cabalgasen é se pusiesen en orden de caminar. E asi llamados aquellos Señores é caballeros del Real, é venidos ante su

presencia, les dixo: «Sin dubda, caballeros, mucho me pluguiera que el rigor de la batalla fuera hoy escusado, así porque las muertes, de donde mayor enemiga recrece, se quitaran, como porque de la guerra nunca procede amistad ni concordia. Pero considerando la poca templanza, é menos acatamiento del Arzobispo de Toledo, é de los otros caballeros é Grandes que estan en Olmedo contra mi servicio, é visto cómo quieren mostrar más soberbia que obediencia, é más presunción que cortesía, sin venir en conocimiento de sus yerros, que con tanta fealdad han ensayado, quiero contra mi grado dar lugar al rompimiento que hoy se espera. E pues que vosotros como leales, haciendo lo que debeis, é pagando la debda de vuestra nobleza, soys alegrés é contentos con la batalla, yo conformándome con vuestro deseo é animoso querer, doy á ello mi consentimiento con protestación que hago, tomando á Dios por juez y testigo, que me desplace de ello, y que sería más contento con su obediencia, que con la rebeldía que tienen, permaneciendo como están en su dañado propósito de deslealtad. Por tanto ordenad vuestras batallas é vamos contra ellos; porque soy cierto é tengo tal seguridad de la grand bondad de Dios, que nos dará hoy vencimiento contra su soberbia: en tal manera, que serán abatidos los enemigos, é nosotros prosperados.»

(Texto de D. José Miguel de Flores. —Madrid, 1787).



Hernando del Pulgar (1435-149..)

Crónica de los Reyes Católicos

(Sublevación de Segovia)

El Cardenal é los otros que la acompañaban, estaban puestos en gran turbación, é no sabían qué remedio dar para que aquel escándalo fuese pacificado. Estando las cosas en este estado, por parte del Obispo é de aquellos otros cibdadanos fué móvido todo el pueblo, dándoles á entender que á la Reyna placia que todos á una voz se juntasen á le suplicar que quitase al Mayordomo la tenencia del alcázar é las puertas é la justicia de la cibdad, é lo diese á homes cibdadanos é naturales della, que lo guardasen para su servicio mejor que el Mayordomo ni los suyos lo habían fecho. É con esta demanda venía toda la multitud del pueblo, los quales llegaron á la puerta del alcázar, demandando que les abriesen. É partidos en partes, los unos con furia decían: «Combatamos las torres, ó pongamos á espada todos los del Mayordomo»: los otros tomaban consejos varios é malos. El Cardenal y el Conde de Benavente, é los caballeros é capitanes que estaban con la Reyna, le dixeron: «Señora, si dais lugar que algunos de los que allí vienen entren en el alcázar, de creer es que cometan algun grand insulto en vuestro deservicio, é mal de todos los que aquí estamos, porque vienen más armados de furia que de razón. Por ende, mandad que se guarden las puertas, porque ninguno dellos pueda entrar». Oidas estas palabras por la Reyna, é conocida la turbación de aquellos que con ella estaban, luego se levantó, é dixo al Cardenal é al Conde é á los otros caballeros, que no se apartasen de aquel lugar do los dexaba. Y ella fué para el

patín del alcázar, é contra el parecer de aquellos caballeros que con ella estaban, mandó que abriesen las puertas para que entrasen todos quantos pudiesen entrar. É luego fué un mensagero que les dixo: «Amigos, la Reyna manda que todos entreis quantos aquí venís». É abiertas las puertas, entraron todos quantos pudieron cáber dentro: é la Reyna allí con ellos, les dixo así: “Decid agora vosotros mis vasallos é servidores lo que quereis, porque lo á que vosotros viene bien, aquello es mi servicio é me place que se faga, pues es bien común de toda la cibdad”. Aquella gente, oidas las palabras de la Reyna dichas á su voluntad, luego se aplacó é mitigó la furia con que venían: é fabló uno dellos, é dixo: “Señora, lo primero que este pueblo suplica á Vuestra Alteza es, que el Mayordomo Andrés de Cabrera no tenga la tenencia deste alcázar”. É como procedía á otras demandas, la Reyna le impidió que no dixese más: é díxoles: “Eso que quereis vosotros, quiero yo: por ende subid luego á esas torres, é á esos muros, é no dexéis ende persona alguna del Mayordomo, ni desotros que me tienen ocupado este alcázar: el qual quiero yo tener, é confiarlo de un mi criado, que guarde la lealtad que debe á mí, é á la honra de todos vosotros”. Oidas por aquel común estas palabras, luego á gran priesa, como vulgo favorecido de su Rey, subieron á las torres é al muro, diciendo á grandes voces: *Viva la Reyna*.

(Monfort, Valencia, 1780).

Claros Varones de Castilla

De Don Juan de Saavedra

Don Juan de Saavedra, Caballero Hijodalgo, guerreó á los Moros muchos tiempos; y tan ossado era en las batallas, que con menor número de gente siempre acometió á los enemigos, aunque fuessen muchos más que los suyos, y los venció muchas veces, y desvarató. Gonzalo de Saavedra, su hermano, en guerras de Moros y Christianos ningún Ro-

mano pudo tener mayor diligencia, ni mejor conocimiento para ordenar las batallas, ni saber los lugares, ni en poner las guardas, y en todas las otras cosas que para seguridad de las huestes se requiere saber á todo buen Capitán: el cual fue tan discreto, y consideraba las cosas y los casos que podían acaecer en las guerras, y las proveia de tal manera, que nunca se halló que por defecto de su provision los de su parte rescibiessen inconveniente.

(Madrid, Marin, 1747).

Fernando de Rojas

La Celestina

Del "aucto quarto.,

LUCRECIA. ¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA. Paz sea en esta casa.

LUCRECIA. Celestina, madre, seas bien venida. ¿Qual Dios te traxo por aquestos barrios no acostumbrados?

CELESTINA. Hija, mi amor: desseo de todos vosotros: traerte encomiendas de Elicia, e avn ver á tus señoras, vieja é moça; que despues que me mudé al otro barrio, no han sido de mi visitadas.

LUCRECIA. ¿A esso solo saliste de tu cassa? marauillome de tí, que no es essa tu costumbre, ni sueles dar passo sin provecho.

CELESTINA. ¿Mas provecho quieres, boua, que cumplir hombre sus desseos? é tambien como á las viejas nunca nos fallecen necessidades, mayor-

mente á mí que tengo de mantener hijas agenas, ando á vender vn poco de hilado.

LUCRECIA. Algo es lo que yo digo; en mi seso estoy; que nunca metes aguja sin sacar reja. Pero mi señora la vieja vrdio vna tela; tiene necesidad dello; é tu de venderlo; entra y espera aquí, que no os desauenireys.

ALISA. ¿Con quien fablas, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, con aquella vieja de la cuchillada, que solía biuir en las tenerias, á la cuesta del rio.

ALISA. Agora la conozco menos; si tú me das á entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

LUCRECIA. ¡Jesú, señora! mas conocida es esta vieja que la ruda; no sé como no tienes memoria de la que empicotaron por hechizera, que vendia las moças á los abades, é descasaua mill casados.

ALISA. ¿Qué officio tiene? quiza por aquí la conoceré mejor.

LUCRECIA. Señora, perfuma tocas, haze solimán, é otros treynta officios; conoce mucho en yeruas, cura niños, é avn algunos la llaman la *vieja lapidaria*.

ALISA. Todo esso dicho no me la da á conocer; dime su nombre, si le sabes.

LUCRECIA. ¿Si lo sé, señora? no ay niño ni viejo en toda la ciudad que no lo sepa; ¿hauíale yo de ignorar?

ALISA. ¿Pues por qué no le dizes?

LUCRECIA. Hé vergüença.

ALISA. Anda, boua, dile; no me indignes con tu tardança.

LUCRECIA. Celestina, hablado con reuerencia, es su nombre.

ALISA. Hy, hy, hy; mala landre te mate, si de risa puedo estar viendo el desamor que deues de tener á essa vieja, que su nombre has vergüenza nombrar; ya me voy recordando della; vna buena pieça; no me digas; algo me verná á pedir; dí que suba.

Del "aucto décimonono,"

- SOSIA. ¿Assí, vellacos, rufianes, veniades á asombrar á los que no os temen? Pues yo juro que si es-
perárades, que yo os hiziera yr como mere-
cíades.
- CALISTO. Señora, Sosia es aquel que da bozes; déxame
yr á valerle, no le maten, que no está sino vn
pajezico con él. Dame presto mi capa, que está
debaxo de tí.
- MELIBEA. ¡O triste de mi ventura! No vayas allá sin tus
coraças; tórnate á armar.
- CALISTO. Señora, lo que no haze espada é capa é cora-
çon, no lo fazen coraças é capaçete é couardia.
- SOSIA. ¿Avn tornays? Esperadme; quiçá venís por lana...
- CALISTO. Déxame, por Dios, señora, que puesta está el
escala.
- MELIBEA. ¡O desdichada yo! ¿é como vas tan rezió é con
tanta priessa é desarmado á meterte entre
quien no conosces? Lucrecia, ven presto acá,
que es ydo Calisto á vn ruydo; echémosle sus
coraças por la pared, que se quedan acá.
- TRISTÁN. Tente, señor, no baxes, que ydos son; que no
era sino Traso el coxo é otros vellacos que pas-
sauan bozeando, que ya se torna Sosia. Tente,
tente señor, con las manos al escala.
- CALISTO. ¡O! ¡válame Santa María! Muerto soy; confession.
- TRISTÁN. Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro
amo es caydo del escala é no habla ni se bulle.
- SOSIA. Señor, señor. A essotra puerta; tan muerto es
como mi abuelo. ¡O gran desventura!
- LUCRECIA. Escucha, escucha; ¡gran mal es este!
- MELIBEA. ¿Qué es esto? ¿qué oygo? ¡amarga de mí!

Segunda época: Siglos XVI y XVII

I. Los primeros dramáticos

Juan del Enzina (1468-1534)

Aucto del Repelón

PIERNICURTO.

Yérguete hora ende, Joan,
No estés ende reñaciando.

JOHAN.

Anda, ño stés empujando,
Que nunca acá aportarán.

(Entra el Studiante)

PIERNICURTO.

Digo, hao, ¿crees en Diose?
Ves, acá ven la llangosta.
Stáos por hí de recosta;
Ño hay quien con ellos repose.

JOHAN.

Pues agora veréis vose
Cómo bulle el repelón.

PIERNICURTO.

Buena será esa rezón.
Pues entiendo que ñon ose.

JOHAN.

¡Oh pesar de San Contigo!

STUDIANTE.

Pastores, ¿por qué reñéis?

PIERNICURTO.

Quitá allá, n' os apeguéis.

STUDIANTE.

Y en esto ¿qué mal os digo?

PIERNICURTO.

Pues mirá, Don Papahigo,
No bulrés con la persona.

JOHAN.

Sí, sí, pára mi corona
Qu' es el envuelto contigo.

STUDIANTE.

Veamos, ¿por qué teméis,
Pastores, que 'sté yo aquí?

PIERNICURTO.

Mejor será que os vais d' hí,
Par Dios, que ño que os estéis.
Denda huera habraréis,
Ño tengais estos quellotros.

STUDIANTE.

¿De qué lugar sois vosotros?

JOHAN.

¿Y por qué bueno lo habéis?

STUDIANTE.

Suélese así preguntar.

PIERNICURTO.

Pues sabé qu' es muy ruin uso.

STUDIANTE.

Decid ya.

JOHAN.

Que d' allá yuso.

STUDIANTE.

¿De qué parte?

PIERNICURTO.

D' un llugar.

STUDIANTE.

Decid si habéis de acertar.

PIERNICURTO.

Que d' allá, d' hacia Lledesma.

STUDIANTE.

Díme tú la aldea mesma.

JOHAN.

¿Vos quereisnos empraciar?

STUDIANTE.

Decid, que no haré por cierto.

PIERNICURTO,

Pues ¿por qué lo pesquisáis?

STUDIANTE.

No por nada, no temáis.

PIERNICURTO.

Ño traeis vos buen concierto
Pues ño me pondreis n' aprieto
Onque me veis mal pensado.

JOHAN.

Con el diablo habéis topado
Para que ño sté despierto!

STUDIANTE.

De discretos es aviso
En las cosas do hay temor.

PIERNICURTO.

¿Y si vos sois bulrador?

STUDIANTE.

Dime tú lo que pesquiso,
Pues él de miedo no quiso.

JOHAN.

Este ño trae rundade;
Que el que empracia en la cibdade
Diz que trae un palo lliso.
Dí, ¿quiés que lle lo digamos?

PIERNICURTO.

Par Dios, ¿decírllelo quieres?

JOHAN.

Sí, si tú por bien tovieres.

PIERNICURTO.

Par Dios, bonicos estamos!
Pues de la otra ya escapamos,
No será otra maravilla
Que éste traya otra tranquila.

JOHAN.

Llugo callemos entramos.

(Texto Cañete y Asenjo Barbieri.—Madrid, 1893).



Lucas Fernández

Auto ó farsa del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo

JUAN

Oh, toscos, hoscos, campestres,
Que ya las bestias silvestres
De rodillas se han hincado,
Por Señor le han adorado
En el pesebre do está;
Creedme, creedme ya,
Que hoy el mundo ya es librado
De tributo, y restaurado.

PASCUAL

Por eso nosotros vimos
Denantes muy gran llucencia.

LLOREINTE

Dome á Dios esta nacencia,
Que nosotros la sentimos
Denantes cuando venimos.

JUAN

Nascía la luz del día.

PASCUAL

¿Y de quién, dí?

JUAN

De María.

LLOREINTE

En las músicas que oimos,
Dome á Dios, lo conoscimos.

JUAN

Todo el mundo lo sintió:
La tierra, los elementos,
Los cielos y movimientos,
Cada cual placer mostró.

PASCUAL

Yo también. ¡Huy há, huy hól!

LLOREINTE

Yo también.

JUAN

Pues yo también.

PASCUAL

¿Y á do nació?

JUAN

En Belén.

LLOREINTE

¿Tan chico lugar tomó?

(Texto Cañete. — Madrid, 1867).



Bartolomé de Torres Naharro

Comedia Himenea

- FEBEA. Bien me podéis perdonar,
Que, cierto, no os conocía.
- HIMENEO. Porque estoy en vuestro olvido.

- FEBEA. En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.
- HIMENEO. Yo gano tanto cuidado
Que jamás pienso perdello,
Sino que con merescello
Me parece estar pagado,
Pues padezco
Menos mal del que merezco.
- FEBEA. Gran compasión y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Querría poder sanaros
Por tener en qué serviros.
- HIMENEO. Ojalá pluguiese á Dios
Que querais como podéis,
Porque mis males sanéis,
Que speran á sola vos.
- FEBEA. Dios quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.
- HIMENEO. Esa y todas juntamente
Cabén en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero d' esta solamente
Tengo yo nescesidad,
Aunque soy indigno d' ella.
- FEBEA. Más merescéis que pedís,
Aunque lo que es no lo sé;
Mas de grado lo haré,
Si puedo como decís.
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.
- HIMENEO. Pláceme, señora mía,
Que me habéis bien entendido.
No os quiero más detener;
Vuestra mesma fantasía
Vos dirá que lo que pido

- Lo compra bien mi querer.
 Y las mercedes pesadas
 Que con fatiga se hacen
 Son las que alegran y placen
 Y las que son estimadas;
 De las cuales
 Todas las vuestras son tales.
- FEBEA. Pues si puedo complaceros,
 Aclaradme en qué manera,
 Porque tengáis cosa cierta.
- HIMENEO. Que cuando viniere á veros
 En la noche venidera,
 Me mandéis abrir la puerta.
- FEBEA. Dios me guarde.
- HIMENEO. ¿Qué, señora,
 Revocáisme ya el favor?
- FEBEA. Sí, porque no me es honor
 Abrir la puerta á tal hora.
- HIMENEO. No son esas
 Vuestras pasadas promesas.
- FEBEA. Pues ¿cómo queréis que os abra?
 Que en aquellos tiempos tales
 Los hombres sois descorteses.
- HIMENEO. Señora, no tal palabra
 Si queréis sanar mis males.
 No busquéis esos reveses,
 Ya sabéis que mis pasiones
 No me mandan enojaros,
 Y no debéis excusaros
 Con excusadas razones,
 De tal suerte
 Que me causáis nueva muerte.
- FEBEA. No puedo más resistir
 A la guerra que me dais,
 Ni quiero que me la deis.
 Si concertáis de venir,
 Yo haré lo que mandáis
 Siendo vos el que debéis.

HIMENEO. Debo ser siervo y cautivo
De vuestro merecimiento,
Y así me parto contento
Con la merced que recibo.

FEBEA. Id con Dios.

HIMENEO. Señora, quede con vos.

(*Lib. de antaño.*—Madrid, 1900).

Lope de Rueda (15.. 1565?)

Paso de "Las Aceitunas,"

TORUVIO. ¡Válame Dios y qué tempestad ha hecho desde el requebrajo del monte acá, que no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora: ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate!—¿Oíslo? ¡Mochacha Mencigüela! Si todos duermen en Zamora.—¡Águeda de Toruécano! ¿Oíslo?

MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO. ¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adónde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á coser unas madejillas.

TORUVIO. ¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad, y llamalda.

ÁGUEDA. Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO. Sí; ¿carguilla de leña le parece á la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla y no podíamos.

- ÁGUEDA. Ya, noramala sea, marido ¡y qué mojado que venís!
- TORUVIO. Vengo hecho una sopa dagua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.
- ÁGUEDA. ¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?
- MENCIGÜELA. ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!
- TORUVIO. Sí, después dirá tu madre ques el alba.
- ÁGUEDA. Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Yos aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.
- TORUVIO. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?
- ÁGUEDA. Callad, marido; ¿y á dónde lo plantastes?
- TORUVIO. Allí junto á la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os dí un beso.
- MENCIGÜELA. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.
- ÁGUEDA. Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.
- TORUVIO. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.
- ÁGUEDA. Mirá, marido: ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna, y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de á dos reales castellanos.
- TORUVIO. ¿Cómo á dos reales castellanos? No véis ques cargo de consciencia y nos llevará el

- amotazén cada día la pena, que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemín.
- ÁGUEDA. Callad, marido, que el veduño de la casta de los de Córdoba.
- TORUVIO. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.
- ÁGUEDA. Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mocha-cha, que te mando que no las des menos el celemín de á dos reales castellanos.
- TORUVIO. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá mochacha: ¿á cómo has de pedir?
- MENCIGÜELA. A como quisiéredes, padre.
- TORUVIO. A catorce ó quince dineros.
- MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.
- ÁGUEDA. ¿Cómo «así lo haré, padre»? Ven acá, mocha-cha: ¿á cómo has de pedir?
- MENCIGÜELA. Á como mandárades, madre.
- ÁGUEDA. Á dos reales castellanos.
- TORUVIO. ¿Cómo á dos reales castellanos? Vos prometo que si no hacéis lo que yo os mando, que os tengo de dar más de docientos correonazos. ¿Á cómo has de pedir?
- MENCIGÜELA. Á como decís vos, padre.
- TORUVIO. Á catorce ó quince dineros.
- MENCIGÜELA. Así lo haré, padre.
- ÁGUEDA. ¿Cómo «así lo haré padre»? Tomá, tomá, hacé lo que vos mando.
- TORUVIO. Dejad la mochacha.
- MENCIGÜELA. ¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!
- ALOXÁ. ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así la mochacha?
- ÁGUEDA. ¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio y quiere echar á perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!
- TORUVIO. Yo juro á los huesos de mi linaje que no son ni aun como piñones.
- ÁGUEDA. Sí son.

- TORUVIO. No son.
- ALOXÁ. Ora, señora vecina, haceme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.
- ÁGUEDA. Averigüe ó póngase todo del quebranto.
- ALOXÁ. Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.
- TORUVIO. Que no, señor; que no es desa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.
- ALOXÁ. Pues traeldas aquí, que yos las compraré todas al precio que justo fuere.
- MENCIGÜELA. Á dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.
- ALOXÁ. Cara cosa es ésa.
- TORUVIO. ¿No le parece á vuesa merced?
- MENCIGÜELA. Y mi padre á quince dineros.
- ALOXÁ. Tenga yo una muestre dellas.
- TORUVIO. ¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y quella la cogería, y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese, y que á fuerza de drecho había de pedir á dos reales por cada celemín; yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.
- ALOXÁ. ¡Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¿ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?
- MENCIGÜELA. ¿Qué le parece, señor?
- TORUVIO. No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yos prometo de hacer un sauelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

- ALOXÁ. Ahora, andad, vecino, entráos allá adentro, y tened paz en vuestra mujer.
- TORUVIO. Adiós, señor.
- ALOXÁ. Ora por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, ya las hemos visto reñidas. Razón será que dé fin á mi embajada.

(Texto de D. Emilio Cotarelo.—Madrid, 1908).



II. Los líricos

Juan Boscán

Soneto

Soy como aquel que vive en el desierto,
Del mundo y de sus cosas olvidado,
Y á descuñdo veis do le ha llegado
Un gran amigo, al cual tuvo por muerto.

Teme luego de un caso tan incierto;
Pero después que bien se ha asegurado,
Comienza á holgar pensando en lo pasado,
Con nuevos sentimientos muy despierto.

Mas cuando ya este amigo se le parte,
Al cual partirse presto le conviene,
La soledad empieza á selle nueva;

Con las yerbas del monte no se aviene,
Para el yermo le falta todo el arte,
Y tiembla cada vez que entra el la cueva.

(Texto Knapp.—Madrid, 1875).



Garcilaso de la Vega (1503-1536)

Égloga Primera

El dulce lamentar de dos pastores,
 Salicio juntamente y Nemoroso,
 he de contar, sus quejas imitando,
 cuyas ovejas al cantar sabroso
 estaban muy atentos, los amores,
 de pacer olvidadas, escuchando.
 Tú, que ganaste obrando
 un nombre en todo el mundo,
 y un grado sin segundo,
 agora estés atento, solo y dado
 al ínclito gobierno del Estado
 albano; agora vuelvo á la otra parte,
 resplandeciente, armado,
 representando en tierra al fiero Marte...

SALICIO

¡Oh, más dura que mármol á mis quejas
 y al encendido fuego en que me quemo
 más helada que nieve, Galatea!
 Estoy muriendo, y aún la vida temo;
 témola con razón, pues tú me dejas;
 que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
 Vergüenza he que me vea
 ninguno en tal estado,
 de tí desamparado;
 y de mí mismo yo me corro agora,
 ¿De un alma te desdeñas ser señora,
 donde siempre moraste, no pudiendo
 della salir un hora?
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
 El sol tiende los rayos de su lumbre
 por montes y por valles, despertando

las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura ó menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por tí Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo á mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por tí la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo

la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo...

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno:
yo me ví tan ajeno

del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
ó con el pensamiento discurría
por donde no hallaba

sino memorias llenas de alegría;

y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansando.

¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
que despertando, á Elisa ví á mi lado.

¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
á los agudos filos de la muerte!

Más conveniente suerte
á los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida...

Cual suele el ruseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,

y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y á su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al Cielo por testigo y las estrellas;
 desta manera suelto yo la rienda
á mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda;
que aquel era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo:
el desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno á uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato...

Soneto

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
de tal selvatiquez y tal torpeza:
mas es á tiempo que de mi bajeza
corrermme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfeta edad, y armado,
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fué corazón. Si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

(Texto Navarro Tomás. *Clás. Cast.*—Madrid, 1911).



Jerónimo de Lomas Cantoral

Soneto

Madre de Amor gentil, que cuando el día
Asoma por Levante, tú riendo
Con amorosa luz estás hinchendo
La tierra, el mar y el aire de alegría:

Así jamás de Amor nueva porfia
Adonis siga, por quien vas ardiendo,
Que el pecho abrasas desta que encendiendo
Y helando está rebelde el alma mía.

Que yo juro y prometo en sacrificio

¡Oh santa Diosa! consagrarte altares
Y en ellos esparcir purpúreas flores:
Y junto por tan alto beneficio,
Sacrificarte víctimas á pares
Y en su fuego quemar de Arabia olores.

(*Obras.*—Madrid, 1578).



Don Diego Hurtado de Mendoza (1504-1575)

Al silencio de sus quejas

De los tormentos de amor
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.

Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.

No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado, que callo
¿Cómo es posible pasallo
Si de entrambas cosas muero?

Di, Filis, ¿quién me ha revuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
¿O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto?

¿Qué te pueden haber dicho,
Con que tanto mal me han hecho?
¿Quién puso saña en tu pecho
Que al trato ha puesto entredicho
Y á mi vida en tanto estrecho?

Dígante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio;
Pero tu nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.

¡Oh, tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y aun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse!

Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
Y desesperado vivo.

(Texto Knapp. *Lib. rar.*—Madrid, 1877).

Guerra de Granada

Habían crecido las fuerzas de Aben Humeya, y vení-
dole número de turcos y capitanes pláticos según su ma-
nera de guerra; moros berberíes, armas, parte traídas,
parte tomadas á los nuestros, vituallas en abundancia, la
gente más, y más plática de la guerra. Estaba el Rey con
cuidado de que la gente y las provisiones se hacían de
espacio; y pareciéndole que llegarse él más al reino de
Granada, sería gran parte para que las ciudades y señores
de España se moviesen con mayor calor, y ayudasen con
más gente y más presto, y que con el nombre y autoridad
de su venida los príncipes de Berbería andarían retenidos
en dar socorro, ciertos que la guerra se había de tomar
con mayores fuerzas, y acababa, con todas ellas cargar

sobre sus estados; mandó llamar á Cortes en Córdoba para día señalado, á donde se comenzaron á juntar procuradores de las ciudades, y hacer los aposentos.

Salió el marqués de Vélez de Terque para estorbar el socorro que los moros de Berbería continuamente traían de gente, armas y vitualla, y los de la Alpujarra recibían por la parte de Almería. Vino á Berja (que antiguamente tenía el mismo nombre), donde quiso esperar la gente pagada y la que daban los lugares de la Andalucía. Mas Aben Humeya, entendiendo que estaba el Marqués con poca gente y descuidado, resolvió combatlle antes que juntase el campo. Dicen los moros haber tenido plática con algunos esclavos, que escondiesen los frenos de los caballos; pero esto no se entendió entre nosotros: y porque los moros como gente de pie y sin picas recelaban la caballería, quiso combatlle cerca de lugar antes del día. Llamó la gente del río de Almería, la del Bolodui, la de la Alpujarra, los que quisieron venir del río de Almanzora, cuatrocientos turcos y berberíes: eran por todos cuasi tres mil arcabuceros y ballesteros, y dos mil con armas enastadas. Echó delante un capitán que le servía de secretario, llamado Moxaxar, que con trecientos arcabuceros entrase derecho á las casas donde el Marqués posaba, diese en la centinela (lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles en la noche, escucha, en el día, atalaya; nombres harto más propios para su oficio); llegando con ella á un tiempo el arma y ellos, en el cuerpo de guardia: siguióle otra gente, y él quedó en la retaguardia sobre un macho, y vestido de grana. Mas el Marqués, que estaba avisado por una lengua que los nuestros le trujeron, atravesó algunas calles que daban en la plaza; puso la arcabucería á las puertas y ventanas; tomó las salidas, dejando libres las entradas por donde entendió que los enemigos vendrían; y mandó estar apercebida la caballería y con ella su hijo don Diego Fajardo: abrió camino para salir fuera, y con esta orden esperó á los enemigos. Entró Moxaxar por la calle que va derecha á dar á la plaza, al principio con furia;

después espantado y recatado de hallar la villa sin guardia, olió humo de cuerdas; y antes que se recátase, sintió de una y otra parte jugar y hacerle daño la arcabucería. Mas queriendo resistir la gente con alguna otra que le había seguido, no pudo; salióse con pocos y desordenadamente al campo. El Marqués con la caballería y alguna arcabucería, á un tiempo saltó fuera con D. Diego su hijo, D. Juan su hermano, D. Bernardino de Mendoza, hijo del Conde de Coruña, D. Diego de Leiva, hijo natural del señor Antonio de Leiva, y otros caballeros: dió en los que se retiraban y en la gente que estaba para hacelles espaldas; rompiólos otra vez; pero aunque la tierra fuese llana, impedida la caballería de las matas y de la arcabucería de los turcos y moros que se retiraban con orden, no pudo acabar de deshacer los enemigos. Murieron de ellos cuasi seiscientos hombres; Aben Humeya tornó la gente rota á la sierra, y el Marqués á Berja.

(Texto de la *Biblioteca Clásica* —Madrid, 1888).



Cristóbal de Castillejo (1490-1556?)

Razonamiento de un Capitán General á su gente

Señores y compañeros
Que salistes de Bohemia
Por virtud y no por premia,
A ganar honra y dineros:
Ya sabés que hasta aquí,
Mientras quiso la fortuna,
No ha habido falta ninguna,
Por vosotros ni por mí.
Agora, por los pecados
De alguno, veis que nos vemos

Do de hambre perecemos
De toda parte cerrados.
Veis los turcos poderosos,
Y más fuertes á la fin,
Y muerto Pedro Rachín
Y otros hombres valerosos.

Pues ya que con osadía
Queramos acometellos,
Antes de tocar en ellos
Nos mata el artillería.
Para estar aquí perdidos
Estas causas grandes son,
Cuanto más que hay traición
Y estamos todos vendidos.

Y por nuestra mala suerte
Si esperamos á mañana,
Moriremos, y no gana
El rey nada en nuestra muerte,
El remedio es retraer,
Por excusar tanto mal,
Y el capitán general
Es del mismo parecer.

Y caso que de este hecho
Alguna mengua ganemos,
Al menos excusaremos
De no morir sin provecho.
Cualquier daño y perdición
Con la vida se repara;
Más vale vergüenza en cara
Que mancilla en corazón.

Pero diga quien dijere;
Que si es honra combatir,
No es menos saber huir
Cuando el tiempo lo requiere.
Aperciba, pues, cualquiera
Los pies, si queréis salvaros,
Porque yo pienso llevaros,
Si puedo, la delantera.

Contra los que dejan los metros castellanos
y siguen los italianos

Pues la Santa Inquisición
Suele ser tan diligente
En castigar con razón
Cualquier secta y opinión
Levantada nuevamente,
Resucítese Lucero
A cástigar en España
Una muy nueva y extraña,
Como aquella de Lutero
En las partes de Alemaña.

Bien se pueden castigar
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan á bautizar
Y se llaman petrarquistas,
Han renegado la fe
De las trovas castellanas,
Y tras las italianas
Se pierden diciendo que
Son más ricas y galanas...

Soneto de Boscán

Si las penas que dais son verdaderas,
Como muy bien lo sabe el alma mía,
¿Por qué no me acaban, y sería
Sin ellas mi morir muy más de veras?

Mas si por dicha son tan lisonjeras
Que quieren retozar con mi alegría,
Decid, ¿por qué me matan cada día
Con muerte de dolor de mil maneras?

Mostradme este secreto ya, señora,
Y sepa yo de vos, pues por vos muero,
Si aquesto que padezco es muerte ó vida;

Porque siéndome vos la matadora,
Mayor gloria de pena ya no quiero
Que poder yo tener tal homicida.

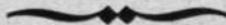
Octava rima de Garcilaso

Y ya que mis tormentos son forzados,
Aunque vienen sin fuerza consentidos
Pues ¿qué mayor alivio á mis cuidados
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados,
De vos fuesen, señora, conocidos,
La más crecida angustia de mi pena
Sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida;
Y dijo: «Según la prueba,
Once sílabas por pie
No hallo causa por qué
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo mismo las usé.»

Don Jorge dijo: «No veo
Necesidad ni razón
De vestir nuevo deseo
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova á la verdad
Por el contrario denota
Oscura prolijidad.»...

(Amberes, Martín Nutio, 1598.)



Fray Luis de León (1527-1591)

La vida del campo

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mí contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, y mortal cuidado?
¡Oh campo! ¡oh monte! ¡oh rio!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqúeste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar süave no aprendido,

No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
De ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar, corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruído,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un flaco leño se confían;
No es mio ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me baste, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
Mente se están los otros abrasando
En sed insaciable
Del no durable mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando;
A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce, acordado,
Del plectro sabiamente meneado.

(Texto de D. Francisco Besalú. Madrid, 1872)

La perfecta casada

Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde.

Quiere decir que en levantándose la mujer, ha de proveer todas las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de agora hacen, que unas en poniendo los pies en el suelo, -ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luego con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se asientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el mediodía, y viene á comer el marido, y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomón desta diligencia aquí, no porque antes de agora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocia de las mujeres cuán mal se hacen al cuidado y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo también porque, diciéndole á la mujer que

rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los pies la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. «Rodeó, dice, los rincones de su casa»; para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones della, y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca, y que porque sus pies son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído á casa, lo tuviese en guarda la mujer y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera, y visitadora, y vagabunda? ¿Qué dice San Pablo á su discípulo Tito que enseñe á las mujeres casadas? «Que sean prudentes, dice, y que sean honestas y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas». Adonde lo que decimos, «que tengan cuidado de sus casas», el original dice así: «Y que sean guardas de su casa». ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro del agua, discurren por ella y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear, así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera de ellas se ha de tener por coja y torpe.

(Salamanca, Juan Fernández, 1595).



Francisco de la Torre

La cierva

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno,
Buscas la agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello, de la corriente sangre hinchado,
Débil y decaída tu hermosura:
¡Ay! que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero.

Vuelve, cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le excusen los cielos, permitiendo
Crudos astros, que mueras padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo
Que te vino siguiendo
Por los desiertos deste campo mudo.

Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado.

Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente deste valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes:
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado
Vuestras frentes bellísimas ceñistes:
Cuando las horas tristes,
Que ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.

Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desdén y de espanto, quien solía
Ser ornamento de la selva umbrosa:
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa;
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes

Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

(Obras, Madrid, Imp. del Reino, 1631).

Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

Glosa

*Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me ha entregado,
*Y mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Exclamaciones

Muchas veces, Señor mío, considero, que si con algo se puede sustentar el vivir sin Vos, es en la soledad, porque descansa el alma con su descanso; puesto que como no se goza con entera libertad, muchas veces se dobla el tormento; mas el que da el haber de tratar con las criaturas, y dejar de entender el alma á solas con su Criador, hace tenerle por deleite. ¿Mas qué es esto, mi Dios, que el descanso cansa al alma, que sólo pretende contentaros? ¡Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar de lo que posé. El de mi Dios mientras más amadores entiende que hay, más crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. ¡Oh bien mio! que esto hace, que en los mayores regalos y contentos que se tienen con Vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos, y de los que para siempre los han de perder. Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte, para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mio, ¿no valdría más dejar estos deseos para cuando esté el alma con menos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? ¡Oh, Jesús mio, cuán grande es el amor que tenéis á los hijos de los hombres! que el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros á Vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseído más enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á Vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de Vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados en el amor del prójimo. Quien no le amare, no os ama, Señor mío; pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis á los hijos de Adán.



Carta á Fray Luis de Granada

La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra paternidad, amén. De las muchas personas que aman en el Señor á vuestra paternidad, por haber escrito tan santa y provechosa doctrina, y dan gracias á su Majestad, y por haberle dado á vuestra paternidad para tan grande y universal bien de las almas, soy yo una. Y entiendo de mí, que por ningún trabajo hubiera dejado de ver á quien tanto me consuela oír sus palabras, si se sufriera conforme á mi estado, y ser mujer. Porque sin esta causa, la he tenido de buscar personas semejantes, para asegurar los temores, en que mi alma ha vivido algunos años. Y ya que esto no he merecido, heme consolado de que el señor don Teotonio me ha mandado escribir esta; á lo que yo no hubiera atrevimiento. Mas fiada en la obediencia, espero en nuestro Señor me ha de aprovechar, para que vuestra paternidad se acuerde alguna vez de encomendarme á nuestro Señor; que tengo dello gran necesidad, por andar con poco caudal, puesta en los ojos del mundo, sin tener ninguno para hacer de verdad algo de lo que imaginan de mí.

Entender vuestra paternidad esto, bastaría á hacerme merced y limosna; pues tan bien entiende lo que hay en él, y el gran trabajo que es, para quien ha vivido una vida harto ruin. Con serlo tanto, me he atrevido muchas veces á pedir á nuestro Señor la vida de vuestra paternidad sea muy larga. Plegue á su Majestad me haga esta merced, y vaya vuestra paternidad creciendo en santidad y amor suyo. Amén.

Indina sierva y súdita de vuestra paternidad. — TERESA DE JESÚS, carmelita.

El señor don Teotonio, creo es de los engañados en lo que me toca. Díceme quiere mucho á vuestra paternidad. En pago de esto, está vuestra paternidad obligado á visitar á su señoría, no se crea tan sin causa.

(Texto de D. Vicente de la Fuente. *B. A. E.*—Madrid, 1861-62).



San Juan de la Cruz (1542-1591)

Llama de amor viva

I. ¡Oh llama de amor viva
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

II. ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida lo has trocado.

III. ¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores,
Color y luz dan junto á su querido!

IV. ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

(Madrid, Rodríguez, 1649).



Fernando de Herrera (1534-1597)

Elegía

¿Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,
que duramente me consume el pecho,
por estas venas mías se derrama?
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho;
cese, Amor, el rigor de mi tormento,
basten los males que en mi alma has hecho.
Este dolor, que nuevo siempre siento,
esta llaga mortal contino abierta,
este grave y perpetuo sentimiento,
Esta corta esperanza y siempre incierta,
este vano deseo peligroso,
fin de mis penas, esta muerte cierta,
Tal me tienen confuso y temeroso
y sin valor perdido y quebrantado,
que ni aun huir de mis pasiones oso.
No es amor, es furor jamás cansado;
rabia es, que despedaza mis entrañas,
este eterno dolor de mi cuidado.
¡Qué gran victoria, Amor, y qué hazañas,
atravesar un corazón rendido,
un corazón que dulcemente engañas!
Ya que me tienes preso, y tan herido
que en mi pecho no hallas lugar sano,
no me acabes, cruel, en duro olvido.
Mi fe y mi pensamiento soberano,
de mi grande osadía la nobleza,
no sufran que me dejes de la mano.
Nací para inflamarme en la pureza
de aquellas vivas luces, que al sagrado
cielo ilustran con rayos de belleza.
Y de sus flechas todo traspasado,
por gloria estimo mi quejosa pena;
mi dolor por descanso regalado.

Tal es la dulce luz que me condena
al tormento, y tal es por suerte mía
de mi enemiga la beldad serena.
Mas, aunque sin igual fué mi osadía,
y el mal que sufro, por tu fuego juro
que contrastar no puedo á mi porfía.
Y cuanto en él mi corazón apuro
y afino, tanto más crece el deseo
y un temor, con que nunca me aseguro.
Quién me daría, Amor, que el bien que veo
gozase solo y libre de recelo,
en aquella verdad con que lo creo;
Que nunca mi ofensor, medroso celo,
que tan grave me affige y desbarata,
podría derribarme por el suelo.
¡Ay, cuánto tu cruera me maltrata!
¡ay, cuánto puede en mí tu diestra airada,
que contino me aviva, y siempre mata!
Bella señora, si mi voz causada
alcanza tanto bien que no os ofende,
oidla blandamente sosegada.
Luz de eterna belleza, en quien me enciende
y gasta Amor, y en un lloroso río
vuelto, contra sus llamas me defiende;
Si os puede enternecer el dolor mío,
comiencen á ablandaros mis enojos;
no deis ya más lugar á más desvío.
No me neguéis esos divinos ojos,
que todo en vos me han ya transfigurado,
llevándose consigo mis despojos.
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,
y vivo alegre sólo cuando os miro;
mas ¡ay, cuán poco duro en este estado!
Que cuando á verme en vos presente aspiro,
mi enemiga fortuna no consiente
que falte causa al mal por quien suspiro;
y así estoy ante vos solo y ausente.

Canción

Al S. Don Juan de Austria.

Cuando con resonante
 rayo, y furor del brazo poderoso,
 á Encélado arrogante
 Júpiter gloriöso
 en Etna despeñó vitoriöso;
Y la vencida tierra
 á su imperio sujeta y condenada,
 desamparó la guerra
 por la sangrienta espada
 de Marte, con mil muertes no domada;
En la celeste cumbre
 es fama que con dulce voz presente,
 Febo, autor de la lumbre,
 cantó suävemente
 revuelto en oro la encrespada frente.
La sonora armonía
 suspende atento al inmortal senado;
 y el cielo, que movía
 su curso arrebatado,
 se reparaba al canto consagrado.
Halagaba el sonido
 al alto y bravo mar y airado viento
 su furor encogido,
 y con divino aliento
 las Musas consonaban á su intento.
Cantaba la vitoria
 del cielo, y el horror y la aspereza
 que les dió mayor gloria,
 temiendo la crueza
 de la titania estirpe y su bruteza.

Cantaba el rayo fiero
y de Minerva la vibrada lanza,
del rey del mar ligero
la terrible pujanza,
y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del sangriento Marte
las fuerzas alabó y desnuda espada,
y la braveza y arte
de aquella diestra armada
cuya furia fué en Flegra lamentada.

«A ti, decía, escudo,
á ti, valor del cielo poderoso,
poner temor no pudo
el escuadrón dudoso,
con enroscadas sierpes espantoso.

Tú solo á Oromedonte
diste, bravo y feroz, horrible muerte
junto al doblado monte,
y con dichosa suerte
á Peloro abatió tu diestra fuerte.

Oh, hijo esclarecido
de Juno, oh duro y no cansado pecho,
por quien Mimas vencido
y en peligroso estrecho
el pavoroso Runco fué deshecho.

Tú, ceñido de acero,
tú, estrago de los hombres rabiöso,
con sangre hórrido y fiero
y todo impetuöso,
el grande muro rompes presuroso.

Tú encendiste en aliento
y amor de guerra y generosa gloria,
al sacro ayuntamiento,
dándole la vitoria
que hará siempre eterna su memoria.

A tí Júpiter debe,
libre ya de peligro, que el profano

linaje que se atreve
alzar armada mano,
sujeto sienta ser su orgullo vano.
Mas aunque resplandesca
esta vitoria tuya esclarecida
con fama que meresca
tener eterna vida,
sin que de oscuridad esté ofendida;
Vendrá tiempo en que sea
tu nombre, tu valor puesto en olvido,
y la tierra posea
valor tan escogido
que ante él, el tuyo quede oscurecido.
Y el fértil Occidente
en cuyo inmenso piélago se baña
mi veloz carro ardiente,
con claro honor de España
te mostrará la luz desta hazaña.
Que el cielo le concede
de César sacro el ramo gloriöso,
que su valor herede,
para que al espantoso
Turco quebrante el brio corajoso.
Veráse el impio bando
en la fragosa, inaccesible cumbre,
que sube amenazando
á la celeste lumbre,
confiado en su osada muchedumbre.
Y allí, de miedo ajeno,
corre, cual suelta cabra, y se abalanza
con el fogoso trueno
de su cubierta estanza,
y sigue de sus odios la venganza.
Mas luego que aparece
el joven de Austria en la enriscada sierra,
el temor entorpece
á la enemiga tierra,

- y con ella acabó toda la guerra.
Cual tempestad ondosas
con horrisono estruendo se levanta,
y la nave medrosa
de aquella furia tanta,
entre peñascos ásperos quebranta.
- O cual del cerco estrecho
el flamígero rayo se desata
con largo sulco hecho,
y rompe y desbarata
cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá.
- La Fama alzará luego,
y con doradas alas la Vitoria
sobre el orbe del fuego,
resonando su gloria
con puro resplandor de su memoria.
- Y llevarán su nombre
de los últimos soplos de Occidente
con inmortal renombre
al purpúreo Oriente,
y á do hiela y abrasa el cielo ardiente.
- Si Peloro tuviera
de su escelso valor alguna parte,
él solo te venciera
aunque tuvieras, Marte,
doblado esfuerzo y osadía y arte.
- Si este valiera al cielo
contra el profano ejército arrogante,
no tuvieras recelo
tú, Júpiter tonante,
ni arrojaras el rayo resonante.
- Traed, pues, ya, volando,
oh cielos, este tiempo espaciöso,
que fuerza dilatando
el curso gloriöso;
haced que se adelante presuroso.
- Así la lira suena,

y Jove el canto afirma y se estremece
sacudido, y resuena
el cielo y resplandece,
y Mavorte medroso se oscurece.

(Texto de Adolphe Coster.—Paris, 1908).

Gutierre de Cetina (1520-1560?)

Madrigal

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos
Más bellos parecéis á quien os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

(Edición Hazañas y la Rúa. Sevilla, 1895).

Baltasar de Alcázar (1530-1606)

Soneto

«Al soneto, vecinas, al malvado,
Al sacrílego, al loco, al sedicioso,
Revolvedor de caldos, mentiroso,
Afrentoso al Señor que lo ha criado.

Atadle bien los piés, porque el taimado
No juegue d' ellos, pues será forzoso
Que el sosiego del mundo y el reposo
Vuelva en un triste y miserable estado.

Quemadlo vivo: muera esta cizaña,
Y sus cenizas Euro las derrame
Donde perezcan al rigor del cielo.»

Esto dijo en honor de nuestra España
Viendo un soneto de discurso infame;
Pero valióle poco su buen celo.

Epigramas

Iba en una procesión
Un donoso loco un día,
Y un galán, que atrás venía,
Le sacudió un pescozón.

El loco, la mano alzando,
Dió otro tal al delantero,
Diciéndole: «compañero,
Dad, ¿no veis que vienen dando?»

Cierto jurista abogado
Juraba por su provecho,
Que había todo el Derecho
En una noche pasado.

Creyéselo el litigante,
Sin ver que si lo pasó
Fué porque el libro mudó
Para limpiar el estante.

No es delito contra el Papa
Que os riáis, señor Centeno;
Pero no tengo por bueno
Que se ría vuestra capa.

Y si ropero que os fie
 Otra capa no tenéis,
 Mejor será que lloréis
 Cuando la capa se ríe.

La cena

En Jaén, donde resido,
 Vive don Lope de Sosa,
 Y diréte, Inés, la cosa
 Más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
 Un criado portugués...
 Pero cenemos, Inés,
 Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
 Lo que se ha de cenar junto,
 Las tazas del vino á punto,
 Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
 Y échale la bendición;
 Yo tengo por devoción
 De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
 Pero arrójame la bota;
 Vale un florin cada gota
 De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
 Mas ya... de la del Castillo...
 Diez y seis vale el cuartillo;
 No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor; que es mina
 La taberna de Alcocer;
 Grande consuelo es tener
 La taberna por vecina.

Si es ó no invención moderna,
 Vive Dios, que no lo sé,
 Pero delicada fué
 La invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
Hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Páreceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre
Que es algo estrecho el camino.
No echas agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,
Porque con más gustos comas;
Dios te guarde, que así tomas
Como sabia mi consejo.

Mas dí, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
¡Tal debe tener de especias!

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.

El corazón me revienta
De placer; no se de tí.
¿Cómo te vá? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil:

¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles.

Ya sé lo que puede ser:

Con este negro beber

Se acrecientan los candiles.

Probemos lo de pichel,

Alto licor celestial:

No es el aloquillo tal

Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!

¡Qué rancio gusto y olor!

¡Qué paladar! ¡qué color!

¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale á plaza,

La moradilla va entrando,

Y ambos vienen preguntando

Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,

El de Pinto no le iguala;

Pues la aceituna no es mala,

Bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles.

Daca de la bota llena

Seis tragos; hecha es la cena,

Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado

Tan bien y con tanto gusto,

Parece que será justo

Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,

Que el portugués cayó enfermo...

Las once dan, yo me duermo;

Quédese para mañana.

D. Juan de Arguijo (m. 1629)**Soneto**

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones y luciente plata,
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la oliva ingrata
Que contempla en sus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir: si impetuoso
Con nuevas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar tu altiva frente,
Respecta humilde los antiguos muros.

(*Flores de poetas ilustres*. Ed. Bibliof. And.—Sevilla, 1896).


Lupercio Leonardo de Argensola
(1559-1613)**Canción**

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado,
Y en los lagares ricos del octubre.
La hoz se le descubre

Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.

Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El joven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro;
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra;
Mas cuando se destierra
O al asalto acomete,
Mil vitorias y triunfos se promete.

Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida,
Y tiene de su afán por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras
En vano fuertes, cautas y ligeras.

Premio y fin cierto tiene
Cualquier trabajo humano,
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinión del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza,
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos volaron para el cielo.

Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes;
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes;

Si la cerviz rehuyes
De los brazos amados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?

Amor, en diferentes
Géneros dividido,
El publica su fin á quien le admite;
Todos los accidentes
De un amante perdido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite.
Limite, pues, limite
La avara resistencia;
Que, dada la ocasión, todo es licencia.

(*Flores de p. il. Bib. And.*—Sevilla, 1896.)

Soneto

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
ó el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas
ó al sobornado siervo el hierro oculto;
El otro, sus riquezas descubiertas
con llave falsa ó violento insulto:
y déjale al amor sus glorias ciertas.

(Zaragoza, Hospital Real... 1634.)



Bartolomé Leonardo de Argensola (1562-1631)

Sátira

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
introducir tus hijos, persuadido
á que así te lo manda el ser quien eres;
que ya la obligación con que han nacido
concede á su primera edad licencia
para que intenten á volar del nido;
que en los umbrales de la adolescencia,
poniendo acíbar junto de la leche,
ó el pedagogo evitas, ó su ciencia:
no porque como inútil se deseche,
sino porque les des la que él no alcanza
que al trato humano más les aproveche.
Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿á dónde ocurrirán como á la Corte,
única perfección de su crianza?
Si estás resuelto de seguir su norte
procediendo consulta, no me atrevo
á estorbarlo, por mucho que te importe;
mas si en virtud de otro consejo nuevo
quisieres ver que el tuyo es peligroso,
mira cuán sin difugios te lo pruebo.
Bien que, si huyendo el paternal reposo,
al espanto te expones ó á la ira
por algún caso, ó grave, ó afrentoso;
si tus amadas prendas (á quien mira
como á su luz tu patria) ver deseas
despojos de la pública mentira;
y si cebarse en las mohatras feas
(habiendo el patrimonio trastornado)
te persuade alguno que los veas;

si ciegos al honor, y del cuidado
del gobierno político incapaces,
y de las calidades de su estado;
si viciosos, al fin, y contumaces
en lujuria y en gula, vengan presto;
tráelos á la Corte, muy bien haces.

.

Si tú pudieses ver, como el Menipo
de Luciano, en los aires sostenido,
cuando hierve esta Corte de Filipo,
de su desorden, tráfago y ruido,
sin otros argumentos importantes,
quedarías asaz persuadido.

Como aquí de provincias tan distantes
concurren, ó por gracia ó por justicia,
diversas lenguas, trajes y semblantes,
necesidad, favor, celo, codicia
forman tumulto, confusión y priesa
tal, que dirás que el orbe se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa
con varias quejas, varios ademanes,
sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados capitanes
que ruegan y amenazan, todo junto,
cuando nos encarecen sus afanes,
los vivanderos gritan, y en un punto
cruzan entre los coches los entierros
sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros
cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
y aquí forjan los cíclopes sus hierros.

Todos esperan y discordes penan
según la disonancia de los fines
y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás que no todos son ruines,
que entre los vicios las virtudes nacen
como, entre yedras, rosas y jazmines.

¿Pues eso no está claro? Que aunque yacen
sordas, tal vez avivan las acciones
y á su nobleza misma satisfacen.
Mas básteme mostrar las ocasiones
y peligros que vencen las más veces
y el grande riesgo á que tus hijos pones.
Y digo al fin que si los aborreces
y no admitiendo el parecer segundo
constante en el primero permaneces:
que si en tu casa hay pozo bien profundo
ó alta ventana, allá los precipita,
que en los castigos no desplace al mundo
quien por clemencia el más horrendo evita.

Soneto

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que arrastrando prisiones la inocencia
suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
hace á tus leyes firme resistencia,
y que el celo que más la reverencia
gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inícuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.»
Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

(Zaragoza, Hospital Real... 1634).



Don Luis de Góngora y Argote

(1651-1627)

Romance

Amarrado á un duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,

Un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!

Pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,

Tráeme nuevas de mi esposa
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras;

Porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes el mar del Sur
vencer en lucientes perlas.

Dame ya, sagrado mar,
á mis demandas respuesta,
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas,

Pero, pues no me responde,
sin duda alguna que es muerta,

aunque no lo debe ser,
 pues que yo vivo en ausencia.

Pues he vivido diez años
 sin libertad y sin ella,
 siempre al remo condenado,
 á nadie matarán penas».

En esto se descubrieron
 de la religión seis velas,
 y el cómitre mandó usar
 al forzado de su fuerza.

Soneto

Ilustre y hermosísima María,
 Mientras se dejan ver á cualquier hora
 En tus mejillas la rosada aurora,
 Febo en tus ojos y en tu frente el día;

Y mientras con gentil descortesía
 Mueve el viento la hebra voladora
 Que la Arabia en sus venas atesora
 Y el rico Tajo en sus arenas cría;

Antes que de la edad Febo eclipsado,
 Y el claro día vuelva en noche obscura,
 Huya la aurora del mortal nublado;

Antes que lo que hoy es rubio tesoro
 Venza á la blanca nieve su blancura,
 Goza, goza el color, la luz, el oro.

Letrilla

*Andeme yo caliente,
 y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
 del mundo y sus monarquías,
 mientras gobiernan mis días
 mantequillas y pan tierno,

y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el Enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y riase la gente.

Busque muy enhorabuena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y riase la gente.

Pase á media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama,
que yo más quiero pasar
de Yepes á Madrigar
la regalada corriente,
y riase la gente.

Pues amor es tan cruel
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente;
y riase la gente.

Soledades

Entrase el mar por un arroyo breve
Que á recibille con sediento paso
De su roca natal se precipita,
Y mucha sal no solo en poco vaso;
Mas su ruina bebe
Y su fin, cristalina mariposa,
No alada, sino undosa,
En el farol de Tésis solicita.

Muros dismantelando pues de arena,
Centauro ya espumoso el Oceano,
Medio mar, medio ria,
Dos veces huella la campaña al dia,
Escarlar pretendiendo el monte en vano,
De quien es dulce vena
El tardo ya torrente
Arrepentido, y aun retrocediente.

Eral lozano así novillo tierno,
(De bien nacido cuerno
Mal lunada la frente),
Retrógrado cedió en desigual lucha
A duro toro, aun contra el viento armado.
No pues de otra manera
A la violencia mucha
Del padre de las aguas, coronado
De blancas ovas y de espuma verde,
Resiste obedeciendo, y tierra pierde.

En la incierta ribera,
(Guarnición desigual á tanto espejo),
Descubrió el alba á nuestro peregrino
Con todo el villanaje ultramarino,
Que á la fiesta nupcial, de verde tejo
Toldado, ya capaz tradujo pino.

Alonso de Ledesma (1552-1623)

A la muerte de Cristo Nuestro Señor

Cristo (soberano Codro)
para morir se disfrazaba
con las ropas que tomó
de naturaleza humana.
Es guerra campal la vida
y por sus peligros pasa,
sin que le respete brazo
ni le reconozca bala.
Con más de cinco mil golpes
pasó las huestes contrarias,
y al expirar sobre un monte
dijo al campo estas palabras:
«Muriendo por la fe ganaréis fama.
Al arma, al arma, cierra, cierra;
y en muriendo Jesús en esta guerra,
escurecióse el sol, tembló la tierra.»
No desmayes, campo mío,
si vieres rotas mis armas,
desangrado todo el cuerpo
y atravesada una lanza.
No por verme baldonar
de la enemiga canalla,
te cuentes por afrentado
viendo que á tu rey agravian.
Que en mi escarnio está tu gloria,
en mi dolor tu esperanza,
en mi sangre tu remedio,
y en mi muerte vida larga.
Disfracéme por morir,

que la muerte fiera y brava
no se atreviera, á no verme
en esta figura baja.

Aunque en parte me conoce
al morir, pues no me falta
corona, aunque fué de espinas,
y cetro, aunque fué de caña.

Y pues las muertes de reyes
un cometa las señala,
cielos, mostrad sentimiento,
pues muere vuestro Monarca:

«Con esto ganareis eterna fama.
Al arma, al arma, cierra, cierra;
y en muriendo Jesús en esta guerra
escurecióse el sol, tembló la tierra.»

Al cielo parto triunfante,
pero, puesto que me parta,
aquí quedo con vosotros
haciéndoos cuerpo de guardia.

Nadie se me dé por hambre,
cuando cerquen sus murallas,
pues tiene de provisión
pan que á los ángeles harta.

Los despojos que gané
os dejo con mano franca,
que no quiero desta guerra
mayor premio que el ganarla.

«Al arma, al arma, cierra, cierra,
y en muriendo Jesús en esta guerra
escurecióse el sol, tembló la tierra.»

(*Conceptos espirituales*. Madrid, Juan de la Cuesta, 1612).



Don Francisco de Borja
Príncipe de Esquilache (1581-1658)

Romance

La Morena Sierra
Pasaste, Lucinda,
Y habrá más de un año
Que estás en la villa.

Con ninguna tratas,
A ninguno miras;
Si por nada mueres,
¿De qué vives, niña?

No nació tu hielo
En la Andalucía,
Si no en los nevados
Campos de Castilla.

La cuna del Tormes
Y sus nieves frías,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.

Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro camina.

Deja los rigores,
Deja tus porfías;
Si de ver no gustas,
Huelga de ser vista.

Al son de unas cuerdas
Esta mañanica
Te canté estos versos;
Pienso que dormías:

*No retires tus ojos, niña del Betis;
Deja que los quieran, ya que no quieres.*

Don Gabriel de Corral (1588-1646)

Epigramas

A Leriano, un letrado
nuevo, Tauro examinaba,
que como testigo estaba
en un pleito presentado.

Respondió muy satisfecho:
«No sé nada», y Tauro al punto
le replicó: «No os pregunto
cosa que toque al Derecho.»

Hazaña de hado inclemente
fué quitarle su marido
á Elisa, á quien como Dido,
lloró atortoladamente.

Mas aunque el dolor fué tanto,
ya se entretiene y pasea.
Ninguna cosa se orea
más fácilmente que el llanto.

Finardo á piedad movió
al mismo rico avariento:
su importunar es tormento
en que ninguno negó.

Pudíerale castigar
por ladrón cualquier jüez,
que pedir más de una vez
no es pedir, sino robar.

Llego, Pinelo, á entender
que la pluma con que hurtaste
tanta hacienda, la sacaste
de un alón de Lucifer.

Mas aunque amigo te advierto,
no te espero escarmentado,
que tú robas en poblado
y yo predico en desierto.

—
Siempre, fray Carrillo, estás
cansándonos acá fuera.
¡Quién en tu celda estuviera
para no verte jamás!

(*La Cintia de Aranjuez*.—Madrid, 1629.)



Don Esteban Manuel de Villegas

(1596-1669)

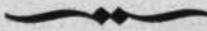
Cantinelas

Yo vi sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía;
ya cansado callaba,

y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía;
ya circular volaba,
ya rastrero corría;
ya, pues, de rama en rama
al rústico seguía;
y saltando en la grama,
parece que decía:
«Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía»;
y á mí que respondía
el rústico: «No quiero».

Aquellos dos verdugos
de las flores y pechos,
el Amor y la Abeja,
á un rosal concurrieron.
Lleva armado el muchacho
de saetas el cuello,
y la bestia su pico
de aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
caracoles haciendo,
y él criando mil risas
y cantando mil versos.
Pero dieron venganza
luego á flores y pechos,
ella muerta quedando
y él herido volviendo.

(Texto Alonso Cortés.—Madrid, *Clás. Cast.* 1913.)



Rodrigo Caro (1573-1647)

Canción

A las ruinas de Itálica

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;

Mas aún el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano.
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna y la que baña
El mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada;
Casas, jardines, césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruídas;
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas,
Emulación ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
Tal genio ó religión fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que, llorando,
Cayó Itálica dice: y lastimosa,
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opondre, resonando
Itálica; y el claro nombre oido
De *Itálica*, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina;
¡Tanto aún la plebe á sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido
Huésped, á tus sagrados manes debo,
Les dó y consagró, *Itálica* famosa.
Tú, si lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas, de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme, piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado;
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo.
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y sus estrellas.

(Texto de Sedano, *Parn. Esp.*, Madrid, 1773.)



Anónimo sevillano

(Probablemente Andrés Fernández
de Andrada)

Epístola moral ⁽¹⁾

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído;

Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémola pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.

(1) Sobre el texto de Sedano, adopto las correcciones que, en vista de otros varios, se introducen generalmente en esta *Epístola*.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud ó qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno;

Adonde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea» al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro
O cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;
Que la opinión vulgar es devaneo».

Más precia el ruiñeñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que halagar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana

De nuestra antigua Itálica, y ¿qué esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!

¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
O ¿qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir antes que llegue
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid, cuyo fruto no madura

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porción, alta y divina,
A mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre sólo es dada
Sacra razón y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto á los nombres y á la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,

Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es más barata,
Ella consigo misma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al simple y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aún esto fué difícil á Epicteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio

Y el ánimo enseñar á ser modesto; -
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud; que aún el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Más no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duración de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura:

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múrrinopreciado;
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

Y ¿no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos.
Ven y verás el alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.



Don Francisco de Rioja (1583-1659)

A la rosa amarilla

¿Cual suprema piedad, rosa divina,
de alta belleza transformó colores
en tu flor peregrina
teñida del color de los amores
cuando en tí floreció el aliento humano?
Sin duda fué soberbio amante y necio,
cuidado tuyo y llama,
y tu descuido suyo y su desprecio
diste voces al aire fiel, en vano.

¡Oh triste y cuántas veces,
y cuántas ¡ay! tu lengua enmudecieron
lágrimas que copiosas la ciñeron!

Mas tal hubo deidad, que conmovida
(fuese al rigor del amoroso fuego
ó al pio afecto del humilde ruego),
borró tus luces bellas
y apagó de tu incendio las centellas:
desvaneció la púrpura y la nieve
de tu belleza pura
en corteza y en hojas y astil breve.

El oro solamente
que en crespos lazos coronó tu frente,
en igual copia dura,
sombra de la belleza
que pródiga te dió naturaleza;
para que seas ¡oh flor resplandeciente!
ejemplo eterno y solo de amadores,
sola eterna amarilla entre las flores.

III. Los épicos

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga
(1553-1594)**La Araucana.—Del canto XIV**

Lautaro á la sazón, según se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba;
asegúrala, esfuerza y reprehende
de la desconfianza que mostraba;
ella razón no admite y más se ofende,
que aquello mayor pena le causaba;
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladrón algún ruido;
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,
temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo en el instante,
con un desnudo estoque, y él desnudo,
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse así tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
cómo llevas tu fin por punto crudo;
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometieron,
que en ayuda y favor de los cristianos
con sus pintados arcos acudieron,
que con extrema fuerza y prestas manos
gran número de tiros despidieron.

Del toldo el hijo de Pillán salía
y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
rompe la cruda punta, y tan derecho
que pasa el corazón más bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho.
De tal tiro quedó ufana la muerte
viendo de un solo golpe tan gran hecho,
y, usurpando la gloria al homicida,
se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo,
que al bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta á un abundante flujo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la color se le retrujo,
los ojos tuerce y con rabiosa pena
la alma, del mortal cuerpo desatada,
bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y así por veinte lados la más parte
pisaba de la fuerza ya la plaza.
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienza la batalla peligrosa
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los Indios extranjeros
que con Lautaro estaban recogidos
el súbito rumor, salen ligeros
del miedo y sobresalto apercibidos;
mas sintiendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
á donde con mejor rigor sonaban.

Como tímidos gamos, que el ruido
sienten del cazador, y atentamente
altos los cuellos tienden el oído
hacia la parte que el rumor se siente,

y el balar de la gama conocido
que apedazan los perros y la gente,
con furioso tropel toman la via
que más de aquel peligro se desvía;
La baja y vil canalla, acostumbrada
á rendirse al temor, de aquella suerte
por ciega senda, inculta y desusada,
rompe el camino y desampara el fuerte,
acá y allá corriendo derramada;
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al más valiente y bravo se le antoja,
ver un fiero español en cada hoja.

(Texto Ducamin, Paris, 1900.)



Don Bernardo de Valbuena (1568-1627)

El Bernardo.—Del libro XXIV

Muévense entrambos campos, semejantes
á dos tejidas selvas, cuyos pinos
son espigadas lanzas relumbrantes,
y las copadas hayas yelmos finos;
las armas sus plumeros tremolantes,
donde hace el viento bellos remolinos,
y á las varias centellas del acero,
en que el sol quiebra, se arde el bosque entero.

Llega junta á chocar la muchedumbre
al son de belicosos instrumentos;
gimió de Roncesvalles la alta cumbre
en rancos y tristísimos acentos:
suena el acero; asombra su vislumbre,
y el Pirineo tembló por los cimientos:
las madres dentro en los vecinos techos
sus hijos abrigaron á sus pechos.

Ahora es tiempo, ¡oh sacra Melpomene!
que en trágico furor vuela mi pluma,
y tal su belicoso acento suene
que ni olvido ni envidia lo consuma;
antes el mundo así sus versos llene,
que, aun reducidos á compendio y suma,
tanto ensanche su voz mi nombre altivo,
que quien dellos no hablare no esté vivo.

Cual soberbio centauro que el monte Osa
en veloz curso rompe y atraviesa,
y entero un pino da á la poderosa
mano, haciendo de él liviana empresa;
tiembla la alta montaña cavernosa,
y él, cual turbio caudal rota la presa,
hasta arrojarse en el vecino valle,
por cuanto al paso encuentra hace calle;

Tal Morgante, amor nuevo de la bella
Angélica, á romper la primer lanza
en el campo español vuela con ella,
y á entrarse por sus puntas se abalanza:
encontró á Gravelindos de la Estrella,
quitándole su encuentro la esperanza
de suceder en Lugo á Bahamonte,
y sus armas trocar por las de Almonte.

Rompió la lanza en él, y con la espada
furioso se arrojó en el campo hispano,
abriendo por la gente más granada
sangriento estrago su arrogante mano:
de tajo, de revés y de estocada,
ahuyenta, hiere y mata al más cercano;
carga y revuelve su indomable potro,
de aquí y de allí, sobre éste, aquél y otro.

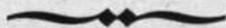
Reinaldos encontró del fiel Carpentó
el gripado león en verde escudo,
pasando entrambos cual ligero viento,

éste herido en el brazo, y aquél mudo;
mas del feroz Roldán ¿quién el violento
curso dirá y encuentro que al membrudo
Vidaurre dió en sus ocho escudos de oro,
tal, que el monte atronó el rumor sonoro?

Fué el navarro á caer desacordado,
mas, revolviendo con mejor sentido,
dejó al Conde, que en medio del cerrado
escuadrón ve, de seis á un tiempo herido;
y á Angelín encontró, que, confiado
de dar muerte á Rainer, volvía, teñido
de fresca sangre el brazo, y un agudo
trozo de lanza por el roto escudo.

Del golpe que á Roldán causara espanto
ó temor, si atendiera su pujanza,
al conde de Burdeos llegó tanto,
que pudo dar á su Rainer venganza:
rasgó el escudo, el brazo, el yelmo y cuanto
desde el plumero á la escarcela alcanza,
dando al suelo de un golpe, por entero,
plumas, armas, caballo y caballero.

(Madrid, Sancha, 1807.)



Fray Diego de Hojeda

La Cristiada

Del libro primero

Entonces el Señor que manda el cielo,
Y franco á sus ministros da la tierra,
Rico de amor y pobre de consuelo
El que en su mano el gozo eterno encierra

Y ardiendo en aquel santo y limpio celo
Que desde que nació le hizo la guerra,
Ordenó con su noble apostolado
Celebrar el Fasé, convite usado.

Era el Fasé la cena del cordero
Que el mayor Sacramento figuraba,
Y allá en Egipto se comió primero
Cuando el pueblo de Dios cautivo estaba,
Y celebrarlo quiso el verdadero,
Que en él como en imagen se mostraba,
Para dar fin dichoso á la figura
Con su sagrado cuerpo y sangre pura.

Puesta la mesa pues, y el manjar puesto,
Y juntos los discípulos amados,
Y por el orden del Señor dispuesto,
Todos en sus lugares asentados,
Su amor pretende hacerles manifiesto,
Y los labios de gracia rociados
Muestra, y envuelve en caridad suave
Estas palabras de su pecho grave:

«De comer con vosotros un deseo
Eficaz y ardentísimo he tenido
En esta Pascua, y por mi bien lo veo,
Primero que padezca, ya cumplido:
Este regalo, amigos, este aseo,
De vuestras dulces manos recibido,
No lo tendré otra vez, hasta que llegue
Al reino do glorioso en paz sosiegue».

Dijo; y mirando á todos igualmente
Con amorosa vista y blandos ojos,
Y un suspiro del alma vehemente
(Señal de pena, sí, mas no de enojos).
Su plática prosigue conveniente,
Y despliega otra vez sus labios rojos,

Mientras come en su plato el falso amigo
Que ya su apóstol fué y es su enemigo.

Y uno me ha de entregar, dice, á la muerte,
Uno deste pequeño apostolado;
Mas ¡ay de su infeliz y mala suerte!
Añadió luego en lágrimas bañado.
Una grande tristeza, un dolor fuerte,
De asombro lleno y de pavor cercado,
A todos los discípulos rodea,
Medrosos de traición tan grave y fea.

Y cada cual pregunta espavorido:
«¿Soy yo, por desventura, oh buen Maestro?»
Y responde el Señor entristecido,
Y en desdoblar fingidas almas diestro:
«Entregaráme aleve y atrevido
Del número dichoso y lugar vuestro,
El que conmigo mete aquí la mano
Y de mi plato ahora come ufano.

Pero el Hijo del Hombre al fin camina,
Como está de su vida y muerte escrito;
Mas ¡ay del que su venta determina,
Y fácil osa tan atroz delito!
¡Ay del triste que á Dios el pecho indina,
Siguiendo mal su bárbaro apetito!
No haber salido á luz mejor le fuera,
Porque en ella su culpa no se viera».

(Texto Rosell.—B. A. E. 1851.)



Pablo de Céspedes (1538-1608)

Poema de la pintura

Mueve el alma un deseo que la inclina
á seguir desigual atrevimiento,
ardor, que nos parece ser divina
inspiración de pretendido intento;
si el despierto vigor donde se afina
en mí avivase el fugitivo aliento,
diría el artificio soberano
sin par do llegar pudo estudio humano.

¿Cuál principio conviene á la noble Arte?
¿El dibujo que él solo representa
con vivas líneas, que redobla y parte,
cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?
¿El concierto de músculos y parte
que á la invención las fuerzas acrecienta?
¿El bello colorido, y los mejores
modos con que florece, ó los colores?

Comenzaré de aquí: «Pintor del mundo
que del confuso cáos tenebroso
sacaste en el primero y el segundo
hasta el último día del reposo
á luz la faz alegre del profundo,
y el celestial asiento luminoso
con tanto resplandor y hermosura
de varia y perfectísima pintura;

»Con que tan lejos del concierto humano
se adorna el cielo de purpúreas tintas,
y el traslucido esmalte soberano
con inflamadas luces y distintas:
muestras tu diestra y poderosa mano
cuando con tanta maravilla pintas

los grandes signos del etéreo claustro,
de la parte del Elice y del Austro;

»Al ufano pavón alas y falda
de oro bordaste y de matiz divino;
do vivo rosicler, do la esmeralda
reluce y el zafiro alegre y fino;
al fiero pardo la listada espalda,
la piel al tigre en modo peregrino
y la tierra amenísima, que esmalta
el lirio y rosa, el amaranto y calta.

»Todo fiero animal por tí vestido
va diverso en color del vario velo;
todo volante género atrevido,
que al aire y niebla hiende en presto vuelo;
los que cortan el mar, y el que tendido
su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De tí, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.»

Arte de la Pintura, de Pacheco. —Ed. C. Villamil, Madrid, 1866.)



IV. Los dramáticos

Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635)

La Circe

Del canto III

A los campos Elísios parecían
los palacios de Circe semejantes;
de dos en dos la soledad vivían,
que dió la antigüedad á los amantes:
ya por las fuentes, que cristal corrían.
penetrando los montes circunstantes,

ya ribera del mar, donde la nave
ni teme el viento, ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulises monte y prado
habitaban con gusto diferente;
ella le sigue triste, él huye airado,
ella celosa llora, él muere ausente:
ella siente el desprecio, y él turbado
la desengaña astuto y elocuente;
mas que no bastan las palabras creo,
remitido á las obras el deseo.

Salía Circe al mar tan cuidadosa,
que cerca de las aguas parecía,
tocándole la espuma bulliciosa,
Venus, que dellas cándida nacía:
como se suele abrir pimpollo en rosa,
primera risa del luciente dia,
cuando en las hojas con cristales bebe,
así mezclaba el nácar en la nieve.

Tal vez en una barca defendida
del rayo de su padre, que bajaba
más presto al mar por verla, y guarnecida
de tapetes, que el agua codiciaba,
los desdenes de Ulises atrevida
con lascivo mirar solicitaba,
por ver si hallaba su amorosa guerra,
más dicha por el agua que en la tierra,

Severo el Griego á Circe entretenía,
tan cortés y galán, como discreto.
¡Ay del amor pagado en cortesía,
que no quiere el amor tanto respeto!
Los infernales dioses maldecía
desesperada Circe, en lo secreto
del alma, viendo su poder burlado
de un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,
quedaban de sus damas divididos.
nunca de Eneas codició la cueva,
ni á Venus le pidió rayos fingidos:

resistencia al amor única y nueva,
que enfrenar la virtud á los sentidos
en tan dulce pasión, es un ejemplo
digno de eterno bronce, fama y templo.

.
No quedó hierba ni conjuro alguno
que los fieros espíritus llamase,
ni cerco sobre el campo de Neptuno,
ó que la luna en él retrogradase,
que con apremio fiero y importuno
no hiciese, no buscarse, no intentase;
y así decía al mar, al monte, al viento,
vencida deste loco pensamiento:
«Dulce pasión de amor, dulce homicida
de un tierno corazón ¿por qué me matas,
si á quien me obligas que remedio pida
aun las palabras ha tenido ingratas?
Si no puedes con hierbas ser vencida,
¿para qué por las venas te dilatas?
Que para tan helada resistencia
ni bastan la hermosura, ni la ciencia.
¿Qué peregrino hubiera regalado
mujer como yo soy, que ingrato fuera
llegando con su nave destrozado
sin velas al favor de mi ribera?
¿Soy Lotofago ó Lestrigón airado?
¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
como el hijo del mar, sus compañeros?
¿Fuí alguno yo de los Troyanos fieros?»

(Sancha.—Madrid, 1776.)

Arte nuevo de hacer comedias

No porque yo ignorase los preceptos.
Gracias á Dios, que ya, tyron gramatico,
Pasé los libros que trataban desto
Antes que hubiese visto al sol diez veces

Discurrir desde el Aries á los Peces;
Mas porque en fin hallé que las comedias
Estaban en España en aquel tiempo,
No como sus primeros inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran,
Mas como las trataron muchos bárbaros
Que enseñaron al vulgo á sus rudezas,
Y así se introdujeron de tal modo
Que quien con arte agora las escribe
Muere sin fama y galardón, que puede
Entre los que carecen de su lumbré,
Más que razón y fuerza la costumbre.
Verdad es que yo he escrito algunas veces
Siguiendo el arte que conocen pocos,
Mas, luego que salir por otra parte
Veo los monstruos, de apariencias llenos,
Adonde acude el vulgo y las mujeres
Que este triste ejercicio canonizan,
A aquel hábito bárbaro me vuelvo,
Y, cuando he de escribir una comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio,
Para que no me den voces, que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos,
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

(Ed. Morel-Fatio.—*Bulletin Hispanique*, Oct.-Dic. 1901.)

La Gatomaquia

Quien viera el pie que el escuadrón ceñía
de Micifuf, y el chapitel armado
de uno y otro gatífero soldado,
dijera que tal vista no fué vista

de Darío ni de Jerges,
ni tanto perdigón haciendo asperges
en ninguna conquista,
ni la vió Scipión ni el rey Ordoño,
como en Cartago aquél, éste en Logroño;
y aunque éntre la de Ostende,
pero sin *nobis domine*, se entiende.
Ver tanto gato, negro, blanco y pardo,
en concurso gallardo
de dos colores y de mil remiendos,
dando juntos maúllos estupendos,
¿á quién no diera gusto,
por triste que estuviera,
aunque perdido injustamente hubiera
un pleito, que es disgusto
después de muchos pasos y dineros,
para leones fieros?
Prevenidos, en fin, para el asalto
mueven á sobresalto
los ánimos valientes
las retumbantes cajas,
previenen uñas y acicalan dientes,
calando juntas las celadas bajas,
que en las frentes bisoñas
más eran de sartén que de Borgoñas;
pero en silencio los clarines roncros,
que sonaban á modo de zamponas,
puesto á la margen de unos verdes troncos,
que no importa saber de lo que fueron,
de pies en uno Micifuf bizarro
cuando del sol el carro,
que Etontes y Flegón amanecieron,
atrás iba dejando el mediodía,
dijo á su belicosa infantería,
que aunque era gato, Cicerón hablaba:
«Generosos amigos,
de mis afrentas y dolor testigos:
la honra, que los ánimos produce,

á tan ilustre empresa me conduce;
esta sola me anima;
quien no sabe qué es honra, no la estima.
Miente el que dijo, y miente el que lo estampa,
Que *un bel fugir tutta la vita escampa*;
Pues mejor viene ahora,
Que *un bel morir tutta la vita honora*.
Es la virtud del hombre
La que le inclina á los ilustres hechos;
Digna es la fama de valientes pechos.
Hoy habéis de ganar glorioso nombre;
Ninguna fuerza ni amenaza asombre
El que teneis de gatos bien nacidos;
Que estos viles alardes
(Porque en siendo traidores son cobardes)
Ya están medio vencidos
Con sólo haber llegado á sus oídos
Que yo soy quien os guía.
A Anibal preguntó Scipion un día
Que cuál era del mundo el más valiente;
Y él respondió feroz con torva frente:
—Alejandro el primero,
El segundo fué Pirro y yo el tercero.—
Si entonces yo viviera,
Cuarto lugar me diera.
Al arma acometed, yo voy delante;
Y el no tener escalas no os espante,
Que no son necesarias las escalas
Si en vuestra ligereza teneis alas».
Dijo; y vibrando un fresno en la nūdosa
Mano, al muro arremete.
Y con él mata siete,
Maús, Zurrón, Maufrido, Garrafosa,
Ociquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que, de roja piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Más enseñado á manos y cuajares

Que á nobles ejercicios militares.
 Mas son tan eficaces las razones
 Formadas por los ínclitos varones,
 Como Alciato escribe, cuando asidos
 Llevaba de una cuerda de los labios
 El Anfitriónades Alcides,
 Cuantos hombres prestaban los oídos
 A la elocuencia de los hombres sabios.

(Sancha, Madrid, 1778.)

Canción

¿Qué aprovecha que adornes el cabello
 de la mirra de Orontes perfumado,
 y el pecho tierno y bello
 cubras del velo en púrpura bañado,
 ni que tus perfecciones
 traigan como á vender ajenos dones?
 ¿Por qué razón de la naturaleza
 con el comprado ornato el lustre ofendes,
 y la propia belleza
 sin artificio parecer defiendes,
 sin tener tu hermosura
 necesidad de vana compostura?
 Amor desnudo oféndese del arte;
 mira la tierra hermosa de colores,
 y cuán mejor reparte
 la yedra á su albedrío ramo y flores;
 qué á su gusto en los riscos
 crece el madroño rubio y los lentiscos.
 Mejor de aquestas puras fuentecillas
 corriendo van las aguas no enseñadas,
 y estas verdes orillas
 relucen con sus piedras esmaltadas;
 y las aves sin arte
 cantando van por una y otra parte.
 Que no del vano afeite con la infamia

y la falsa blancura contrahecha
enamorado Hipodamia
á su Frigio marido sin sospecha;
pero la cara hermosa,
sin perlas y sin púrpura preciosa.
Tan libre como estaba la pintura
en las tablas de Apeles y Timantes;
que la buena hermosura
no vence con estudio los amantes,
que si es perfecta, basta
limpia sin orden, natural y casta.
Bien adornada está la gentileza,
y esa es gentil, que simplemente agrada,
y más tu gran belleza
de ingenio tan divino acompañada,
y á quien le dieron sólo
Caliope su voz, su lira Apolo.
Minerva y Venus te dotaron juntas
de gracias tales, que merecen palma,
que aun estarás difunta
y le serán amables á mi alma,
á donde estás tan bella
que eternamente vivirás en ella.

(*La Arcadia*. Madrid, Sancha, 1777.)

Romance

A Sagunto

Mirando está las cenizas
de aquel saguntino fuego,
los vanos anfiteatros,
vivos ejemplos del tiempo,
Belardo, que allí llegó
con sus cabras y becerros,
antes morador del Tajo
y ya del río Monviedro;

y viendo entre sus ruinas
del tiempo tantos ejemplos,
así le dice, llorando
sobre un peñasco de pechos;
»¿Quién se ha de poner contigo
á fuerza, tiempo ligero,
teniendo tantos testigos
de tus poderosos hechos?
¡Qué acabaste de ciudades!
¡Qué deshiciste de imperios!
¡Qué de triunfos que has traído
á sepultura de muertos!
Los mármoles que cubrían,
de púrpuras y oro llenos,
yacen por el suelo ahora
de inútil hierba cubiertos.
Aquí, donde recitadas
alegres comedias fueron,
unos alegres sombríos
están recitando el tiempo;
y el lugar que tan apriesa
ocuparon sus asientos,
á mis cabras lo agradezca
que su hierba están paciendo;
y sólo de sus balidos
por derribados cimientos
estas bóvedas escuchan
tristes y espantables ecos.
No pienses que soy, Sagunto,
Belisardo ni Pompeyo,
pero soy un desterrado
por uno de tus sucesos,
que como la piedra cae,
y sube á su esfera luego,
he venido á este lugar
como á verdadero centro.
Ya fuiste ciudad insigne,
y fuí yo dichoso un tiempo;

tus mármoles levantabas,
y yo mi ventura al cielo.
Tú por ser buena ciudad,
yo por ciudadano bueno,
ambos en el suelo estamos,
tú difunta, yo muriendo.
Sobra de malos amigos
en este lugar me han puesto,
tu muerte fué honrada vida,
pues fué de enemigos buenos;
por haber sido agradable
á tan inclemente cielo,
me pagan desta manera
que ves que penando muero.
Consuélate, ciudad mía,
pues en tus manos me han puesto
en agradable prisión
yerros de mi propio dueño».

(Madrid, Sancha, 1778.)

Soneto

Cual engañado niño, que contento
pintado pajarillo tiene atado,
y le deja en la cuerda confiado
tender las alas por el manso viento,
y cuanto más en esta gloria atento,
quebrándose el cordel, quedó burlado,
siguiéndole en sus lágrimas bañado
con los ojos y el triste pensamiento;
contigo he sido, amor, que mi memoria
dejé llevar de pensamientos vanos
colgados de la fuerza de un cabello;
llevóse el viento el pájaro y mi gloria,
y dejóme el cordel entre las manos
que habrá por fuerza de servirme al cuello.

Mis pasos, engañados hasta ahora
 por jardines hibleos y pensiles,
 por pensamientos y esperanzas viles,
 infancia noche, juventud aurora;
 razón esclava, voluntad señora,
 vistiendo mi virtud como á otro Aquiles,
 me han traído, callados y sutiles,
 á donde el alma sus engaños llora.

¡Oh pasos ciegos de mi edad perdida
 que en polvo, en humo, en sombra se convierte,
 entrada triste y mísera salida!

El primero que dí, ¡qué triste suerte!
 Ese me descontaron de la vida
 y le puso en sus límites la muerte.

(Sancha, Madrid, 1776.)

Fuente Ovejuna

Del acto tercero

Frondoso, Laurencia

FRONDOSO	¡Mi Laurencia!
LAURENCIA	¡Esposo amado!
	¿Cómo á estar aquí te atreves?
FRONDOSO	¿Esas resistencias debes A mi amoroso cuidado?
LAURENCIA	Mi bien, procura guardarte, Porque tu daño recelo.
FRONDOSO	No quiera, Laurencia, el cielo Que tal llegue á disgustarte.
LAURENCIA	¿No temes ver el rigor Que por los demás sucede, Y el favor con que procede Aqueste pesquisidor? Procura guardar la vida; Huye, tu daño no esperes.

- FRONDOSO ¡Que á un niño le den tormento
Y niegue de aquesta suerte!
- LAURENCIA ¡Bravo pueblo!
- FRONDOSO Bravo y fuerte.
- JUEZ Esa mujer al momento
En ese potro tened.
Dale esa mancuera luego.
- LAURENCIA Ya está de cólera ciego.
- JUEZ Que os he de matar, creed,
En este potro, villanos.
¿Quién mató al Comendador?
- PASCUALA (*Dentro.*) Fuente Ovejuna, señor.
- JUEZ Dale.
- FRONDOSO Pensamientos vanos.
- LAURENCIA Pascuala niega, Frondoso.
- FRONDOSO Niegan niños: ¿qué te espantas?
- JUEZ Parece que los encantas.
Aprieta.
- PASCUALA ¡Ay cielo piadoso!
- JUEZ Aprieta, infame. ¿Estás sordo?
- PASCUALA Fuente Ovejuna lo hizo.
- JUEZ Traedme aquel más rollizo,
Ese desnudo, ese gordo.
- LAURENCIA ¡Pobre Mengo! Él es sin duda.
- FRONDOSO Temo que ha de confesar.
- MENGO (*Dentro.*) ¡Ay, ay!
- JUEZ Comienza á apretar.
- MENGO ¡Ay!
- JUEZ ¿Es menester ayuda?
- MENGO ¡Ay, ay!
- JUEZ ¿Quién mató, villano,
Al señor Comendador?
- MENGO ¡Ay, ya lo diré señor!
- JUEZ Afloja un poco la mano.
- FRONDOSO Él confiesa.
- JUEZ Al palo aplica
La espalda.

Quien en público castiga,
 dos veces su honor infama,
 pues después que le ha perdido
 por el mundo le dilata.
 La infame Casandra dejo
 de pies y manos atada,
 con un tafetán cubierta,
 y por no escuchar sus ansias
 con una liga en la boca,
 porque al decirle la causa
 para cuanto quise hacer
 me dió lugar desmayada.
 Esto aun pudiera ofendido
 sufrir la piedad humana,
 pero dar la muerte á un hijo
 ¿qué corazón no desmaya?

.

El Duque y el Conde Federico

FEDERICO
 DUQUE

¿Qué es lo que te da cuidado?
 Hijo, un noble de Ferrara
 se conjura contra mí
 con otros que le acompañan.
 Fióse de una mujer
 que el secreto me declara.
 ¡Necio quien dellas se fía,
 discreto quien las alaba! .
 Llamé al traidor, finalmente;
 que un negocio de importancia
 dije que con él tenía,
 y cerrado en esa cuadra
 le dije el caso, y apenas
 le oyó, cuándo se desmaya.
 Con que pude fácilmente
 en la silla donde estaba
 atarle, y cubrir el cuerpo

porque no viese la cara
 quien á matarle viniese,
 por no alborotar á Italia.
 Tú has venido y es más justo
 hacer de tí confianza,
 para que nadie lo sepa.
 Saca animoso la espada,
 Conde, y la vida le quita;
 que á la puerta de la cuadra
 quiero mirar el valor
 con que á mi enemigo matas.

FEDERICO

¿Pruébasme acaso, ó es cierto
 que conspirar intentaban
 contra tí los dos que dices?

DUQUE

Cuando un padre á un hijo manda
 una cosa, injusta ó justa,
 ¿con él se pone á palabras?
 Vete, cobarde, que yo...

FEDERICO

Ten la espada, y aquí aguarda;
 que no es temor, pues que dices
 que es una persona atada.
 ¡Pero no sé qué me ha dado
 que me está temblando el alma!

DUQUE

Quédate, infame.

FEDERICO

Ya voy;
 que pues tú lo mandas, basta.
 Pero ¡vive Dios!

DUQUE

¡Oh perro!

FEDERICO

Ya voy... Detente... Y si hallara
 al mismo César, le diera
 por tí ¡ay Dios! mil estocadas.

(*Éntrase Federico*)

DUQUE

Aquí lo veré. Ya llega.
 ¡Ya con la punta la espada
 ejecutó mi justicia
 quien ejecutó mi infamia!
 ¡Capitanes! ¡Hola, gente!
 Venid los que estáis de guarda.

¡Ah, caballeros, criados!...
Presto.

El Duque, Marqués, acompañamiento

- MARQUÉS ¿Para qué nos llamas,
 señor, con tan altas voces?
- DUQUE ¡Hay tal maldad! A Casandra
 ha muerto el Conde, no más
 de porque fué su madrastra
 y le dijo que tenía
 mejor hijo en sus entrañas
 para heredarme. ¡Matadle,
 matadle; el Duque lo manda!
- MARQUÉS ¡A Casandra!
- DUQUE Sí, Marqués.
- MARQUÉS Pues no volveré yo á Mantua
 sin que la vida le quite.
- DUQUE Ya con la sangrienta espada
 sale el traidor.
- (Sale Federico con la espada desnuda.)*
- FEDERICO ¿Qué es aquesto?
 Voy á descubrir la cara
 del traidor que me decías
 y hallo...
- DUQUE No prosigas, calla...
 ¡Matadle, matadle!
- MARQUÉS Muera.
- FEDERICO ¡Oh, padre! ¿Por qué me matan?...
DUQUE En el tribunal de Dios,
 Traidor, te dirán la causa.

(Sancha, Madrid, 1777).

Guzmán el Bravo

Novela

Destas músicas, aunque con letras fuera de propósito, y escritas á diferentes ocasiones de algunas sortijas, torneos y otras fiestas, vino en conocimiento Leonardo de que D. Félix festejaba á su hermana, que es lo que ahora llaman galantear entre los vocablos validos, que cada tiempo trae su novedad. Enfadóse, como era tan recatado y gran caballero, y por obviar disgustos con persona tan bien recibida generalmente, puso á Isbella con algún sentimiento suyo en un monasterio. Más negoció D. Félix en esta diligencia de Leonardo de lo que prometió él haberlo entendido, porque Isbella, viéndose empeñada, aunque no había dado ocasión, inclinó su ánimo á ser mujer de don Félix, y tratándolo por medio de personas nobles, salió del monasterio y se casaron. No hizo á esto Leonardo mucha resistencia, así por la condición de D. Félix, como porque siendo prudente y discreto, conoció que no se podía impedir el matrimonio en dos voluntades iguales, por aquella máxima de que el hombre no aparte lo que Dios junta. Creció tanto la opinión de D. Félix, llevándose las almas de ciudadanos y estudiantes, con tanto aplauso y vítores, que no pudiendo sufrir su fortuna algunos caballeros de la ciudad, se juntaron á matarle, y aunque un paje le dió aviso deste pensamiento, no quiso prevenirse ni guardarse, y así le dieron entre muchos más de cuarenta heridas, hasta que cayó en el suelo, de donde le llevaron á Isbella sin esperanza de vida. Aquí entra bien aquella transformación de un gran señor en Italia, que leyendo una noche en *Amadís de Gaula*, sin reparar en la multitud de criados que le miraban, cuando llegó á verle en la Peña Pobre con nombre de Valtenebros, comenzó á llorar, y dando un golpe sobre el libro, dijo: *Maledetta sia la dona que tal te ha fatto pasare*. Pues no se desconsuele V. m., que ya D. Félix está convalesciente, que no se salió el valor por las heridas, y la fortaleza del

ánimo detuvo la vida, que en otro era imposible, no sin admiración de la naturaleza. Viéndose, pues, con ella, hizo una noche fijar una tienda en la plaza, cubierta de diferentes armas, y él amaneció á la puerta con muchas cajas y trompetas, armado de piezas blancas y doradas, con vistoso penacho pajizo, leonado y blanco; el tonelete y calzas bordadas de los mismos colores, oro y plata; botas blancas, y un pedazo de lanza en el hombro, con la mano siniestra en la espada, y en una rodela de acero que de un árbol pendía con tres ligas pajizas, leonadas y blancas, un cartel de desafío. Ponía terror D. Félix en la postura que estaba, levantada la visera, por donde sólo descubría los airados ojos y los bigotes negros, como rayos de luto de las muertes que amenazaba. Allí estuvo ocho días, sin que saliese caballero á la palestra y arena, como los antiguos decían; al cabo de los cuales vino un criado suyo armado á caballo, y tocó en la rodela que tenía el desafío. Salió D. Félix de la tienda y corrió tres lanzas con este hidalgo, y rompiendo en la última la lanza, volando las astillas por el aire, hizo temblar la tierra.

(Sancha, Madrid, 1777.)

Don Guillén de Castro (1569-1631)

Las mocedades del Cid

Del acto segundo

- | | |
|-----------|--|
| ESCUDEROS | Sentado está el Señor Rey
en su silla de respaldo. |
| XIMENA | Para arrojarse á sus pies
¿qué importa que esté sentado?
Si es magno, si es justiciero,
premie al bueno y pene al malo;
que castigos y mercedes
hazen seguros vasallos. |

DIEGO. Arrastrando luengos lutos,
entraron de quatro en quatro
escuderos de Ximena,
hija del Conde Loçano.
Todos atentos la miran,
suspenso quedó Palacio,
y para dezir sus quexas
se arrodilla en los estrados.

XIMENA. Señor, hoy haze tres meses
que murió mi padre á manos
de un rapaz, á quien las tuyas
para matador criaron.
Don Rodrigo de Bivar,
sobervio, orgulloso y bravo,
profanó tus leyes justas,
y tú le amparas ufano.
Son tus ojos sus espías,
tu retrete su sagrado,
tu favor sus alas libres,
y su libertad mis daños.
Si de Dios los Reyes justos
la semejança y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos,
no deviera de ser Rey
bien temido y bien amado,
quien desmaya la justicia
y esfuerça los desacatos.
A tu justicia, Señor,
que es árbol de nuestro amparo,
no se arrimen malhechores
indignos de ver sus ramos.
Mal lo miras, mal lo sientes,
y perdona si mal hablo,
que en boca de una muger
tiene licencia un agravio.
¿Qué dirá, qué dirá el mundo
de tu valor, gran Fernando,

si al ofendido castigas,
 y si premias al culpado?
 Rey, Rey justo, en tu presencia,
 advierte bien cómo estamos:
 él ofensor, yo ofendida,
 yo gimiendo y él triunfando;
 él arrastrando banderas,
 y yo lutos arrastrando;
 él levantando trofeos,
 y yo padeciendo agravios;
 él sobervio, yo encogida;
 yo agraviada y él honrado,
 yo aflixida y él contento,
 él riendo y yo llorando.

RODRIGO ¡Sangre os dieran mis entrañas
 para llorar, ojos claros! (*Aparte.*)

XIMENA ¡Ay Rodrigo! ¡Ay honra! ¡Ay ojos!
 ¿adónde os lleva el cuidado? (*Aparte.*)

REY ¡No haya más, Ximena, baste!
 Levantaos, no lloréys tanto,
 que ablandaran vuestras queexas
 entrañas de azero y mármol;
 que podrá ser que algún día
 troquéys en plazer el llanto,
 y si he guardado á Rodrigo,
 quiçá para vos le guardo.
 Pero por hazeros gusto,
 buelva á salir desterrado,
 y huyendo de mi rigor
 exercite el de sus braços,
 y no asista en la Ciudad
 quien tan bien prueba en el campo.
 Pero si me days licencia,
 Ximena, sin enojaros,
 en premio destas vitorias
 ha de llevarse este abrazo. (*Abrázale.*)

RODRIGO Honra, valor, fuerça y vida,
 todo es tuyo, gran Fernando,

- pues siempre de la cabeza
 baxa el vigor á la mano.
 Y assí, te ofrezco á los pies
 essas banderas que arrastro,
 esos Moros que cautivo
 y esos haberes que gano.
- REY Dios te me guarde, el Mió Cid.
- RODRIGO Beso tus heroycas manos,
 y á Ximena dejo el alma.—(*Aparte.*)
- XIMENA ¡Que la opinión puede tanto
 que persigo lo que adoro! (*Aparte.*)
- URRACA Tiernamente se han mirado. (*Aparte.*)
 no le ha cubierto hasta el alma
 á Ximena el luto largo,
 ¡ay cielo! pues no han salido
 por sus ojos sus agravios.
- DON SANCHO Vamos, Diego, con Rodrigo,
 que yo quiero acompañarlo,
 y verme entre sus trofeos.
- DIEGO Es honrarme, y es honrarlo.
 ¡Ay, hijo del alma mía!
- XIMENA ¡Ay, enemigo adorado! (*Aparte.*)
- RODRIGO ¡Oh, amor, en tu sol me yielo! (*Aparte.*)
- URRACA ¡Oh, amor, en celos me abraso! (*Aparte.*)

(Texto Saíd Armesto.—Madrid, *Clás. Cast.*, 1913.)

Tirso de Molina (1584-1648)

El burlador de Sevilla

Jornada tercera.—Escena XI

Claustro ó nave de una iglesia de Sevilla, y en una capilla
 el sepulcro del Comendador con la estatua del difunto.

Don Juan, Catalinón

- CATALINÓN. Todo en mal e[s]tado está.
 DON JUAN. ¿Cómo?

Descúbrese un sepulcro de Don Gonzalo de Ulloa.

- DON JUAN ¿Qué sepulcro es este?
 CATALINÓN Aquí
 don Gonzalo está enterrado.
 DON JUAN Este es [á quien] muerte dí.
 ¡Gran sepulcro le han labrado!
 CATALINÓN Ordenólo el Rey así.
 ¿Cómo dice ese letrado?
 DON JUAN «Aquí aguarda del Señor
 el más leal caballero
 la venganza de un traidor.»
 Del mote reirme quiero.
 ¿Y habéisos vos de vengar,
 buen viejo, barbas de piedra?
 CATALINÓN No se las podrás pelar,
 que en barbas muy fuertes medra.
 DON JUAN Aquesta noche á cenar
 os aguardo en mi posada.
 Allí el desafío haremos,
 si la venganza os agrada;
 aunque mal reñir podremos,
 si es de piedra vuestra espada.
 CATALINÓN Ya, señor, ha anochecido;
 vámonos á recoger.
 DON JUAN Larga esta venganza ha sido.
 Si es que vos la habéis de hacer,
 importa no estar dormido,
 que si á la muerte aguardáis
 la venganza, la esperanza
 agora es bien que perdáis,
 pues vuestro enojo y venganza
 tan largo me lo fiáis.

(Texto de D. Américo Castro.—Madrid, *Clás. Cast.*, 1910).

Cómo han de ser los amigos

Jornada tercera.—Escena X

Don Manrique y Tamayo.

- TAM. ¡Bravo lugar es aqueste!
Espantado de ver vengo
la soberbia de sus calles,
la riqueza de sus templos.
Mas mi señor está aquí.
¿Qué diablos tiene? Suspenso
se pasea, y suspirando,
la vista enclava en el suelo.
¿Has merendado cazuela (*A D. Manr.*)
para dar tantos paseos,
ó hay moscones en la cola?
- D. MANR. Sin Armesinda, hay desvelos.
- TAM. ¡Oigan! Pasear y dalle.
¿Qué es aquesto, qué tenemos?
- D. MANR. Por mi culpa, por mi culpa.
- TAM. «Y por tanto, pido y ruego
á Dios y á Santa María,
á San Miguel y á San Pedro...»
- D. MANR. ¿Qué dices?
- TAM. La confesión,
por ayudarte.
- D. MANR. Confieso.
que estoy loco.
- TAM. Yo también.
¡Ay, celemines! ¿Qué es esto?
Respondedme.
- D. MANR. ¿Qué respuesta
te tiene de dar un muerto?
- TAM. ¿Tú estás muerto?
- D. MANR. Sí.
- TAM. ¿Y con habla?
- D. MANR. No hablo yo.

D. MANR. Entiérrame.
 TAM. Ya te entierro.
 (Quiero seguille el humor:)
 ¿No te has de echar en el suelo?

(Texto Cotarelo.—N. B. A. E. Madrid, 1906).



Don Juan Ruiz de Alarcón (1580-1639)

La verdad sospechosa

Acto segundo.—Escena XVI

(*Don García, Tristán, Jacinta y Lucrecia*)

JACINTA Pues Jacinta ¿no es hermosa,
 No es discreta, rica, y tal
 Que puede el más principal
 Desealla para esposa?

DON GARCÍA Es discreta, rica y bella;
 Mas á mí no me conviene.

JACINTA Pues decid, ¿que falta tiene?

DON GARCÍA La mayor, que es no querella.

JACINTA Pues yo con ella os quería
 Casar; que esa sola fué
 La intención con que os llamé.

DON GARCÍA Pues será vana porfía;
 Que por haber intentado
 Mi padre, don Beltrán, hoy
 Lo mismo, he dicho que estoy
 En otra parte casado.
 Y si vos, señora mía,
 Intentáis hablarme en ello,
 Perdonad, que por no hacello
 Seré casado en Turquía.
 Esto es verdad, vive Dios,
 Porque mi amor es de modo

Que aborrezco aquello todo,
Mi Lucrecia, que no es vos.

LUCRECIA

(*Aparte.*) ¡Ojalá!

JACINTA

¡Que me tratéis

Con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no tenéis memoria,
O vergüenza no tenéis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
A Jacinta que la amáis,
Agora me lo negáis?

DON GARCÍA

¡Yo á Jacinta! Vive Dios,
Que sólo con vos he hablado
Desde que entré en el lugar.

JACINTA

¡Hasta aquí pudo llegar
El mentir desvergonzado!
Si en lo mismo que yo ví
Os atrevéis á mentirme,
¿Qué verdad podréis decirme?
Idos con Dios, y de mí
Podéis desde aquí pensar,
Si otra vez os diere oído,
Que por divertirme ha sido;
Como quien para quitar
El enfadoso fastidio
De los negocios pasados,
Gasta los ratos sobrados
En las fábulas de Ovidio. (*Vase.*)

DON GARCÍA

Escuchad, Lucrecia hermosa.

LUCRECIA

(*Aparte.*) Confusa quedo. (*Vase.*)

DON GARCÍA

Estoy loco.

¡Verdades valen tan poco!

TRISTÁN

En la boca mentirosa.

DON GARCÍA

¡Que haya dado en no creer
Cuanto digo!

TRISTÁN

¿Qué te admiras,

Si en cuatro ó cinco mentiras
Te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,

Refiérame sus desdichas:
 ¿Teme que Blanca le agravie?
 Que es, aunque noble, mujer.

DON GARCÍA Vive Dios, Conde, que os mate
 Si pensáis que el sol, ni el oro
 En sus últimos quilates,
 Para exagerar su honor
 Es comparación bastante.

CONDE Aunque habla como debe,
 Mi duda no satisface
 Por su dolor regulada;
 Solos estamos, acabe;
 Por la cruz de aquesta espada
 He de acudille, amparalle,
 Si fuera Blanca mi hija,
 Que en materia semejante,
 Por su honra depondré
 El amor y las piedades:
 Dígame si tiene celos.

DON GARCÍA No tengo celos de nadie.

CONDE ¿Pues qué tiene?

DON GARCÍA Tanto mal
 Que no podéis remedialle.

CONDE ¿Pues qué hemos de hacer los dos
 En tan apretado lance?

DON GARCÍA ¿No manda el Rey que á Toledo
 Me llevéis, Conde? Llevadme;
 Mas decid, ¿sabe quién soy
 Su majestad?

CONDE No lo sabe.

DON GARCÍA Pues vamos, Conde, á Toledo.

CONDE Vamos, García.

DON GARCÍA Id delante.

CONDE (*Aparte.*) Tu honor y vida amenaza,
 Blanca, silencio tan grande,
 Que es peligroso accidente
 Mal que á los labios no sale.

DON GARCÍA (*Aparte.*) ¿No estás en palacio, Blanca?
 ¿No te fuiste y me dejaste?
 Pues venganza será ahora
 Lo que fué prevención antes.

(Texto Mesonero Romanos. - B. A. E. 1861).

Don Agustín Moreto y Cabaña (1618-1669)

El lindo Don Diego

De la jornada primera

Salen los criados con espejos, D. Diego y D. Mendo

DON DIEGO Poneos los dos enfrente,
 Porque me mire mejor.

DON MENDO Don Diego, tanto primor
 Es ya estilo impertinente.
 Si todo el día se asea
 Vuestra prolija porfía,
 ¿Cómo os puede quedar día
 Para que la gente os vea?

DON DIEGO Don Mendo, vos sois extraño;
 Yo rindo con salir bien,
 En una hora que me ven,
 Más que vos en todo el año.
 Vos, que no tan bien formado
 Os veis como yo me veo,
 No os tardéis en vuestro aseo,
 Porque es tiempo mal gastado.
 Mas si veis la perfección
 Que Dios me dió sin tramoya,
 ¿Queréis que trate esta joya
 Con menos estimación?
 ¿Veis este cuidado vos?
 Pues es virtud más que aseo,

Porque siempre que me veo
 Me admiro y alabo á Díos.
 Al mirarme todo entero,
 Tan bien labrado y pulido,
 Mil veces he presumido
 Que era mi padre tornero.
 La dama bizarra y bella
 Que rinde el que más regala,
 La arrastro yo con mi gala;
 Pues dejadme cuidar della.
 Y vos, que vais á otros fines,
 Vestios de priesa; yo no,
 Que no me he de vestir yo
 Como frailes á maitines.

DON MENDO Si lo hacéis con ese fin,
 ¿Qué dama hay que os quiera bien?

DON DIEGO Cuantas veo, si me ven;
 Porque en viéndome dan fin.

DON MENDO ¡Que lleguéis á imaginar
 Locura tan conocida!
 ¿Habéis visto en vuestra vida
 Mujer que os venga á buscar?

DON DIEGO Eso consiste en mis tretas,
 Que yo á las necias no miro,
 Y en las que yo logro el tiro
 Sufren, como son discretas.
 Y aunque las mueva su fuego
 A hablar, callarán también,
 Porque ven que mi desdén
 Ha de despreciar su ruego.

DON MENDO ¿Vos desdén? Tema graciosa.

DON DIEGO Pues ¿queréis que me avasalle,
 Fácil yo con este talle?
 No me faltaba otra cosa.

DON MENDO Mirad que eso es bobería
 De vuestra imaginación.

DON DIEGO No paso yo por balcón
 Donde no haga batería;

- Pues al pasar por las rejas
 Donde voy logrando tiros,
 Sordo estoy de los suspiros
 Que me dan por las orejas.
- DON MENDO Vive Dios, que eso es manía
 Que tenéis.
- DON DIEGO Mujer sé yo
 Que dos veces se sangró
 Por haberme visto un día.
- DON MENDO Yo desengañaros quiero.
- DON DIEGO ¿Cómo?
- DON MENDO Que á una dama vamos
 A festejar, y veamos
 A cuál se rinde primero.
- DON DIEGO ¿Pues no tenemos aquí
 A nuestras primas yo y vos?
 ¿Cuánto va que ambas á dos
 Hoy se enamoran de mí?
- DON MENDO ¿No veis que en ellas es más
 El honor que las refrena?
- DON DIEGO Hasta verme, norabuena,
 Pero en mirándome, zas.
- DON MENDO (*Aparte.*) Loco soy, pues quiero yo
 A tal necio disuadir.
- DON DIEGO ¿Qué decís?
- DON MENDO Que temo ir
 Con vos
- DON DIEGO ¡Pues [no] sino no!
 Mas dejadme que yo mismo
 Vuelva el taller á repasar;
 Que hoy por vos temo sacar
 En mi gala un solecismo.—
 Alzad esos dos espejos.
- MARTÍN Bien están así.
- DON DIEGO No están.
- LOPE Pues ¿cómo bien estarán?
- DON DIEGO Mirándose los reflejos.
- MARTÍN La luna se mira toda.

- DON DIEGO No tal.
- LOPE ¿Pues cómo ha de ser?
- DON DIEGO ¡Que no aprendas á poner
Los espejos á la moda!
- MARTÍN Di cómo y no te alborotes.
- LOPE ¿Qué es moda?
- DON DIEGO Mi rabia toda.
¡Que no sepan lo que es moda
Hombres que tienen bigotes!
- MARTÍN ¿Está bien así?
- DON DIEGO Eso quiero.
Que así todo me divisa.
- DON MENDO (*Aparte.*) Cayéndome estoy de risa
De ver á este majadero.
- DON DIEGO ¡El pelo va hecho una palma!
Guárdese toda mujer:
Yo apostaré que al volver,
En cada hebra traigo un alma.
Los bigotes son dos motes:
Diera su belleza espanto,
Si hiciera una dama un manto
De puntas destes bigotes.
El talle está de retablo;
El sombrero va sereno,
De medio arriba está bueno,
De medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada;
¡Que airosa pierna es la mía!
De la tienda no podía
Parecer más bien sacada.
Pero tened, vive Dios,
Que aquesta liga va errada.
Más larga está esta lazada
Un canto de real ó dos.
Llega, mozo, á deshacella.
- DON MENDO ¡Que aquesto os cuesta fatiga!
Pues ¿qué importará esa liga?
- DON DIEGO No caer pájaro en ella.

- DON MENDO Mirad que esas son locuras,
Que á quien las ve á risa obliga.
- DON DIEGO Sólo con aquesta liga
Cazo yo las hermosuras.
- MARTÍN Ya está buena.
- DON DIEGO Ahora están
Iguales las dos; bien voy;
Con el reparillo estoy
Cuatro dedos más galán.
Siempre que el verme repito,
Queda el alma más ufana.—
Mozo, acuérdate mañana
De traerme pan bendito.

(Segunda parte de las Com. de Moreto.—Valencia, 1676).



Don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

La vida es sueño

Jornada segunda.—Escena XVIII

- BASILIO Pues á mi no me ha de ver: (*á Clot.*)
Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharle voy. (*Retírase.*)
- SEGISMUNDO ¿Soy yo por ventura? ¿Soy
El que preso y aherrojado
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre? Sí ¡Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado!
- CLOTALDO (*aparte.*) Á mí me toca llegar
Á hacer la deshecha ahora.—
¿Es ya de despertar hora?

SEGISMUNDO Sí, hora es ya de despertar.

CLOTALDO ¿Todo el día te has de estar
Durmiendo? ¿Desde que yo
Al águila que voló
Con tardo vuelo seguí,
Y te quedaste tú aquí,
Nunca has despertado?

SEGISMUNDO No,
Ni aun agora he despertado;
Que según, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo:
Y no estoy muy engañado;
Porque si ha sido soñado
Lo que ví palpable y cierto
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO Lo que soñaste me dí.

SEGISMUNDO Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé,
Lo que ví, Clotaldo, sí.
Yo desperté, yo me ví
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)
En un lecho, que pudiera
Con matices y colores
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles rendidos
A mis pies nombre me dieron
De su príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mía,
Que, aunque estoy desta manera,
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO Buenas albricias tendría,

- SEGISMUNDO No muy buenas por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte
Dos veces te daba muerte.
- CLOTALDO ¿Para mí tanto rigor?
- SEGISMUNDO De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Sólo á una mujer amaba...
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto sólo no se acaba. (*Vase el Rey.*)
- CLOTALDO (*Aparte.*) (Enternecido se ha ido
El Rey de haberle escuchado.)
Como habíamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entonces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo, que aún en sueños
No se pierde el hacer bien. (*Vase.*)

Escena XIX

Segismundo

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condición,
Esta furia, esta ambición,
Por si alguna vez soñamos:
Y sí haremos, pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
Con este engaño mandando,
Disponiendo y gobernando;

Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe,
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡desdicha fuerte!)
¿Que hay quien intente reinar
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza,
Sueña el que afana y pretende,
Sueña el que agravia y ofende,
Y en el mundo, en conclusión,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Yo soñé que en otro estado
Más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
Una sombra, una ficción,
Y el mayor bien es pequeño;
Que toda la vida es sueño
Y los sueños, sueños son.

El Alcalde de Zalamea

Jornada tercera.—Escena VIII

CAPITÁN

Viejo cansado y prolijo,
Agradeced que no os doy
La muerte á mis manos hoy
Por vos y por vuestro hijo;
Porque quiero que debáis
No andar con vos más cruel,

- A la beldad de Isabel.
 Si vengar solicitáis
 Por armas vuestra opinión,
 Poco tengo que temer;
 Si por justicia ha de ser,
 No teneis jurisdicción.
- CRESPO ¿Que en fin no os mueve mi llanto?
 CAPITÁN Llanto no se ha de creer
 De viejo, niño y mujer.
- CRESPO ¿Que no pueda dolor tanto
 Mereceros un consuelo?
- CAPITÁN ¿Qué más consuelo queréis
 Pues con la vida volvéis?
- CRESPO Mirad que echado en el suelo
 Mi honor á voces os pido.
- CAPITÁN ¡Qué enfado!
- CRESPO Mirad que soy
 Alcalde en Zalamea hoy.
- CAPITÁN Sobre mí no habeis tenido
 Jurisdicción; el Consejo
 De Guerra enviará por mí.
- CRESPO ¿En eso os resolvéis?
- CAPITÁN Sí,
 Caduco y cansado viejo.
- CRESPO ¿No hay remedio?
- CAPITÁN Sí, el callar
 Es el mejor para vos.
- CRESPO ¿No otro?
- CAPITÁN No.
- CRESPO Pues juro á Dios
 Que me lo habéis de pagar.—
 ¡Hola! (*Levántase y toma la vara.*)
 (*Dentro.*) ¡Señor!
- ESCRIBANO
 CAPITÁN ¿Qué querrán
 Estos villanos hacer?
 (*Salen los labradores.*)
- LABRADORES ¿Qué es lo que mandas?
 CRESPO Prender

- CAPITÁN Mando al señor Capitán.
 ¡Buenos son vuestros extremos!
 Con un hombre como yo,
 Y en servicio del Rey, no
 Se puede hacer.
- CRESPO Probaremos:
 De aquí, si no es preso, ó muerto,
 No saldréis.
- CAPITÁN Yo os apercibo
 Que soy un Capitán vivo.
- CRESPO ¿Soy yo acaso Alcalde muerto?
 Daos al instante á prisión.
- CAPITÁN No me puedo defender,
 Fuerza es dejarme prender.
 Al Rey de esta sinrazón
 Me quejaré.
- CRESPO Yo también
 De esotra:—y aun bien que está
 Cerca de aquí, y nos oirá
 A los dos.—Dejar es bien
 Esa espada.
- CAPITÁN No es razón
 Que...
- CRESPO ¿Cómo no, si vais preso?
- CAPITÁN Tratad con respeto...
- CRESPO Eso
 Está muy puesto en razón.
 Con respeto le llevad
 A las casas, en efeto,
 Del Concejo, y con respeto
 Un par de grillos le echad,
 Y una cadena; y tened,
 Con respeto, gran cuidado,
 Que no hable á ningún soldado;
 Y á esos dos también poned
 En la cárcel; que es razón,
 Y aparte, porque después
 Con respeto á todos tres

ATEISMO

Pues

Si la mía he de decir,
 Lo que he llegado á inferir
 De este gran delirio, es,
 Que como este cuerpo humano,
 Compuesto de cualidades,
 Sujeto está á enfermedades,
 Que le ocasiona el hermano
 Temple de sus cuatro humores,
 A que responden atentos
 Todos los cuatro elementos,
 Así á los hielos ó ardores
 De su destemplanza, está
 El Universo sujeto,
 A cuya causa este efeto
 Asombro á los otros da,
 No á mí, que su novedad
 No me asusta, al ver que es llano
 Que dió, como al cuerpo humano,
 Al mundo una enfermedad;
 Y así, por no discurrir
 Si moría ó si sanaba
 De ella, mientras se pasaba
 La accesión, me eché á dormir.

INGENIO

¿Luego tú no has discurrido
 En que efecto ser pudiera
 De alguna causa primera?

ATEISMO

¿Quién primera causa ha sido?

INGENIO

Un Dios, que vamos buscando
 Por todo el mundo los dos.

ATEISMO

¿Un Dios?

INGENIO

Sí.

ATEISMO

¿Qué cosa es Dios?

INGENIO

Eso voy investigando.

ATEISMO

Nunca en eso me cansara
 Yo, porque nunca creyera
 Que le hallara, ni pudiera.

INGENIO

En lo que dices repara,

V. Los novelistas

Jorge de Montemayor (15...1561?)

La Diana

Después que Sireno puso fin á su canto, vido cómo hacia él venía la hermosa Selvagia y el pastor Silvano, de que no recibió pequeño contentamiento, y después de haberse recibido, determinaron irse á la fuente de los alisos, donde el día antes habían estado. Y primero que allá llegasen dijo Silvano: Escucha, Selvagia, ¿no oyes cantar? Sí oigo, dijo Selvagia, y aun parece más de una voz. ¿Adónde será? dijo Sireno. Parésceme, respondió Selvagia, que es en el prado de los laureles, por donde pasa el arroyo que corre desta clara fuente. Bien será que nos lleguemos allá, y de manera que no nos sientan los que cantan, porque no interrumpamos la música. Vamos, dijo Selvagia, y así su paso á paso se fueron hacia aquella parte donde las voces se oían: y escondiéndose entre unos árboles que estaban junto al arroyo, vieron sobre las doradas flores asentadas tres ninfas tan hermosas, que parecía haber en ellas dado la naturaleza clara muestra de lo que puede. Venían vestidas de una ropas blancas, labradas por encima de follajes de oro: sus cabellos, que los rayos del sol oscurecían, revueltos á la cabeza, y tomados con sendos hilos de orientales perlas, con que encima de la cristalina frente se hacía una lazada, y en medio della estaba una águila de oro, que entre las uñas tenía un muy hermoso diamante. Todas tres de concierto tañían sus instrumentos tan suavemente, que junto con las divinas voces no parecieron sino música celestial; y la primera cosa que cantaron fué este villancico:

Contentamientos de amor
que tan cansados llegáis,
si venís, ¿para qué os vais?
Aún no acabáis de venir
después de muy deseados,
cuando estáis determinados
de madrugar y partir;
si tan presto os habéis d' ir,
y tan triste me dejáis,
placeres, no me veáis.
Los contentos huyo dellos,
pues no me vienen á ver
más que por darme á entender
lo que se pierde en perdellos;
y pues ya no quiero vellos,
descontentos, no os partáis,
pues volvéis después que os vais.

Después que hubieron cantado, dijo la una, que Dorinda se llamaba: Cintia, ¿es esta la ribera adonde un pastor llamado Sireno, anduvo perdido por la hermosa pastora Diana? La otra le respondió: Esta sin duda debe ser; porque junto á una fuente, que está cerca de este prado, me dicen que fué la despedida de los dos, digna de ser para siempre celebrada, según las amorosas razones que entre ellos pasaron. Cuando Sireno esto oyó, quedó fuera de sí, en ver que las tres ninfas tuviesen noticia de sus desventuras. Y prosiguiendo Cintia dijo: Y en esta misma ribera hay otras muy hermosas pastoras, y otros pastores enamorados, adonde el amor ha mostrado grandísimos efectos, y algunos muy al contrario de lo que se esperaba. La tercera, que Polidora se llamaba, le respondió: Cosa es esa de que yo no me espantaría, porque no hay suceso en amor, por avieso que sea, que ponga espanto á los que

por estas cosas han pasado. Mas dime, Dorida, ¿cómo sabes tú de esa despedida? Sélo, dijo Dorida, porque al tiempo que se despidieron junto á la fuente que digo, lo oyó Celio, que desde encima de un roble les estaba acechando, y la puso toda al pie de la letra en verso, de la misma manera que ella pasó; por eso si me escucháis, al son de mi instrumento pienso cantalla.

(Texto Menéndez Pelayo.—*N. B. A. E.*— Madrid, 1907)



Ginés Pérez de Hita

Guerras civiles de Granada

A esta hora ya volvía el Zegrí con su cuadrilla para irse á su puesto, cuando Alabez con grande furia se atravesó de por medio, sabiendo que lo había herido. Y como llevase una muy ligera yegua muy presto le alcanzó, y le tiró la lanza diciendo: Traidor, aquí me pagarás la herida que me diste;—le pasó el adarga y la lanza, no paró hasta que pasó la fuerte cota que llevaba el Zegrí, y entró por el cuerpo más de un palmo de lanza y hierro. Fué el golpe de tal suerte, que luego cayó el Zegrí de su yegua medio muerto. En este tiempo, como ya de la una parte y de la otra estuviesen apercebidos de sus lanzas, entre las dos partes se comenzó una brava escaramuza y muy sangrienta batalla. Mas los Zegrís llevaban lo mejor, por ir más bien aderezados que los Abencerrajes. Mas con todo eso, los bravos caballeros Bencerrajes, y Muza, y el valiente Alabez, hacían en ellos muy notable daño. La vocería era muy grande, y el alboroto soberbio. El rey, que la escaramuza sangrienta vió, no sabiendo la causa dello, á muy gran priesa se quitó de los miradores y fué á la plaza, subiendo sobre una hermosa y bien aderezada yegua, dando

voces «afuera, afuera», llevando un bastón en la mano, se metió entre los bravos caballeros que andaban muy encendidos en la batalla que hacían. Acompañaron al rey todos los más principales caballeros de Granada, ayudando á poner paz. Aquí estuvo en muy poco no perderse Granada, porque de la parte de los Zegrís acudieron los Gomeles y Mazas, y de la parte de los Abencerrajes los Almoradís y Vanegas. Y á esta causa andaba la cosa tan revuelta, que no tenía remedio de ponerse paz. Mas tanto hizo el rey y los demás caballeros que no eran tocantes á estos bandos, que los pusieron en paz. El valeroso Muza y su cuadrilla se fué por el Zacatín arriba, y no pararon hasta el Alhambra, llevando consigo todos los Almoradís y Vanegas. Los Zegrís se fueron por la puerta de Bivarambla, al castillo de Bivataubín, llevando á Mahomad Zegrí ya muerto. Todas las damas de la ciudad y la reina se quitaron de las ventanas, dando mil gritos, viendo la baraunda y resolución que pasaba. Unas lloraban hermanos, otras maridos, otras padres, otras á sus amantes caballeros. De suerte que era de muy grandísimo terror y espanto, y por otra parte de grande compasión, ver las damas las lástimas que hacían. Especialmente la hermosa Fátima, que era hija de Mahomad Zegrí, el que mató Alabez. Harto tenían que consolarla, mas mal consuelo tenía, que no había consolación que la confortase ni conortase. Este triste fin tuvieron estas fiestas, quedando Granada muy revuelta. Por estas fiestas se compuso aquel romance que dice:

Afuera, afuera, afuera,
Aparta, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su cuadrilla
Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
Azul y tela de plata.
De listones y de cifras
Travesadas las adargas,

Yeguas de color de cisne,
Con las colas encintadas.
Atraviesan cual el viento
La plaza de Bivarambla,
Dejando en cada balcón
Mil damas amarteladas.
Los caballos de Zegrís
También entran en la plaza;
Sus libreas eran verdes,
Y las medias encarnadas.
Al son de los añafles
Traban el juego de cañas,
El cual anda muy revuelto,
Parece una gran batalla.
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas;
Mal herido fué Alabez,
Y un Zegrí muerto quedaba.
El Rey Chico reconoce
La ciudad alborotada,
Encima de hermosa yegua
De cabos negros y baya;
Con un bastón en la mano
Va diciendo: aparta, aparta.
Muza reconoce al rey,
Por el Zacatín se escapa,
Con él toda su cuadrilla;
No paran hasta el Alhambra.
A Bibataubin los Zegrís
Tomaron por su posada;
Granada quedó revuelta
Por esta cuestión trabada.

Quedó por lo arriba contado la ciudad de Granada muy llena de escándalo y revuelta, porque la flor de los caballeros estaba metida en estos bandos y pasiones. El Rey Chico andaba el más atribulado hombre del mundo, y no sabía qué hacer con tantas novedades como cada día

sucedían en la corte. Y procuraba con todas veras hacer las amistades destos caballeros, y para ello mandó se hiciese pesquisa por qué ocasión se habían revuelto. Finalmente se halló en claro y limpio, cómo Mahomad Zegri, muerto en el juego, fué el agresor del negocio; y se supo de la traición que tenía urdida contra los Bencerrajes y Alabez. Por lo cual el rey quiso proceder contra ellos; mas los caballeros de Granada hicieron tanto, que el rey no trató en ello. Y por esta causa, con más facilidad fueron estos bandos hechos amigos, y Granada puesta en grande sosiego, como se estaba de antes.

(París, 1606).



¿Don Diego Hurtado de Mendoza?

Lazarillo de Tormes

Pues sepa V. M. ante todas cosas que á mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué desta manera. Mi padre (que Dios perdone) tenia cargo de proveer una molienda de una aceña, que está ribera de aquel rio, en la cual fué molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venían, por lo cual fué preso, y confesó, y no negó, y padesció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazón

estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué; y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.....

En este tiempo vino á posar al mesón un ciego, el cual, paresciéndole que yo sería para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor que mi padre, y que le rogaba me tractase bien y mirase por mí, pues era huérfano.....

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos. Yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale á su lugar; mas turóme poco, que en los tragos conocia la falta, y por reservar su vino á salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese á sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió; y dende en adelante mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuente-cilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera teparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuente-cilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba á beber, no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. «No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no lo quitais de la mano.» Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego

otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose (como digo) con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé...

(Texto Foulché-Delbosc. Macon, 1930).



Miguel de Cervantes Saavedra

(1547-1616)

Soneto

A la muerte de la reina doña Isabel de Valois

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra;
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente;
Aquí yace enterrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra,

Mirad quién es el mundo y su pujanza,
 Y cómo de la más alegre vida
 La muerte siempre lleva la victoria.
 También mirad la bienaventuranza
 Que goza nuestra reina esclarecida
 En el eterno reino de la gloria.

(*Historia y Relación... etc.*—Madrid, Pierres Cosin, 1569.)

Al túmulo de Felipe II en Sevilla

Voto á Dios que me espanta esta grandeza
 Y que diera un doblón por describilla;
 Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
 Esta máquina insigne, esta riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
 Vale más de un millón, y que es mancilla
 Qué esto no dure un siglo ¡oh gran Sevilla,
 Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré que el ánima del muerto
 Por gozar este sitio hoy ha dejado
 La gloria donde vive eternamente.—

Esto oyó un valentón, y dijo: Es cierto
 Cuanto dice voacé, señor soldado,
 Y el que dijere lo contrario, miente.—

Y luego, incontinente,
 Caló el chapeo, requirió la espada,
 Miró el soslayo, fuése, y no hubo nada.

(Sedano, *Parnaso Español*, 1772.)

Viaje del Parnaso

Mandóme el dios parlero luego alzarme,
 Y con medidos versos y sonantes,
 Desta manera comenzó él á hablarme:

—¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!
 ¿Qué alforjas y qué traje es este, amigo,
 Que así muestra discursos ignorantes?—

Yo, respondiendo á su demanda, digo:
—Señor, voy al Parnaso, y como pobre
Con este aliño mi jornada sigo.—

Y él á mí dijo: ¡Oh sobrehumano, y sobre
Espíritu cilenio, levantado!

Toda abundancia y todo honor te sobre,
Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual la muestra
La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra
(Llevándolas en grupa Rocinante)
Descubren, y á la envidia mueven guerra.

Pasa, raro inventor, pasa adelante
Con tu sutil disinio, y presta ayuda
A Apolo, que la tuya es importante;

Antes que el escuadrón vulgar acuda
De más de veinte mil sietemesinos
Poetas, que de serlo están en duda.

.....
—Esta, que es la poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
—Dijo Mercurio— la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando su profesión es importante.

Nunca se inclina ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que más ignora menos calla...

Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día

La noche, y en la noche más oscura
 El alba bella que las perlas cría.
 El curso de los ríos apresura,
 Y le detiene; el pecho á furia incita,
 Y le reduce luego á más blandura.
 Por mitad del rigor se precipita
 De las lucientes armas contrapuestas,
 Y da victorias y victorias quita.
 Verás cómo le prestan las florestas
 Sus sombras, y sus cantos los pastores,
 El mar sus lutos y el placer sus fiestas,
 Perlas el Sur, Sabea sus olores,
 El oro Tiber, Híbla su dulzura,
 Galas Milán, y Lusitania amores.

(Madrid, Vda. de Alonso Martín, 1614.)

La Numancia

De la jornada tercera

Dos numantinos

- NUMANTINO 1.º Derrama, ¡oh dulce hermano!, por los ojos
 El alma, en llanto amargo convertida;
 Venga la muerte, y lleve los despojos
 De nuestra miserable y triste vida.
- NUM. 2.º Bien poco durarán estos enojos;
 Que ya la muerte viene apercebida
 Para llevar en presto y breve vuelo
 A cuantos pisan de Numancia el suelo.
 Principios veo que prometen presto
 Amargo fin á nuestra dulce tierra,
 Sin que tengan cuidado de hacer esto
 Los contrarios ministros de la guerra:
 Nosotros mismos, á quien ya es molesto
 Y enfadoso el vivir que nos atierra,
 Hemos dado sentencia irrevocable
 De nuestra muerte, aunque cruel, loable.

En la plaza mayor ya levantada
 Queda una ardiente cudiciosa hoguera,
 Que de nuestras riquezas ministrada
 Sus llamas sube hasta la cuarta esfera.
 Allí con triste priesa acelerada
 Y con mortal y tímida carrera,
 Acuden todos, como á sacra ofrenda,
 A sustentar sus llamas con su hacienda.

Allí la perla del rosado Oriente,
 Y el oro en mil vasijas fabricado,
 Y el diamante y rubí más excelente,
 Y la extremada púrpura y brocado,
 En medio del rigor fogoso ardiente
 De la encendida llama es arrojado:
 Despojos do pudieran los romanos
 Henchir los senos y ocupar las manos.

Aquí salen algunos cargados de ropa, y entran por una puerta y salen por otra.

Vuelve al triste espectáculo la vista;
 Verás con cuánta priesa y cuánta gana,
 Toda Numancia en numerosa lista
 Aguija á sustentar la llama insana;
 Y no con verde leño y seca arista,
 No con materia al consumir liviana,
 Sino con sus haciendas mal gozadas,
 Pues se ganaron para ser quemadas.

NUM. 1.º

Si con esto acabara nuestro daño
 Pudiéramos llevarlo con paciencia;
 Mas ¡ay! que se ha de dar, si no me engaño,
 De que muramos todos cruel sentencia.
 Primero que el vigor bárbaro, extraño,
 Muestre en nuestras gargantas su inclemencia,
 Verdugos de nosotros nuestras manos
 Serán, y no los pérfidos romanos.

El Juez de los divorcios

Sale el Juez, y otros dos con él, que son el Escribano y el Procurador, y siéntase en una silla; salen el Vejete y Mariana, su mujer.

MARIANA Aun bien que está ya el señor Juez de los divorcios sentado en la silla de su audiencia. De esta vez tengo de quedar dentro ó fuera; Desta vegada tengo de quedar libre de pedido y alcabala, como el gavilán.

VEJETE Por amor de Dios, Mariana, que no almodonees tanto tu negocio; habla paso, por la pasión que Dios pasó; mira que tienes atronada á toda la vecindad con tus gritos; y pues tienes delante al señor Juez, con menos voces le puedes informar de tu justicia.

JUEZ ¿Qué pendencia traéis, buena gente?

MARIANA Señor, divorcio, divorcio, y más divorcio, y otras mil veces divorcio.

JUEZ ¿De quién ó por qué, señora?

MARIANA ¿De quién? Deste viejo que está presente.

JUEZ ¿Por qué?

Porque no puedo sufrir sus impertinencias, ni estar contino atenta á curar todas sus enfermedades, que son sin número; y no me criaron á mí mis padres para ser hospitalera ni enfermera. Muy buen dote llevé al poder desta espuerta de huesos, que me tiene consumidos los días de la vida; cuando entré en su poder me relumbraba la cara como un espejo, y agora la tengo con una vara de frisa encima. Vuesa merced, señor Juez, me descase, si no quiere que me ahorque; mire, mire los surcos que tengo por este rostro, de las lágrimas que derramo cada día por verme casada con esta anatomía.

- JUEZ No lloréis, señora; bajad la voz y enjugad las lágrimas, que yo os haré justicia.
- MARIANA Déjeme vuesa merced llorar; que con esto descanso. En los reinos y en las repúblicas bien ordenadas había de ser limitado el tiempo de los matrimonios, y de tres en tres años se habían de deshacer, ó confirmarse de nuevo, como cosas de arrendamiento, y no que hayan de durar toda la vida, con perpetuo dolor de entrambas partes.
- JUEZ Si ese arbitrio se pudiera ó debiera poner en práctica, y por dineros, ya se hubiera hecho; pero especificad más, señora, las ocasiones que os mueven á pedir divorcio.
- MARIANA El invierno de mi marido, y la primavera de mi edad; el quitarme el sueño, por levantarme á media noche á calentar paños y saquillos de salvado para ponerle en la ijada; el ponerle ora aquesto, ora aquella ligadura, que ligado le vea yo á un palo por justicia; el cuidado que tengo de ponerle de noche alta la cabecera de la cama, jarabes lenitivos, porque no se ahogue del pecho; y el estar obligada á sufrirle el mal olor de la boca, que le huele mal á tres tiros de arcabuz.
- ESCRIBANO Debe de ser alguna muela podrida.
- VEJETE No puede ser, porque lleve el diablo la muela ni diente que tengo en toda ella.

.....
Entra uno vestido de médico, y es cirujano; y Aldonza de Minjaca, su mujer.

- CIRUJANO Por cuatro causas bien bastantes vengo á pedir á vuestra merced, señor Juez, haga divorcio entre mí y la señora doña Aldonza de Minjaca, mi mujer, que está presente.
- JUEZ Resoluto venís; decid las cuatro causas.
- CIRUJANO La primera, porque no la puedo ver más que á todos los diablos; la segunda, por lo que ella

se sabe; la tercera, por lo que yo me callo; la cuarta, porque no me lleven los demonios, cuando desta vida vaya, si he de durar en su compañía hasta mi muerte.

PROCURADOR Bastantísimamente ha probado su intención.
 MINJACA Señor Juez, vuestra merced me oiga, y advierta que si mi marido pide por cuatro causas divorcio, yo le pido por cuatrocientas. La primera, porque cada vez que le veo, hago cuenta que veo al mismo Lucifer; la segunda, porque fui engañada cuando con él me casé, porque él dijo que era médico de pulso, y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va á decir de esto á médico la mitad del justo precio; la tercera, porque tiene celos del sol que me toca; la cuarta, que como no le puedo ver, querría estar apartada dél dos millones de leguas.

ESCRIBANO ¿Quién diablos acertará á concertar estos relojes, estando las ruedas tan desconcertadas?

MINJACA La quinta.....

JUEZ Señora, señora, si pensáis decir aquí todas las cuatrocientas causas, yo no estoy para escuchallas, ni hay lugar para ello; vuestro negocio se recibe á prueba, y andad con Dios; que hay otros negocios que despachar.

CIRUJANO ¿Qué más pruebas, sino que yo no quiero morir con ella, ni ella gusta de vivir conmigo?

JUEZ Si eso bastase para descasarse los casados, infinitísimos sacudirían de sus hombros el yugo del matrimonio.

(Texto de la *Bib. Clásica*.—Madrid, 1897.)

Rinconete y Cortadillo

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Casti-

lla á la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años: el uno ni el otro pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados: capa, no la tenían, los calzones eran de lienzo y las medias de carne. Bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde; el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda. A la espalda y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada, y recogida toda en una manga; el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias. El uno tenía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace y, sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

—¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

—Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

—Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

—Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo

y una madrastra que me trata como alnado. El camino que llevo es la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

—Y ¿sabe vuesa merced algún oficio?, preguntó el grande.

Y el menor respondió:

—No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

—Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristán que le dé á vuesa merced la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves Santo le corte flores de papel para el monumento.

—No es mi corte desa manera, respondió el menor; sino que mi padre, por la misericordia del Cielo, es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que, como vuesa merced bien sabe, son medias calzas con avampiés, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podría examinar de maestro; sino que la corta suerte me tiene arrinconado.

—Todo eso y más acontece por los buenos, respondió el grande, y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las más perdidas, pero aún edad tiene vuesa merced para enmendar su ventura. Mas si yo no me engaño y el ojo no me miente, otras gracias tiene vuesa merced secretas y no las quiere manifestar.

—Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como vuesa merced ha muy bien apuntado.

A lo cual replicó el grande:

—Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en grande parte se pueden hallar; y para obligar á vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mio primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, deste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos.

Persiles y Segismunda

Cuatro millas, poco más ó menos, habrían navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas y viento en popa, parecía que venía á embestirlos. Periandro dijo, habiéndola visto: Sin duda este navío debe de ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Había ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le había pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien había dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le había acontecido. No quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaría seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavía el temor de que podía ser descubierto el parentesco, la fatigaba, y más que ¿quién le quitaría Periandro no estar celoso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? Que no hay discreción que valga, ni amorosa fe que asegure al enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas, en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las velas de alto abajo, y en otro instante, casi invisible, las izaron y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venía, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demás que en las barcas iban quisieron mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza, más seguridad de las vidas y más felice viaje pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fué posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacían parecer que estaban

cerca, distando de allí más de seis leguas. Cerraba la noche algo oscura, picaba el viento largo y en popa, que fué mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche sería, según el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideración, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

(Madrid, Juan de la Cuesta, 1617.)



Vicente Espinel (1550-1624)

Vida del escudero Marcos de Obregón.

Estuve en Sevilla algun tiempo viviendo de noche y de dia inquieto con pendencias y enemistades, efectos de la ociosidad, raiz de los vicios, y sepulcro de las virtudes. Torné en mí, y halléme atrás de lo que había profesado, que en la ociosidad no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durísimo hábito para volver á ello. El que pierde caminando la verdadera senda, cuánto más se aleja, tanto más dificultosamente vuelve á cobrarla: el que hace costumbre en la ociosidad, tarde ó nunca olvida los resabios que de ella se siguen. En cuatro cosas gasta la vida el ocioso, en dormir sin tiempo, en comer sin sazón, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llórame el corazón gotas de sangre cuando veo prendas de valerosos capitanes y de doctísimos varones rendidas á un vicio tan poltrón como la ociosidad: quéjase el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha del que con gran diligencia ha vencido la fuerza de su fortuna: tiene envidia de lo que él pudiera haber granjeado con ella. El ocioso ni come

con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo, que la flojedad viene á ser verdugo y azote del dejamiento y pereza del ocioso. Determiné de apartarme de este vicio poltrón que en Sevilla me arrastraba, y para esto tuve modo de pasar á Italia en servicio del duque de Medina-Sidonia, que en un galeón aragonés enviaba mucha parte de sus criados á Milán. Alcanzada esta buena gracia, detúveme en Sevilla hasta que fué tiempo de partir. En este espacio, vinieron algunos portugueses, de los que en Africa se habían hallado en aquel desdichado conflicto del rey Sebastián, muchos de los cuales rescató Felipe II. Trabé amistad con algunos de ellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonísimos ratos. Estaba un caballero portugués, amigo mío, haciéndose la barba con un mal oficial, que con mala mano y peor navaja le rapaba, de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugués, y le dijo: Señor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente: mais si rapades, rapades muito mal. Estando un amigo mío y yo á la puerta de una iglesia, que se llama *Omnium Sanctorum*, pasó un caballero portugués, con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos á la castellana, y quitándose la gorra á la Iglesia, quitámosela nosotros á él usando de cortesía. Volvió como afrentado, y me dijo: Ollai, senhor castillano, non vos tirei á vos á barreta, se naon á ó Santísimo Sacramento. Dije yo: Pues yo se la quité á vuesa merced. Compungido de esta respuesta dijo el portugués: Ainda vos á tirei á vos, sennor castillano. Venía por la calle del Atambor un portugués con un castellano, y como el portugués iba enamorando las ventanas, no vió un hoyo donde metió los pies y se tendió de bruces. Dijo el castellano: Dios té ayude; y respondió el portugués: Ja naon pode. Estando jugando tres castellanos con un portugués á las primeras, los engañó agudísimamente, que habiéndole dado después de quinoleada la baraja cincuenta y cinco, dijo con desprecio del naípe entre sí como lo pudiesen oír: Os anhos de Mafoma. Los demás, que estaban bien puestos, y lo vieron pasar, envidaron su resto: él quiso,

y echando el uno cincuenta, y los demás lo que tenían, arrojó el portugués sus cincuenta y cinco puntos, y arrebatóles el resto; dijo el uno de ellos: ¿Cómo dijo vuesa merced que tenía los de Mahoma, que son cuarenta y ocho años, si tenía cincuenta y cinco? Respondió el portugués: Eu cudei, que Mafoma era mas vello. (Yo pensé que Mahoma era más viejo). Otros excelentísimos cuentos y agudezas pudiera traer, que por evitar prolijidad los dejo. Vino en este tiempo una grandísima peste en Sevilla; y mandóse por materia de estado que matasen todos los perros y gatos, porque no llevasen el daño de una casa á otra. Yo, procurando asentar mi vida, fuíme á Sanlúcar á casa del duque de Medina-Sidonia, y navegando por el rio fué tanta la abundancia de gatos y perros que había ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas veces fué necesario detener el barco, ó echarlo por otra parte.

(Texto de la Biblioteca «Arte y Letras» —Barcelona, 1881).

Luis Vélez de Guevara (1579-1643)

El Diablo Cojuelo

«Sácame deste Argel de vidro, que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, á fe de Demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas»—
«¿Cómo quieres,—dijo don Cleofás, mudando la cortesía con la familiaridad de la conversación,—que yo haga lo que tú no puedes, siendo Demonio tan mañoso?» «—A mí no me es concedido—dijo el Espíritu—y á ti sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los Príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de esos y haz pedazos esta redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.»

No fué escrupuloso ni perezoso don Cleofás, y ejecutando lo que el Espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote el vaso, inundando la mesa sobredicha de un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal Diablillo, y volviendo los ojos al suelo, vió en él un hombreillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa y vadea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntada en dos colmillos solos,—que no tenía más muela ni diente en los desiertos de las encías—erizados los bigotes como si hubiera barbado en Hircania: los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos—legumbre tan enemiga de la compañía, que, si no es para venderlos en manojos no se juntan (bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la Corte, perdone la malicia de la comparación.)—Asco le dió á don Cleofás la figura aunque necesitaba de su favor para salir del desván, ratonera del Astrólogo en que había caído huyendo de los gatos que le siguieron—salvo el guante á la metáfora—y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: «vamos, don Cleofás, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo», salieron los dos por la buharda como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pie en el capitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, á tiempo que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño, treguas que dan los ciudadanos á la vida, siendo común el silencio á las fieras y á los hombres, medida que á todos hace iguales, habiendo una notable priesa á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas, verdugados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades menos medidas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron el mundo horros de todas estas baratijas: y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo: «don Cleofás, desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid, mal año para

Menipo en los diálogos de Luciano, te he de enseñar todo lo más notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusión fué esotra con ella segunda de este nombre», y levantando á los techos los edificios por arte diabólica lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos celosías, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué de capas y gorras.

(Texto Bonilla San Martín.—Vigo, 1902).

VI. Los didácticos

Pedro Mexia

Silva de varia lección

De la invención y principio de las letras habemos dicho en el capítulo pasado algunas cosas, que no son sabidas por todos. De las otras cosas tocantes á letras, en qué y con qué, y cómo escribían los antiguos, y cómo fué esto creciendo, no deja de haber algunos puntos notables, que por su antigüedad darán algún gusto al que fuere curioso dellos. De qué manera escribían los hombres en la primera edad antes del diluvio, no se podrá decir, pues aún han tenido por dudoso haber letras entonces: puesto que por autoridad de Josefo y por algunas razones, probamos haberlas habido, en el capítulo pasado. Pero no sabemos de más, de que quedaron escritas y esculpidas aquellas dos columnas, una de piedra y otra de ladrillo: después acá todos los antiguos afirman que al principio los hombres no tenían papel ni pergamino, y que escribían en hojas de palma: y desto dura hasta hoy llamarse hojas las de los libros. Después escribieron en cortezas de árboles, señaladamente en aquellas que fácilmente se despiden del árbol,

como de álamo blanco, y de platino y fresno, y de olmo. Y estas eran las telicas ó cortezas interiores que están entre el árbol y la cáscara, de las cuales sutilmente sacadas se hacían libros, juntando unas con otras artificiosamente. Y porque estas en latín se llaman *liber*, de aquí vino que se llaman así los libros, puesto que ya no se hagan de aquella materia. Después desto también se escribían las públicas escrituras antiquísimamente en hojas de plomo muy delicado, de lo cual hacían libros y columnas personas particulares: hallamos también escribir los antiguos en lienzos adobados y bruñidos con cierta manera de colores. Y es de saber, que no usaban escribir con pluma, sino con péndola de caña muy delgada ó carrizo, y hoy día hay algunos que escriben así. Después se inventó cierto género de papel, el cual se hacía de unos árboles llamados Papyrus, que es cierto género de juncos que se crian en las lagunas y charcos del rio Nilo. Y Plinio dice que también los hay en Siria, cerca del rio Eufrates. Este árbol ó frútice llamado Papyrus, tenía tales telicas ó hojicas, que apartándolas sutilmente con puntas de agujas, y con cierto adobo que le hacían con harina bien cernida y otras cosas, se escribía en ellas y se hacía papel.

(Amberes, Vda. y hered. de Pedro Bellerio, 1603)

Hernán Núñez "Pinciano,"

Refranes

Al puerco y al yerno, mostradle la casa, que él se verná luego.

De otra manera se dice: Al yerno y al cochino, una vez el camino.

Al herrero con barbas, y á las letras con babas.

Singular dicho contra los que de mucha edad comienzan á estudiar.

Al cuco no cuques, y al ladrón no hurtes.
 Al villano, dadle el pie, tomará la mano.
 A la mujer y á la mula, por el pico la hermosura.
 A la larga, el galgo á la liebre mata.
 Al enemigo, si vuelve la espalda, la puente de plata.
 A los pies tuertos, darles zuecos.
 Al que no tiene pan labrado, Agosto se le hace Mayo.
 Al más ruín puerco, la mejor bellota.
 Al no ducho en bragas, las costuras le matan.
 Al loco y al toro, darles corro.
De otra manera se dice: Al loco y al toro, déjales el coso.
 Al que mal vive, el miedo le sigue.
 Alcalde de aldea, el que lo quiera, ese lo sea.
 Allá vayas, mal, á do te pongan buen cabezal.

(Lérida, Manescal, 1621.)

Juan de Mal-Lara (1527-1571)

Filosofía vulgar

La viuda rica, con el uno ojo llora, con el otro repica.

Las riquezas hacen consolar á personas que si no las hubiera en ellas, lloraran de veras. Y esto hace muchas veces consolarse las viudas, porque quedaron ricas y se pueden casar cómo, y cuándo y con quién quisieren. Así dice que llora con el un ojo, para cumplir con el marido difunto. Y repica, quiere decir, mira á todas partes con el otro, para ver lo que le contenta, porque en su mano está escoger á quien más le agradare.

Al hijo del herrero, de balde le machan el hierro.

Quiere decir que cuando es una cosa casera, y que el mismo de casa demanda que se haga algo, no se le pide precio por ello, y no hay mucho trabajo en hacerlo: pero

á los extraños, por buen dinero. Aplícase á todos los que teniendo en su casa buenos instrumentos para lo que hacen, fácilmente lo acaban.

Madrastra, madre áspera, ni de cera ni de pasta.

Esto se dijo de un caso, que fué de la que hizo la imagen de la madrastra de cera ó de pasta de azúcar, que la descalabró. Siendo como habemos dicho tan cruel la madrastra con el antenado, viene él á declarar qué quiere decir madrastra, y dice que es madre áspera. Y que siendo tal, como hemos dicho, ni es buena de cera, ni de pasta, que es la masa de que hacen los mazapanes y otras cosas dulces; que es de latín: *Mater austera*, que es recia.

Al hombre desnudo, más vale dos camiones que no uno.

Cierto está que si uno viene á tanta pobreza que se halla desnudo, y le dan á escoger dos camisas, ó una, que no porque se usa traer sola una camisa tomará una sola, sino para cubrir su desnudez tome las dos, y ponerse hía una sobre otra, que más abrigarán. Aplícase á que el hombre en la necesidad mire más lo que ha menester, que lo que se usa.

(Lérida, Manescal, 1621.)



P. José de Acosta († 1599)

Historia natural y moral de las Indias

De los mameyes, y guayabos y paltos

Estas que hemos dicho son las plantas de más granjería y vivienda en Indias. Hay también otras muchas para comer: entre ellas los mameyes son preciados, del tamaño de grandes melocotones y mayores: tienen uno ó dos hue-

sos dentro: es la carne algo recia. Unos hay dulces, y otros un poco agros: la cáscara también es recia. De la carne destos hacen conserva, y parece carne de membrillo: son de buen comer, y su conserva mejor. Danse en las Islas: no los he visto en el Pirú: es el árbol grande, y bien hecho y de buena copa. Los guayabos son otros árboles que comunmente dan una fruta ruín, llena de pepitas recias, del tamaño de manzanas pequeñas. En Tierra-firme y en las Islas, es árbol y fruta de mala fama; dicen que huelen á chiuches, y su sabor es muy grosero, y el efecto poco sano. En Santo Domingo y en aquellas Islas hay montañas espesas de guayabos, y afirman que no había tal árbol cuando españoles arribaron allá, sino que llevado de no sé dónde, ha multiplicado infinitamente. Porque las pepitas ningún animal las gasta, y vueltas, como la tierra es húmida y cálida, dicen que han multiplado lo que se vee. En el Pirú es este árbol diferente, porque la fruta no es colorada, sino blanca, y no tiene ningún mal olor, y el sabor es bueno: y de algunos géneros de guayabos es tan buena la fruta como la muy buena de España, especial los que llaman guayabos de Matos, y otras guayabillas chicas blancas. Es fruta para estómagos de buena digestión y sanos, porque es recia de digerir y fría asaz. Las paltas, al revés, son calientes y delicadas. Es el palto árbol grande y bien hecho, y de buena copa, y su fruta de la figura de peras grandes; tiene dentro un hueso grandecillo: lo demás es carne blanda, y cuando están bien maduras es como manteca, y el gusto delicado y mantecoso. En el Pirú son grandes las paltas, y tienen cáscara dura, que toda entera se quita. En México por la mayor parte son pequeñas, y la cáscara delgada, que se monda como de manzanas: tiénela por comida sana, y que algo declina á cálida, como he dicho. Estos son los melocotones, y manzanas y peras de Indias, mameyes, y guayabas y paltas, aunque yo antes escogería las de Europa: otros por el uso ó afición quizá ternán por buena ó mejor aquella fruta de Indias. Una cosa es cierta, que los que no han visto y probado estas frutas les hará poco concepto leer esto, y aún les cansará

el oillo, y á mí también me va causando. Y así abreviaré con referir otras pocas de diferencias de frutas, porque todas es imposible.

(Sevilla, Juan de León, 1590).

Alonso López Pinciano

Filosofía antigua poética

—Paso, dijo aquí Fadrique, no tantas injurias á los metros, que (aunque yo en mi vida no los hice) soy muy abogado dellos, y deben tener su lugar en la Poética. Confieso que en alguna manera repugnan á la forma de la poesía, que es la imitación, pero pugna mucho en favor del fin della, que es deleite para la enseñanza; porque la Poética, deseando deleitar, busca el deleite, no sólo en la cosa, mas en la palabra; y no sólo en ésta, mas en el número de las sílabas cierto y determinado al cual dicen metro. Así que, por la causa final (que es el deleite) pierde la formal en cierta manera, que es la imitación. Y esto da á entender el Filósofo diciendo, que el poeta más lo es por la fábula y imitación que no por el metro; adonde significa que el metro tiene alguna parte en la poética, aunque no en la imitación. No es forzoso el metro al poema, mas es una cosa que atavía y orna mucho á esta dama dicha poesía, y anda con ella tan acompañada y tanto tiempo, que la amistad se ha vuelto en parentesco, y es cierto que á lo menos algunas especies de poética no saben estar sin él; y no me pareciera mal, que á la imitación con metro llamasen poesía perfecta, y á la imitación sin metro, y al metro sin imitación, poesías imperfectas.

Hugo.—Vengo en eso, como se den las principales partes á la imitación.

Fadrique.—Quien eso contradijese sería muy ignorante; y esa traza es no nueva, y que otros la dieron antes.

Calló Fadrique, y el Pinciano dijo entonces:—Sepa yo, señores, si sois servidos, deste fin desta arte; el cual, aunque es postrero en la ejecución, es primero en la pretensión, porque lo primero que se pretende de todo, es el fin.

Fadrique respondió que le placía, y prosiguió desta manera.—Desconcertóse la armonía y consonancia humana, y el hombre se tragó la inocencia el día que el primero la manzana, por cuya causa vino en disonancia y avieso; este quisieron enderezar los antiguos filósofos prudentísimamente de la manera que hace el platero, que teniendo un pedazo de plata, ó oro, y no hallando quien se lo compre, hace dél una medalla de algún Rey ó de algún Santo para le hacer más vendible.

—Eso no entiendo bien (dijo el Pinciano). Y Hugo:

—Fácil es de ser entendido. La inclinación humana era aparejada más al deleite que á la virtud, y la filosofía mezcló el oro desta con la figura de aquél para hacer más vendible su mercadería.

—Tampoco, dijo el Pinciano, entiendo eso, como esotro. Y Fadrique:

—Pues á tres va la vencida. Los filósofos antiguos quisieron enseñar y dieron la doctrina en fabulosa narración, como quien dora una píldora.

—Ya lo entiendo (respondió el Pinciano); que el oro de la ciencia los antiguos filósofos figuraron con la fábula, y al útil de la doctrina añadieron el deleite de la imitación poética. Pero pregunto yo agora una dificultad: ¿Cómo puede ser que sean dos fines de una cosa misma? Porque repugna á toda naturaleza, sino es decir que el uno es ultimado y principal, y el otro es no ultimado, sino medio para el fin verdadero, y este tal mejor sería dicho medio que no fin.

—Vos habeis dudado muy bien (dijo Fadrique), y si estuviera averiguado cuál de los dos (el deleite ó la doctrina), era el fin ultimado, no hubiera dificultad en lo que decís; mas hay cuestión cuál sea el fin último y principal,

y así se ponen dos fines mientras se averigua esta causa; porque si el poeta imita con deleite para enseñar la doctrina, esta será verdadero fin, mas si (como otros dicen) imita con doctrina para deleitar, el deleite se quedará con nombre de fin.

(Madrid, Tomás Junti, 1596.)



Fray Luis de Granada (1504-1588)

Guía de pecadores

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene; y si él no pascé la yerba del campo, páscela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo, tuyo es. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuántos predicadores te envía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Agustín) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se puede excusar.

¡Oh, si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas; sin dubda verías cómo todas ellas á una te dicen que ames á Dios! Porque todas ellas callando dicen que

fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al común Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes á oscuras, y te envío diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida, y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los ríos y fuentes, para que te refresquen, y te crío infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentas, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la común madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa, pues, también con mucha razón dirá: yo como madre te traigo á cuestras; yo te crío los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicación con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo, finalmente, como buena madre, ni en vida, ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo á cuestras y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente, todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por tí crió á mí, y por Él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á Aquél que crió á mí por tí, y á tí por sí.

(Ed. del P. Cuervo.—Valladolid, 1901.)

Sermón en la fiesta de todos los Santos

Una de las cosas que más suele mover los hombres al trabajo es la esperanza del premio: tanto más, cuanto lo

esperan mayor. Porque como sea tan grande la fuerza del propio amor, todas las veces que se le pone delante algún bien, da de espuelas al corazón para que se ponga al trabajo para alcanzarlo. Por donde parece que una de las cosas que es más parte para inclinar nuestro corazón al amor de la virtud, es la grandeza del galardón della. Con éste convida hoy en el Evangelio el Salvador á sus discípulos, poniendo á cada virtud su propio premio; y al fin de todas estas virtudes (á que llama bienaventuranzas) pone por remate el Evangelio estas palabras: *Gozaos, y alegraos, porque vuestro galardón es grande en el reino de los cielos.* Por lo cual no será fuera de propósito tratar hoy desta materia; así por esta razón, como también por la fiesta que hoy celebra la sancta Madre Iglesia, de Todos los Sanctos, de cuya bienaventuranza conviene hoy tratar.

Cuán grande sea el premio y gloria de los sanctos, ni la humana elocuencia ni la angélica lo podrán explicar. Porque (como dice el Apóstol) ni el ojo lo vió, ni la oreja oyó, ni subió al corazón humano la grandeza del premio que Dios tiene guardado para los que le temen. Porque (como dice Sant Gregorio) ¿qué lengua podrá explicar, ó qué entendimiento comprehender cuáles sean los gozos de aquella ciudad soberana? ¿Qué cosa sea ver á los hombres entre los ángeles, ver la cara de Dios, gozar de aquella luz infinita, y vivir en perpetuo contento sin recelo de la muerte?

Mas dado el caso que ninguna destas cosas se pueda explicar como ella es, todavía por algunas conjeturas podemos rastrear algo de lo que allí hay. La primera sea la consideración de la excelencia del artífice desta obra. La segunda el tiempo en que ella gastó. La tercera el fin para que la aparejó. La cuarta la generosidad de ánimo deste Señor. La quinta el aprecio que nos pide por ella. Digamos, pues, algo, haciendo discurso por estas conjeturas.

Cuanto al artífice desta obra, es el mismo Dios, cuyo saber, poder, bondad es sin número, en todo infinito; cuya obra es todo lo criado, visible é invisible. Si los oficiales de la obra que procuramos entender son estos tres, poder, in-

finito, saber infinito y bondad infinita, ¿cuál será la obra que saldrá desta oficina, tomada muy de propósito; donde el Espíritu Sancto con su bondad infinita quiere dar á los hombres todo género de descanso, gozo y gloria; y el Hijo con su infinita sabiduría sabe ordenar en qué y cómo; y el Padre con su infinito poder puede dar el cumplimiento de la obra, según que la quiere el Espíritu Sancto por su bondad y la dispone el Hijo por su saber? ¿Qué obra saldrá de artífice de infinito poder, saber y bondad? ¡Cuán hermosos son tus tabernáculos, Jacob; y tus tiendas, Israel, (dice el Profeta) como los valles con arte plantados de frescas arboledas, como los reales jardines junto á los ríos, y como los cedros plantados junto á las corrientes de las aguas, como los edificios fundados por mano de Dios, y no de los hombres! Concluye desta manera el Profeta, dando á entender que lo que va de Dios á los hombres, va de obras de Dios á obras de hombres.

(Madrid, Marín, 1788)



Estéban de Garibay (1537-1602)

Compendio Historial

En estos días, los tres reyes de Castilla, Aragón y Portugal tuvieron notable concurrencia en los nombres, llamándose Pedros; en Castilla el rey don Pedro, único deste nombre, y en Aragón el rey don Pedro, cuarto y último deste nombre, cognominado el Cerimonioso, y en Portugal el rey don Pedro, también único deste nombre, y todos tres, príncipes aún, eran hijos de reyes llamados Alonsos, que fueron en mucho tiempo couregnantes con la mesma concurrencia y congreso que agora los hijos, según notó la historia, siendo cosa que solas estas dos veces se vió en los reinos de España.

El rey don Pedro, continuando la ejecución de su saña contra la nobleza de sus reinos, hizo degollar en la villa de Alfaro á Gutierre Fernández de Toledo su repostero mayor, por ser caballero que con celo debido á su natural príncipe, le decía las verdades, aconsejándole lo que á su servicio y autoridad, bien y tranquilidad de los reinos cumpla, y en una galera hizo lo mesmo de Gómez Carrillo de Albornoz, y después vino á la frontera de Aragón á la villa de Almazán. Desta forma mataba este príncipe á muchos y prendía á otros, y desterraba á hartos varones eclesiásticos que, teniéndolos por sospechosos á su servicio, ya que por no ser de su jurisdicción se abstenía de punición capital, los desnaturaba de sus reinos, no parando en sus sobrados excesos hasta que con estas cosas indignando y conmoviendo contra sí á su pueblo y nobleza de sus reinos, dió ocasión para perder, no solos reinos, pero aún la vida, como presto lo mostraremos, ejemplificándose en él aquella moral sentencia castellana, que *el perro que rabia muerde á su señor*.

(Barcelona, Cormellas, 1628.)



P. Juan de Mariana (1535-1624)

Historia de España

Imperaba por estos tiempos en el Oriente Constantino llamado Pogonato. La Iglesia de Roma gobernaba el papa Adeodato, que escribió una epístola á Graciano, arzobispo en España, como se lee en los libros ordinarios de los concilios, dado que el gótico de San Millán de la Cogulla dice: A Gordiano, obispo de la iglesia de España. Es esta epístola muy señalada, porque en ella deshace y aparta los matrimonios de los que sacaron de pila á sus propios hijos, aunque fuese por ignorancia. A esta sazón se empren-

dió una nueva y muy brava guerra en aquella parte del señorío de los godos que estaba en la Gallia Narbonense. La ambición, mal incurable, fué causa deste daño y alteró grandemente el reino de los godos, que, vencidos los enemigos de fuera, gozaba de una grande paz y prosperidad. Fué así que el rey Recesvinto no dejó hijos que le sucediesen; sus hermanos, ó por su edad ó por otros respetos, no fueron tenidos por suficientes para suceder en la corona. Por donde los grandes se ayuntaron, y por sus votos nombraron por sucesor en el reino á Wamba, hombre principal y que tenía el primer lugar en autoridad y privanza con los reyes pasados, demás que era diestro en las armas y de juicio muy acertado, y tan considerado en sus cosas y modesto, que en ninguna manera quería aceptar aquel cargo. Excusábase con su edad, que era muy adelante; pedía con lágrimas no le cargasen sobre sus hombros peso tan grave. Consideraba con su gran prudencia que las aficiones del pueblo, como quier que son vehementes así bien son incostantes y entre sí á las veces contrarias. Como no desistiese ni se allanase, cierto capitán principal, hombre denodado, con la espada desnuda le amenazó de muerte si no aceptaba, por estas palabras: «¿Por ventura será justo que resistas á lo que toda la nación ha determinado, y antepongas tu reposo á la salud y contento de todos? En mucho tienes esos pocos años que te pueden quedar de vida, que con esta espada, si á la hora no te allanas, te quitaré yo, y haré que pierdas la vida, por cuyo respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu muerte mostraré al mundo que ninguno debe con color de modestia tener en más su reposo particular que el pro común de todos.» Dobleegóse Wamba con estas amenazas; pero de tal manera aceptó la elección, que no quiso dejarse ungir, como era de costumbre, antes de ir á Toledo. Pretendía reservar aquella honra para aquella ciudad, y con aquel espacio de tiempo entendía, ó que se mudarían las voluntades de los que le eligieron, ó se ganarían las de todos los demás, de guisa que no sucediese algún alboroto por la diversidad de pareceres. Con esto partió para Toledo, donde

á veinte y nueve de setiembre fué ungido y coronado en la iglesia de San Pedro y San Pablo, que estaba cerca de la casa real. Juró ante todas cosas por expresas palabras de guardar las leyes del reino y mirar por el bien común. Quirico, arzobispo de Toledo, sucesor de San Ildefonso, hizo la ceremonia de la unción. Juliano, asimismo arzobispo de Toledo, en la historia que compuso de la guerra narbonense, refiere que de la cabeza del rey Wamba cuando le coronaron se levantó un vapor en forma de columna, y que vieron una abeja de la misma cabeza volar á lo alto. Dirá alguno que muchas veces al pueblo se le antojan estas y semejantes cosas; verdad es, pero la autoridad del que esto escribe sin duda es muy grande.

(Madrid, Ibarra, 1780.)



D. Antonio de Solís (1610-1686)

Historia de la conquista de Méjico

Ocupaba el centro de esta plaza una gran máquina de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminución hasta formar una media pirámide, los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera: edificio suntuoso y de buenas medidas; tan alto, que tenía ciento y veinte gradas la escalera, y tan corpulento, que terminaba en un plano de cuarenta piés en cuadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecía por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas, á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras, semejantes al azabache, puestas con orden y unidas con betunes blancos y rojos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la división del pretil donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de mármol, que sustentaban

(imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros de hechura extraordinaria. Más adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habían de sacrificar, para sacarle por los pechos el corazón. Y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenían el ídolo sobre un altar muy alto, y detrás de cortinas. Era de figura humana y estaba sentado en una silla (con apariencias de trono) fundada sobre un globo azul, que llamaban cielo; de cuyos lados salían cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombres para conducirlo cuando le manifestaban al pueblo. Tenía sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y más afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz. En la mano derecha una culebra ondeada, que le servía de bastón, y en la izquierda cuatro saetas, que veneraban como traídas del cielo, y una rodela con cinco plumajes blancos, puestos en cruz; sobre cuyos adornos, y la significación de aquellas insignias y colores, decían notables desvaríos con lastimosa ponderación.

Al lado siniestro de esta capilla estaba otra de la misma hechura y tamaño, con un ídolo que llamaban Tlaloch, en todo semejante á su compañero. Teníanlos por hermanos, y tan amigos, que dividían entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder y uniformes en la voluntad, por cuya razón acudían á entrambos con una víctima y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devoción.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores. Y había de este género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocación. Apenas había calle sin su dios tutelar; ni se

conocía calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar donde acudir por el remedio. Ellos se fingían y fabricaban sus dioses de su mismo temor, sin conocer que enflaquecían el poder de los unos con lo que fiaban de los otros; y el demonio ensanchaba su dominio por instantes, violentísimo tirano de aquellos racionales, y en pacífica posesión de tantos siglos. ¡Oh permisiones inexcrutables del Altísimo!

(Barcelona, José Llopis, 1691).

D. Francisco de Quevedo Villegas

(1580-1645)

Reloj de arena

¿Qué tienes que contar, reloj molesto,
 En un soplo de vida desdichada
 Que se pasa tan presto;
 En un camino que es una jornada
 Para volar desde este al otro polo,
 Siendo jornada que es un paso solo;
 En una noche que es una hora fría
 Y en un año, que pasa en sólo un día,
 Y en una edad, que pasa en sólo un año?
 ¿Qué tienes que contar en tanto engaño?
 Que, si son mis trabajos y mis penas,
 No alcanzaras allá, si capaz vaso
 Fueses de las arenas
 Del ancho mar á donde tiende el paso.
 Deja que corra el tiempo sin sentillo;
 Que no quiero medillo
 Ni que me notifiques de esa suerte
 Los términos forzosos de mi muerte.
 No me hagas más guerra;
 Déjame, y de piadoso nombre cobra:

Que harto tiempo me sobra
Para dormir debajo de la tierra.
Pero si acaso por oficio tienes
El contarme los días,
Presto descansarás: que aquel cuidado
Mal acondicionado
Que alimento lloroso
En abrasadas venas,
Menos de sangre que de fuego llenas,
No sólo me apresura
Los pasos, mas acórtame el camino,
Si con pie doloroso,
Mísero peregrino,
Doy cercos á la triste sepultura
Que en la cuna empecé á temer lloroso.
Ya sé que soy aliento fugitivo,
Y así, ya temo, ya también espero,
Que seré polvo, como tú, si muero,
Y que soy vidro, como tú, si vivo.

A Roma sepultada en sus ruinas

Buscas en Roma á Roma ¡oh peregrino!
Y en Roma misma á Roma no la hallas:
Cadáver son las que ostentó murallas,
Y tumba de sí propio el Aventino.
Yace, donde reinaba, el Palatino;
Y limadas del tiempo las medallas,
Más se muestran destrozo á las batallas
De las edades, que blasón latino.
Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
Si ciudad la regó, la sepultura
La llora con funesto son doliente.
¡Oh Roma! En tu grandeza, en tu hermosura,
Huyó lo que era firme, y solamente
Lo fugitivo permanece y dura.

Boda y acompañamiento del campo

Don Repollo y doña Berza,
De una sangre y de una casta,
Si no caballeros pardos,
Verdes fidalgos de España,
Casáronse, y á las bodas
De una gente tan honrada,
Que sustentan ellos solos
A lo mejor de Vizcaya,
De los solares del campo
Vino la nobleza y galas;
Que no todos los solares
Han de ser de la Montaña.

Vana y hermosa á la fiesta
Vino doña Calabaza;
Que su merced no pudiera
Ser hermosa, sin ser vana.

La Cebolla, á lo viuda,
Vino con sus tocas blancas
Y sus entresuelos verdes;
Que sin verdura no hay canas.

Para ser dama tan dulce
Vino la Lima gallarda
Al principio; que no es bueno
Ningún postre de las damas.

La Naranja, á lo ministro,
Vino muy tiesa y cerrada,
Con su apariencia muy lisa
Y su condición muy agria.

La Guinda, á lo hermoso y lindo,
Muy agria cuando muchacha,
Pero, entrando ya en más días,
Apacible, dulce y blanda.

La Cereza, á lo hermosura
Recién venida, muy cara;

Pero, con el tiempo, todos
Se le atreven por barata.

La Granada, descompuesta,
A lo dama cortesana:
Desembozo en la hermosura;
Descaramiento en la gracia.

A lo rico y lo tramposo,
En su erizo, la Castaña,
Que le han de sacar la hacienda
Todos por punta de lanza.

La Berengena, mostrando
Su calavera morada,
Porque no llegó en su tiempo
El socorro de las calvas.

Doña Mostaza menuda,
Muy compuesta y atufada;
Que toda chica persona
Es gente de gran mostaza.

El Melón, que es el retrato
De todos los que se casan;
Dios te la depare buena:
Que la vista al gusto engaña.

Don Cohombro, desvaído,
Largo de verde y de zancas,
Muy puesto en ser gentil hombre,
Siendo cargado de espaldas.

Don Pepino, muy picado
De amor de doña Ensalada,
Gran compadre de doctores,
Pensando en unas tercianas.

A lo valiente, cobarde,
Todo furias y bravatas,
Vino el señor don Pimiento,
Vestidito de botarga.

De blanco, morado y verde,
Corta crín y cola larga,
Don Rábano, pareciendo
Moro de juego de cañas.

Doña Alcachofa, compuesta
 A imitación de las flacas:
 Basquiñas y más basquiñas,
 Carne poca y muchas faldas.

Don Nabo, que, viento en popa,
 Navega con tal bonanza,
 Que viene á mandar el mundo,
 De gorrón de Salamanca.

Baratísimo lector,
 Si objeciones desenvainas,
 Nunca hay bodas sin malicias,
 Ni desposados sin tachas.

Letrilla

*Poderoso caballero
 Es don Dinero.*

Madre, yo al oro me humillo;
 El es mi amante y mi amado,
 Pues de puro enamorado,
 Anda contino amarillo;
 Que pues, doblón ó sencillo,
 Hace todo cuanto quiero,

*Poderoso caballero
 Es don Dinero.*

Nace en las Indias honrado
 Donde el mundo le acompaña;
 Viene á morir en España
 Y es en Génova enterrado;
 Y pues quien le trae al lado
 Es hermoso, aunque sea fiero,

*Poderoso caballero
 Es don Dinero.*

Es galán, y es como un oro;
 Tiene quebrado el color,
 Persona de gran valor,
 Tan cristiano como moro;
 Pues que da y quita el decoro
 Y quebrauta cualquier fuero,

Poderoso caballero

Es don Dinero, (1)

Son sus padres principales
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales;
Y pues es quien hace iguales
Al rico y al pordiosero,

Poderoso caballero

Es don Dinero.

¿A quién no le maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo más ruín de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Mas pues que su fuerza humilla
Al cobarde y al guerrero,

Poderoso caballero

Es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles;
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,

Poderoso caballero

Es don Dinero.

Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos.
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al juez más severo,

Poderoso caballero

Es don Dinero. (2)

(1) Esta estrofa no aparece en las *Flores*, de Espinosa: sí en el *Parnaso Español*.

(2) Esta estrofa y la anterior tampoco están en las *Flores*.

Es tanta su majestad,
 Aunque son sus duelos hartos
 Que aun con estar hecho cuartos
 No pierde su calidad;
 Pero, pues da autoridad
 Al gañán y al jornalero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

Nunca ví damas ingratas
 A su gusto y afición;
 Que á las caras de un doblón
 Hacen sus caras baratas.
 Y, pues las hace bravatas
 Desde un bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don Dinero. (1)

Más valen en cualquier tierra
 (Mirad si es harto sagaz)
 Sus escudos en la paz
 Que rodelas en la guerra;
 Pues al natural destierra
 Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don Dinero.

(Texto Fernández Guerra.—*Soc. Bibliof. And. Sevilla*, 1903.)

Vida de Marco Bruto

Texto

«Siendo mancebo, acompañó á su tío Catón, que fué enviado á Chipre contra Ptolomeo, habiendo Ptolomeo dádose muerte antes que llegase. Fué forzoso á Catón detenerse en Rodas, por esto envió á Canidio su amigo á Chipre á que guardase el tesoro; mas temiendo que éste

(1) Lo mismo esta estrofa.

no le contaría con manos abstinentes, escribió á Bruto que con toda diligencia se embarcase en Panfilia y fuese á Chipre, donde la codicia de Canidio tuviese en su templanza estorbo honesto. Bruto obedeció al tío, aunque con desabrimiento, por juzgar la comisión forastera de sus estudios y de su inclinación, pues iba á ser sospecha de la legalidad de Canidio. Disimuló con apariencias creibles la nota que le traía con su llegada. Y para excusarle la enmienda, que le pudiera en la acusación ser culpa, le estorbó la culpa con la atención; y con grande alabanza de Catón, y sin nota de Canidio. No dejando verificar la sospecha, juntó el oro y plata, que en grande número fué llevado á Roma.»

Discurso

Entonces las repúblicas se administran bien cuando envían ministros á las provincias distantes, que procuran antes estorbar los robos que castigar los que roban. Más hurtos padecen los príncipes en el castigo de los hurtos por algunos jueces, que en los hurtos por los ladrones. Quien estorba que no hurte su ministro, guarda su ministro y su hacienda; quien le deja hurtar, pierde su hacienda y su ministro. Aquellos pecados se cometen más, que más veces se castigan; por eso el ahorrar castigos es ahorrar pecados. Pocas veces deja de defenderse el que roba, con lo propio que roba. Siempre los delincuentes fueron alegros y hacienda de los malos jueces; por esto los buscan, para hallarlos, no para corregirlos. No quiso Catón que Canidio pudiese hurtar. No le dejó Bruto que hurtase; quedó Roma deudora á los dos de lo que era suyo dos veces: la una porque se lo dieron, la otra porque no se lo dejaron quitar.

Las monarquías se descabalan del número de sus reinos, cuando á gobernarlos envían ministros que vuelven opulentos con los triunfos de la paz. Confieso que esto es empezarse á caer; mas, como empiezan á caerse por los ciempientos, juntamente es acabarse de caer. Pocas leyes saben convencer de delincuente al que hurta con consideración.

Consideración llamo hurtar tanto que, habiendo para satisfacer al que envidia, y para acallar al que acusa, y para inclinar al que juzga, sobre mucho para el delincuente, que hurtó para todos. De aquél tiene noticia la horca, que hurtó tan poco, que antes de la sentencia faltó qué le pudiesen hurtar.

Las Zahurdas de Plutón

Vi un mercader que poco antes había muerto. «¿Acá estáis? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda, y no estar aquí?» Dijo en esto uno de los atormentadores: «Pensaron que no había más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quien duda que la obscuridad de sus tiendas les prometía estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo éstos, son los que sirven allá á la locura de los hombres, juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un día, todos estos quedarán pobres, pues entonces se conociera que el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado, y raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que menos vale, que es la vanidad que tenéis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos.» Tenía talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nueva. «¿Qué es esto?» dije; cuando veo dos hombres dando voces en un alto, muy bien vestidos, con calzas atacadas; el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traía valones y un pergamino en las manos, y á cada pala-

bra que hablaban se hundían siete ó ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Llegueme más cerca por oírlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decía: «Pues si mi padre se decía tal cual, y soy nieto de Esteban cuales y tales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga diciendo de cinco catedráticos los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.» «Pues pagad espalda», dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta; y luego le dijo: «Acabáos de desengañar que el que deciendo del Cid, de Bernardo y de Gofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, y parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que decendeis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras. Y el que en el mundo es virtuoso, ése es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos. Pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajais á los villanos, moros y judíos, como si en éstos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis.

(Madrid, Díaz de la Carrera, 1650).



Don Diego de Saavedra Fajardo

(1584-1648)

República literaria

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros, y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben como por la facilidad de la imprenta, con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear, me venció el sueño; y luego el sentido interior corrió el velo á las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme á la vista de una ciudad, cuyos chapiteles de plata y oro bruñido deslumbraban la vista y se levantaban á comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí un gran deseo de verla; y ofreciéndose delante de mí un hombre anciano que se encaminaba á ella, le alcancé, y trabando con él conversación, supe que se llamaba *Marco Varrón*, de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros. Y preguntando yo qué ciudad era aquella, me dijo con agrado y cortesía que era la *República Literaria*; y ofreciéndose á mostrarme lo más curioso de ella, acepté la compañía y la oferta, y fuimos caminando en buena conversación. Por el camino fuí notando que aquellos campos vecinos llevaban más eléboro que otras yerbas; y preguntándole la causa, me respondió que la divina Providencia ponía siempre vecinos á los daños los remedios, y que así había dado á la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales, con el continuo estudio, padecían graves achaques de cabeza. Muchos buscaban el eléboro, la anacardina, para hacerse memoriosos con evidente peligro del juicio. Poco me pareció que tenían los que le aventuraban por la memoria, porque, si bien es depósito de las ciencias, también lo es de los males;

y fuera feliz el hombre si, como está en su mano el acordarse, estuviera también el olvidarse. La memoria de los bienes pasados nos desconsuela, y la de los males presentes nos atormenta.

Habiendo llegado á la ciudad, reconocí sus fosos, los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas, defendidas de cañones de ánsares y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes, dentro de las cuales levantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían á menudos átomos; y recogidos éstos en cedazos cuadrados de hilo de arambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel, materia fácil de labrar y bien costosa á los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza pródicamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como á metales perturbadores de nuestro sosiego, y con gran providencia los retiró á regiones más remotas, poniéndolos por foso del inmenso mar Océano, y por muros, altas y peñascosas montañas, y el hombre industrioso busca artes y instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes, y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos de que aún no pudo cubrirse la desnudez, y entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga en aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

(Amberes, J. B. Verdussen, 1739.)



Baltasar Gracián (1601-1658)

El Héroe

Primor V.—Gusto relevante

Toda buena capacidad fué mal contentadiza. Hay cultura de gusto, así como de ingenio. Entrambos relevantes son hermanos de un vientre, hijos de la capacidad, heredados por igual en la excelencia.

Ingenio sublime nunca crió gusto ratero.

Hay perfecciones soles y hay perfecciones luces. Galantea el águila al sol, piérdese en él el helado gusanillo por la luz de un candil y tómasele la altura á un caudal por la elevación del gusto.

Es algo tenerlo bueno, es mucho tenerlo relevante.

Péganse los gustos con la comunicación, y es suerte topar con quien le tiene superlativo.

Tienen muchos por felicidad (de prestado será) gozar de lo que apetecen, condenando á infelices los demás; pero desquitanse éstos por los mismos filos, con que es de ver la mitad del mundo riéndose de la otra, con más ó menos de necedad.

Es calidad un gusto crítico, un paladar difícil de satisfacerse; los más valientes objetos le temen y las más seguras perfecciones le tiemblan.

Es la estimación preciosísima y de discretos el regatearla; toda escasez en moneda de aplauso es hidalga; y al contrario, desperdicios de estima merecen castigo de desprecio.

La admiración es comunmente sobrescrito de la ignorancia; no nace tanto de la perfección de los objetos, cuanto de la imperfección de conceptos. Son únicas las perfecciones de primera magnitud; sea, pues, raro el aprecio.

Tercera época: Siglo XVIII

I. Prosistas

P. Fr. Benito Jerónimo Feijóo

(1675-1764)

Teatro crítico

Para desconfiar del todo de la voz popular, no hay sino hacer reflexión sobre los extravagantísimos errores que en materia de religión, policía y costumbres se vieron y se ven autorizados con el común sentimiento de varios pueblos. Cicerón decía que no hay disparate alguno tan absurdo, que no le haya afirmado algún filósofo: *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum* (lib. 2. de Divinat.) Con más razón diré yo que no hay desatino alguno tan monstruoso, que no esté patrocinado del consentimiento uniforme de algún pueblo.

Cuanto la luz de la razón natural representa abominable, ya en esta, ya en aquella región, pasó y aún pasa por lícito. La mentira, el perjurio, el adulterio, el homicidio, el robo, en fin, todos los vicios lograron ó logran la general aprobación de algunas naciones. Entre los antiguos germanos el robo hacía al usurpador legítimo dueño de lo que hurtaba. Los hérulos, pueblo antiguo poco distante del mar Báltico, aunque su situación no se sabe á punto

fijo, mataban todos los enfermos y viejos, ni permitían á las mujeres sobrevivir á sus maridos. Más bárbaros aún los caspianos, pueblos de la Scitia, encarcelaban y hacían morir de hambre á sus propios padres cuando llegaban á edad avanzada. ¿Qué deformidades no ejecutarían unos pueblos de Etiopía, que según Eliano, tenían por rey á un perro, siendo este bruto, con sus gestos y movimientos, regla de todas sus acciones? Fuera de la Etiopía, señala Plinio los toembaros, que obedecían al mismo dueño.

Ni está mejorado en estos tiempos el corazón del mundo. Son muchas las naciones donde se alimentan de carne humana, y andan á caza de hombres como de fieras. En el palacio del rey de Macoco, dueño de una grande porción de la África, junto á Congo, se matan diariamente, á lo que afirma Tomás Cornelio, doscientos hombres, entre delinquentes y esclavos de tributo, para plato del rey y de sus domésticos, que son muchísimos. Los yagos, pueblos del reino Ansico, en la misma África, no sólo se alimentan de los prisioneros que hacen en la guerra, mas también de los que entre ellos mueren naturalmente; de modo que en aquella nación los muertos no tienen otro sepulcro que el estómago de los vivos. Todo el mundo sabe que en muchas partes del Oriente hay la bárbara costumbre de quemarse vivas las mujeres cuando mueren los maridos; y aunque esto no es absoluta necesidad, rarísima ó ninguna deja de ejecutarlo, porque queda después infame, despreciada y aborrecida de todos. Entre los cafres, todos los parientes del que muere tienen la obligación de cortarse el dedo pequeño de la mano izquierda, y echarle en el sepulcro del difunto.

(Madrid, Her. de F. del Hierro, 1742).



P. José Francisco de la Isla (1703-1781)

Fray Gerundio de Campazas

Ya tenemos á Fray Gerundio en campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante, ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado el lego, cuando podía hacerlas, sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santiamén se echaba á pechos un jesús, cuando ayudaba al refitolero á componer el refectorio, llegó á sospecharse que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristán le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fr. Gerundio asistía al refectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de éstas á la mitad de la mañana, y á un volver de cabeza se hallaban vacíos uno ó dos jesuses, de los que juraría á Dios y á una cruz que ya había llenado; y aunque nunca le habían cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en su conciencia no podía ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.....

4. Sucedió que, mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata á los legos acusadores, el angelical Fr. Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué dere-

cho á la celda del maestro á darle cuenta de lo que le había pasado en la oración de aquel día. Entró como acostumbra, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño; mandóle sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oración, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron á la cabeza, pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar más y más á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menaguada se le dió; porque como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traía escondidos en él, y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecía haberse vaciado el perol donde se batían los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: «¿Pues qué es esto, hermano Fray Gerundio?» El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginación pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: «Padre, yo se lo diré á su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dió licencia para darme disciplinas en las espaldas, por no poderlas ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su reverencia, porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificación.» Tragó el anzuelo el bonísimo varón, y pasmado de la estupenda mortificación de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero; por no lastimarle en las llagas de las espaldas y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió, dándole

orden de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro Fr. Gerundio su noviciado, y hizo su profesión *inoffenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las Artes á un convento de los más graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista por dos ó tres años, como pasan los demás frailes en canal, que no tienen arrimo.

6. Era lector un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprensión, de memoria feliz, estudiantón de cal y canto, furiosamente aristotélico, porque jamás había leído otra filosofía ni podía tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho y una maravillosa fortaleza de pulmones; en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras, ni las sabía, para explicar las cosas más triviales. Si le preguntaban cómo lo pasaba, respondía: *Materialitèr*, bien, *formalitèr*, subdistingo; *reduPLICATIVè ut homo*, no me duele nada; *reduPLICATIVè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasión se le quejó su madre de que en las cartas que le escribía no le hablaba palabra de su salud, y él le respondió: «Madre y señora mía, es cierto que *signatè* no decía á Vm. que estaba bueno, pero *exercitè* ya se lo decía. Ahora pongo en noticia de Vm. cómo estoy explicando á mis discípulos la *transcendencia* ó la *intranscendencia del ente*; yo llevo la *analogía*, y niego la *transcendencia*. A mi hermana Rosa diré Vm. que me alegro mucho lo pase bien, así *ut quo*, como *ut quod*, y que, en cuanto á las calcetas con que me regala, la *materia ex qua* me pareció un poco gorda, pero la *forma artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las cuatro libras de chocolate que Vm. me envía, diré *in re veritate* lo que me parece: las *cualidades intrinsecas* son buenas, pero las acci-

dentales le echaron á perder por haber estado aplicado más tiempo del conveniente á la *naturaleza ignea, mediante la virtud combustiva*.—B. L. M. de Vin. su hijo *inadaquatè et partialitèr*, y su capellán *totalitèr et adaequatè*.—Fray Toribio, lector de artes.»

(Edición Lidfordss. —Leipzig, 1885.)

Gaspar Melchor de Jovellanos

(1744-1811)

Memoria sobre las diversiones públicas

Aquella notable revolución en el gusto y las ideas, que iba puliendo los ánimos y templando poco á poco las costumbres, se sintió primero en los pasatiempos conocidos; porque el espíritu humano está siempre más pronto á mejorar, que á crear de nuevo. La caza, usada de tan antiguo como hemos visto, tan recomendada á los príncipes y señores por el Rey Sabio, en que se mostró tan entendido Alfonso XI, y á que fueron tan aficionados después Juan II, y Enrique IV, de un entretenimiento privado y montaraz vino á ser una diversión cortesana. Extendido su uso y mejorada su forma, ya los reyes y grandes no salían solos y en privado á correr monte, sino en público con grande aparato y comitiva, y bizarramente vestidos y armados al propósito. Seguíales gran número de monteros, ballesteros y halconeros con muchedumbre de perros y neblíes: aquéllos adornados con galanas libreas, y éstos con ricos collares y capirotos. No resonaba sólo en los montes como en otros tiempos el áspero son del cuerno, sino que los llenaba la fiera armonía de atabales, bocinas y trompetas. Ni ya cazaban sólo los caballeros y escuderos, que también nuestras gallardas matronas concurriendo á la diversión, la hacían más agradable y brillante. Seguidas de sus dueñas y doncellas, y bien montadas y afaviadas, penetraban

por la espesura y gozaban del fiero espectáculo sin miedo ni melindre. Lo común era que observasen desde andamios alzados al propósito, las suertes y lances de la caza, sin que fuese raro ver á las más varoniles y arriscadas bajar de sus catafalcos á lanzar los halcones, ó tal vez á mezclarse con su venablo en mano entre los cazadores y las fieras. ¡Tanto podía la educación sobre las costumbres! Y tanto pudiera todavía si encaminada á más altos fines, tratase de igualar los dos sexos, disipando tantas ridículas y dañosas diferencias como hoy los divididen y desigualan.

Estas monterías, que por aparatosas y caras estaban de suyo reservadas á los poderosos, se hicieron al fin exclusivas para su clase, cuando la legislación, ampliando los derechos señoriles, colocó entre ellos el dominio de los montes bravos, y la facultad exclusiva de perseguir las fieras. No era empero tan fácil llevar esta dominación hasta los aires y las aves del cielo, y por eso la caza de cetrería hubo de quedar entre los derechos comunales, y servir al recreo de todos. Tener un halcon y doctrinarle á lanzarse sobre las tímidas aves, y traerlas á la mano, no requería más que ingenio y paciencia, y era dado al más infeliz solariego. Así fué cómo esta diversión se hizo general y ordinaria; cómo se perfeccionó más y más cada día, y cómo al fin formó aquel arte admirable en que brillaba tanto el ingenio de los hombres, como el rapaz instinto de las aves amaestradas por él.

La memoria de una y otra cacería continúa constantemente por nuestras crónicas hasta dar en los siglos cultos. En el XV estaban aún entrambas en toda su fuerza; pero vínoles al fin su hado, y cayeron entrambas en olvido, cuando de una parte la extensión del cultivo y los reglamentos de montes acabaron con los bosques y las fieras; y de otra, cuando la perfección de las armas de fuego hizo tan inútiles los alanos y los halcones, como las ballestas y catapultas.

(Madrid, Mellado, 1845.)



II. Poetas

Jorge Pitillas (m. 1792)

Sátira

...Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares
Ten los recelos por impertinencias.
Y excusemos de dares y tomares,
Que el hablar claro siempre fué mi maña
Y me como tras ellos los pulgares.
Conozco que el fingir me aflige y daña,
Y así á lo blanco siempre llamé blanco
Y á *Mañer* le llamé siempre alimaña.
No por eso mi genio, liso y franco,
Se empleará tan sólo en la censura
Del escrito que creo cojo ó manco.
Con igual gusto, con igual lisura,
Dará elogios, humilde y respetoso,
Al que goza en el mundo digna altura;
Que no soy tan mohino y escabroso
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.
Pero ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jové ama
Y en quien mi saña crítica se frustre!
Ya ves cuán impetuosa se derrama
La turbamulta de escritores memos
Que escriben á la hambre, y no á la fama.
Y así no extrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañado que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.
La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso
Me deje dominar de la irascible.

Días ha que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso,
Si tú, en tus cobardías siempre fijo,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.
De aquí adelante pienso desquitarme;
Tengo de hablar, y caiga el que cayere,
En vano es detenerme y predicarme.
Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere,
Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
La furia que me impele y que me ciega
Es la que el desempeño más señala;
Que aunque es mi musa principianta y lega
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignación me hará hacer versos.

(Diar. de los Lit. de Esp.— Madrid, Imp. Real, 1742.)

Nicolás Fernández de Moratín

(1737-1780)

Las naves de Cortés destruídas

Cortés, el gran Cortés..... ¡Divina Clío!
tu alto influjo mi espíritu levante.
¿Quién jamás tuvo objeto como el mío
ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
se presenta á su ejército delante!
¡Oh qué valor ostenta y qué nobleza!
¡Y cuánta heroicidad y gentileza!

Deslumbra la finísima celada

cual fúlgido cristal resplandeciente,
con plumajes y airón empenachada,
que el céfiro halagaba mansamente;
banda le cruza el pecho recamada,
con oro y perlas de la mar de Oriente;
pende la espada á la siniestra parte,
ministra de las cóleras de Marte.

La gruesa lanza, estriada y rebutida
de barras de metal lleva en la cuja,
y un pendoncillo ó banderilla asida,
que bordó con primor sutil aguja;
y al impulso y veloz arremetida,
hace corriendo que al blandirse cruja,
cuando con duro y resonante callo
embiste el hermosísimo caballo.

El soberbio animal la crin extiende,
como quien sabe el dueño que pasea;
con agudo relincho el aire enciende
é indómito y ufano se pompea.
En cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende
por los fértiles campos que rodea,
animal no se vió de igual figura,
ni en tal ferocidad tanta hermosura.

Cortés recorre así los escuadrones
con pronta vista y plácido semblante,
siendo por ademán y por acciones
á cosa más que humana semejante;
y exclama: «¡Oh valerosos campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
á decir tanta hazaña celebrada
que el esfuerzo acabó de vuestra espada?.....»

Pero ya viendo sus esfuerzos vanos,
arremetió el caballo poderoso,
que alza menuda arena con las manos
al raudo movimiento impetuoso;
y dice: «Auxilios débiles, humanos,
no den favor al corazón medroso;

ó venza ó muera: su única esperanza
caiga deshecha al tiro de mi lanza.»
Y alta la diestra atrás con gallardía,
en los estribos todo el cuerpo alzando,
fulmina el fresno: rápida crugía
la banderilla y silba rehilando;
y á la nao capitana, á quien mecía
crespa mareta, llega atravesando
la banda de estribor, y al golpe duro
el eco repitió su centro oscuro.
A pique va sin tempestad la armada,
porque los españoles animados
de honor, en diligencia acelerada
arden, rompen, los buques ancorados.
Terror infunde, la visera alzada,
el invicto adalid, y á los soldados
que más en el motín mostraron brío
hace dar al través con su navío.

La Diana

Hubo algún tiempo en los remotos años
del mundo infancia, en que la dura tierra
no le causaba al hombre algunos daños,
ni con zarzas y abrojos hizo guerra;
y sin cultivo, pródiga y esclava,
los frutos de sus árboles le daba.
Todo era paz: aun no nacido habían
á turbar la quietud los monstruos fieros
de ambición y política; escondían
los montes no labrados los aceros,
y aquel siglo, inocente con decoro,
(por no le conocer) se llamó *de Oro*.
Retozó con los tiernos recentales
el lobo carnicero, y humillados
amaban los más fieros animales
ser con humanas palmas halagados,

y en la ley natural que allí observaban,
los hombres y los brutos descansaban.
Mas corrompiendo la malicia humana
la sencillez y cándida inocencia,
naturaleza se mostró tirana,
que así lo quiso eterna Providencia.
Huyeron de la mano audaz los frutos,
bramaron rebelándose los brutos.
Y el hombre miserable, condenado
á ganar con sudores el sustento,
la primer vez rompió con tosco arado
de la gran madre el rostro macilento,
encerrando en su seno las semillas,
que luego son garzotas amarillas.
Pero impaciente el hambre porfiada
de la tardanza, aun antes que él arase,
le dió principios de la caza osada,
en que con prontitud se remediase,
y fué la primer arte que él procura,
antes que la robusta agricultura.
Los ramos de las selvas desgajados
fueron primeras armas, los crecidos
peñascos de la cumbre derribados,
los garrotes volteando despedidos,
perniquebraron cabras y corderos,
y alguna vez los corzos más ligeros.
Poco después las hondas baleares,
con guijarros, que salen al chasquido,
llevaron á los vientos y á los mares
la muerte al pez y al pájaro del nido,
hasta que al fin Lamech, en feliz día,
diestro facilitó la cacería.

(Barcelona, Viuda de Roca, 1821.)



José Iglesias de la Casa (1753-1791)

Anacreónica

¿Quién es aquella ninfa
Que por esos jardines
Viene, dando á las flores
Mil cándidos matices;
De púrpura vestida,
Con lazos carmesíes,
Que el aire y gentileza
Del bello dueño dicen;
Ceñidas sus garzotas
De rosas y alelíes,
Y de ninfas cercada
Que obedientes la sirven?
Sin duda será Venus,
La gran deidad de Chipre.
Pues no zagal, no es ella;
Que es mi pastora Nise.

(Salamanca, Francisco de Toxar, 1793.)

Juan Meléndez Valdés (1754-1817)

De la nieve

Dame, Dorila, el vaso,
Lleno de dulce vino,
Que sólo en ver la nieve
Temblando estoy de frío.
Ella en sueltos vellones

Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De cándidos armiños.

¡Oh! ¡cómo el verla agrada
De esta choza al abrigo,
Deshecha en copos leves
Bajar con lento giro!

Los árboles del peso
Se inclinan oprimidos,
Y alcorza delicada
Parecen en el brillo.

Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo;

Mientras el arroyuelo,
Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso
Se burla de los grillos.

Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos,
Y triste no distingue
Su campo del vecino.

Las aves enmudecen
Medrosas en el nido,
O buscan de los hombres
El mal seguro asilo;

Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demanda su sustento
Cerrado en el aprisco.

Pero la nieve crece,
Y en denso torbellino
La agita con sus soplos
El aquilón maligno.

Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos

Burlemos sus rigores
Con tiernos regocijos.
Bebamos y cantemos:
Que ya el abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

(Valladolid, V. de Santander, 1797).

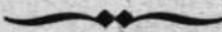
De una acusación fiscal por robo sacrílego

Yo sé bién los diversos grados que admite, como todos, este delito del sacrilegio: que es otra cosa el atropellamiento deliberado del templo por ultrajar impiamente al Señor que le habita, que la acción que se comete en él con distinto propósito; otra la profanación y otra la irreverencia; otra el robo de una cosa consagrada, un vaso, un ara, un cáliz, que el de la joya ó presea que no lo está; porque la consagración, ó lo que es lo mismo, la adscripción y señalamiento de la cosa al altar, tiene entre los cristianos sus ceremonias y bendiciones religiosas, y es para nosotros como una adjudicación particular que hacemos al Señor del vaso que se le consagra, un dominio que le cedemos, si puedo usar de este lenguaje, y un título especial que le damos sobre él. Criminalistas sin embargo ha habido que no estimando en nada estos clarísimos principios, inflamados de un celo poco ilustrado, obstinados sectarios de la ciega opinión, y apoyados en la ley de Partida, han querido hacer, confundiéndolo todo, de acciones que no lo eran, deliberados sacrilegios. Este desgraciado delincuente no quiso por cierto, lo confieso, ultrajar irreligioso el templo de la madre de Dios, sino sólo robarlo; hubiera mejor tomado las alhajas de casa de sus antiguos dueños que del lugar Santo en que se hallaban; mejor de las paredes de la iglesia que de la sacra imagen, y mejor su valor que no ellas mismas. Por esto, á pesar de la ley que dejo ya citada, y venerándola cual debo, pero subiendo el pensamiento á la oscuridad del siglo en que se

concibió, no clamaré yo mucho sobre su sacrilegio. Es un ladrón que roba del templo lo que no puede asaltar en otra parte; un ladrón que roba unas preseas, que acaso por tan ricas no debieron estar donde se hallaban; un ladrón, en fin, que en su odioso atentado no tuvo otro móvil que el sórdido interés ni otra idea que la de enriquecerse acaso para vicios y disipaciones. Y si opiniones ó sofismas de la pasada edad, no bien meditados por los tratadistas y pragmáticos, pintaron hasta aquí más horrorosa que ella es en sí misma esta acción criminal, la ilustración presente, apoyada en las mayores luces de la moral legislativa, y la razón más ejercitada y sobre más seguros principios, deben ya, sobreponiéndose al error, colocarla en el justo lugar que le compete, sin encubrir ó disculpar en nada, ni menos encarecer sin fruto su odiosa gravedad.

Mas si por este lado, y el de haber consumado su delito sin foradamiento ni violencia, ni asaltar ó romper puerta ó pared, á escondidas y encubiertamente, como dice la ley de Partida, tiene alguna esperanza este infeliz de salvar del suplicio su miserable vida, no la puede tener, ni hallará camino á la piedad, como autor de un robo en el seguro de la corte y de cosa de tan alto valor. Esto, bien lo sabe V. E., y yo lo pronuncio estremeciéndome, tiene irresistiblemente sobre sí la pena capital, por los célebres autos acordados 19 y 21 del tít. 11 lib. 8.º de la Recopilación.

(Madrid, Imp. Nacional, 1821).



Félix María Samaniego (1745-1801)

El Lobo y la Oveja

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido y arrastrado

Fué de sus enemigos cruelmente;
 Quedó con vida milagrosamente,
 Mas inválido al fin y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia,
 El hambre al mismo paso le afligía;
 Pero como cazar aun no podía,
 Con las hierbas hacía penitencia.

Una Oveja pasaba, y él le dice:
 —Amiga, ven acá, llega al momento;
 Enfermo estoy y muero de sediento:
 Socorre con el agua á este infelice.—

—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
 Le responde la Oveja recelosa;
 Dime, pues, una cosa:
 ¿Sin duda que será para enjuagarte,

Limpia bien el garguero,
 Abrir el apetito
 Y tragarme después como á un pollito?
 Anda, que te conozco, marrullero.—
 Así dijo, y se fué; sino, la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

(Valencia, Monfort, 1781.)



Vicente García de la Huerta

(1734-1787)

La Raquel

De la jornada tercera

RAQUEL

¡Oh mujer desdichada! A cada paso
 el corazón desmaya, el pie tropieza.
 ¡Oh peligro! ¡oh dolor! De mil espadas
 huyendo vengo; ni en la fuga acierta

¿A una mujer acometéis armados?
 ¿El hecho, la ocasión no os avergüenza?
 ¿Será blasón, cuando el alarbe ocupa
 con descrédito vuestro las fronteras,
 convertir los aceros á la muerte
 de una flaca mujer, que vive apenas?
 ¿Qué causa á tal maldad os precipita?
 ¿Qué crueldad, qué rigor, qué furia es esta?

ALVAR FAÑEZ El hábito, Raquel, de hacer tu gusto,
 y tu misma maldad, hacen no veas
 las causas, los principios de este enojo.
 Bien lo sabes, Raquel, bien lo penetras,
 y bien tu disimulo nos confirma
 la justicia y razón que nos alienta.

RAQUEL ¿Pues mi delito es más que ser amada
 de Alfonso? ¿Que pagar yo su fineza?
 ¿En cuál de estas dos cosas os ofendo?
 ¿Está en mi arbitrio hacer que no me quiera?
 Si el celo, si la fuerza de los astros
 le inclinan á mi amor, ¿en su influencia
 debo culpada ser? ¿Puede el humano
 albedrío mandar en las estrellas?
 Mas ya sé que diréis que mi delito
 es el corresponderle. Cuando intenta
 la malicia triunfar, ¡oh cómo abulta
 frívolas causas, vanas apariencias!
 ¿Puedo dejar de amarle, siendo amada?
 Si un Rey con sólo su precepto fuerza,
 á su imperio juntando las caricias,
 su amor, su halago, las heroicas prendas
 que le hacen adorable, ¿bastaría
 algún esfuerzo á hacerle resistencia?
 Juzgad con más acuerdo, castellanos:
 ved que el enojo la razón os ciega;
 emitid esta causa á más examen;
 atended.

ALVAR FAÑEZ Ya está dada la sentencia.

RAQUEL Mirad que es la pasión quien la fulmina.



ALVAR FAÑEZ No, tirana; tu culpa te condena.
 RAQUEL ¿Que en fin he de morir? Aqueste llanto...
 ALVAR FAÑEZ No nos mueve, Raquel; no tiene fuerza.
 RAQUEL ¿Lo negro de la acción no os horroriza?
 ALVAR FAÑEZ Si de la patria el bien se cifra en ella,
 timbre la juzgarán, y si de Alfonso
 el honor restauramos, es proeza.

(Madrid, Sancha, 1778.)

D. Ramón de la Cruz (1731-1794)

El muñuelo

Escena VI

Zaque, Mudo y Pizpierno

ZAQUE Y MUDO Sea para bien, Pizpierno.

PIZPIERNO ¿Mudo? ¿Zaque?

Mis ilustres antiguos camaradas,
 dadme muchos abrazos, y decidme
 cómo va de salud, bolsillo y majas.

MUDO (*Con desdén.*) Yo así, así.

ZAQUE Yo tan gordo como siempre.

PIZPIERNO ¿Y cómo va el oficio?

ZAQUE No se gana
 para fumar. Tú sí que vienes güeno.

PIZPIERNO No hay en el mundo tierra más templada
 que el Africa.

ZAQUE ¿Y el pan?

PIZPIERNO Güeno, aunque pteo,
 que allí está en todo su vigor la tasa.

ZAQUE ¿Y Roñas?

PIZPIERNO Entre tanto que yo vengo
 á darle dos abrazos á mi hermana,
 ha ido á ver á la suya y prevenirla
 de que luego iré yo á congratularla

y á que me congratule, mientras tanto
que los trenes de boda se preparan.

MUDO

¡Oh golpe de fortuna!

PIZPIERNO

Amigo Mudo,

¿qué espamientos son esos?

ZAQUE

Calla, calla:

y no sea correo tu semblante
de tal noticia.

PIZPIERNO

¿Qué noticia?

ZAQUE

¡Mala!

No, no me la preguntes. Me atraganto...
Me da hipo de sólo imaginarla.

PIZPIERNO

¿Por qué tú te estremeces, y á este otro
el cuerpo se le encoge y se le alarga
dende que aquí me vió? ¿Estoy acaso
sentenciado á segundas caravanas?
Hablad claro.

MUDO

¡Ojalá!

ZAQUE

¡Menos mal fuera!

PIZPIERNO

¿Pero qué es ello?

ZAQUE

¡Es cosa muy amarga

dar un amigo á otro un trabucazo!

PIZPIERNO

Peor es darle una purga que no alcanza
para hacer el efecto que es corriente,
y le corrompe á un hombre las entrañas.
Dilo.

ZAQUE

Es contra tu honor.

PIZPIERNO

Eso es lo menos.

ZAQUE

Que...

PIZPIERNO

Dí.

ZAQUE

A tu novia encuentras azotada.

PIZPIERNO

¿A la señora Pepa?

MUDO

A la señora

Pepa, tu dulce esposa idolatrada.

PIZPIERNO

¿Y cómo?

ZAQUE

Con la mano.

PIZPIERNO

¿Y dónde?

ZAQUE

¡Harto,

harto te he dicho ya; rúmialo y basta!

- PIZPIERNO ¿Y quién fué la infelice criatura,
 ¡hecho veneno estoy! que puso osada
 la fuerte mano sobre cosa mía?
 MUDO ¡Según dijo la novia, no es muy blanda!

(Madrid, Yenes, 1843.)

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828)

La Comedia Nueva

Acto I, escena III

- D. PEDRO No, por Dios: no lo lea usted.
 D. ELEUTERIO Es que es uno de los pedazos más terribles
 de la comedia.
 D. PEDRO Con todo eso.
 D. ELEUTERIO Lleno de fuego.
 D. PEDRO Ya.
 D. ELEUTERIO Buena versificación.
 D. PEDRO No importa.
 D. ELEUTERIO Que alborotará en el teatro si la dama lo
 esfuerza.
 D. PEDRO Hombre, si he dicho ya que...
 D. ANTONIO Pero á lo menos, el final del acto segundo
 es menester oírle.

(*Lee D. Antonio, y al acabar da la comedia á D. Eleuterio.*)

- EMP. Y en tanto que mis recelos...
 VISIR. Y mientras mis esperanzas...
 SENESC. Y hasta que mis enemigos...
 EMP. Averiguo.
 VISIR. Logre.
 SENESC. Caigan.
 EMP. Rencores, dadme favor.
 VISIR. No me dejes, tolerancia.
 SENESC. Denuedo, asiste á mi brazo.
 TODOS. Para que admire la patria
 El más generoso ardid
 Y la más tremenda hazaña.

- D. PEDRO Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto
 disparate.

(*Se levanta impaciente, en ademán de irse.*)

D. ELEUTERIO ¿Disparate los llama usted?

D. PEDRO ¿Pues no?

(*Don Antonio observa á D. Eleuterio y á D. Pedro, y se rie de entrambos.*)

D. ELEUTERIO ¡Vaya que es también demasiado! ¡Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia. Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiarse.

D. PEDRO ¿Y esto se representa en una nación culta?

D. ELEUTERIO ¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!

D. PEDRO ¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO ¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPI No haga usted caso.

D. ELEUTERIO (*Hablando con Pipi hasta el fin de la escena.*) Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú, si la conclusión puede ser más natural, ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPI ¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO Pues como digo: el visir está loco de amores por ella: el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de

quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa más natural.

(Lee D. Eleuterio, lo suspende, y se guarda la comedia).

Y en tanto que mis recelos...

Y mientras mis esperanzas...

Y hasta que mis...

¡Oh! señor Hermógenes: á qué buena ocasión llega usted.

(Sale D. Hermógenes por la puerta del foro).

Elegías á las Musas

Esta corona, adorno de mi frente,
 Esta sonante lira y flautas de oro
 Y máscaras alegres, que algun día
 Me dísteis, sacras Musas, de mis manos
 Trémulas recibid, y el canto acabe,
 Que fuera osado intento repetirle.
 He visto ya cómo la edad ligera,
 Apresurando á no volver las horas,
 Robó con ellas su vigor al numen.
 Sé que negáis vuestro favor divino
 A la cansada senectud, y en vano
 Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
 Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
 No me neguéis que os agradezca humilde
 Los bienes que os debí. Si pude un día,
 No indigno sucesor de nombre ilustre,
 Dilatarle famoso, á vos fué dado
 Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
 Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
 Á prestarme constancia en los afanes
 Que turbaron mi paz, cuando insolente
 Vano saber, enconos y venganzas,
 Codicia y ambición, la patria mía
 Abandonaron á civil discordia.

Yo ví del polvo levantarse audaces,
A dominar y perecer, tiranos:
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Ví las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desorden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.

¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad: bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz: la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos:
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No más trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Sólo en región extraña el oprimido
Ánimo hallar, dulce descanso y vida.

Breve será; que ya la tumba aguarda
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno

El rigor de los hados, y reservan
 A mi patria infeliz mayor ventura,
 Dénsela presto, y mi postrer suspiro
 Será por ella... Prevenid en tanto
 Flébiles tonos, enlazad coronas
 De ciprés funeral, Musas celestes;
 Y donde á las del mar sus aguas mezcla
 El Garona opulento, en silencioso
 Bosque de lauros y menudos mirtos,
 Ocultad entre flores mis cenizas.

(Ed. de la R. A. de la H.—Madrid, 1830-31.)

Quarta época: Siglo XIX

I. Poetas líricos y épicos

Manuel José Quintana (1772-1857)

Al combate de Trafalgar

No da con fácil mano
 El destino á los héroes y naciones
 Gloria y poder. La triunfadora Roma,
 Aquella á cuyo imperio
 Se rindió en silenciosa servidumbre,
 Obediente y postrado un hemisferio,
 ¡Cuántas veces gimió rota y vencida
 Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
 Vedla ante Anibal sostenerse apenas;
 Sangre itálica inunda las arenas
 Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;
 Y las madres romanas,
 Como infausto cometa y espantoso,
 Ven acercarse al vencedor de Canas.

¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacia el solio
Que Dido fundó un tiempo, sacudía
La nube que amagaba al Capitolio?
¿Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
de la fortuna, y manda la victoria:
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gades contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndense allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí; nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos
Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno:
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos osan surcar el Oceano?
Acordaos de Abukir: sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo; y tiende la vela; ellos le siguen

Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros;
Esos los que á perpetua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía,
Esos... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa espectación; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de Africa resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar: menos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan:
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,

Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,
Miró invencible al pabellón de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fía
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla en desigual pelea,
De popa á proa; en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento
Que recibe la muerte, así la envía.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastara
Las ínclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entonces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento, en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Moyua, intrépidos perecen.
Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa... ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
A los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cícladas lo están; viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas

Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
 ¡Ah! ¡Vivierais los dos! Y en vez de llanto.
 Del dolorido canto
 Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
 Pudiera yo contraponer el pecho
 Al golpe atroz y recibir la herida:
 Diera á la patria así mi inútil vida.
 ¡Y vivierais los dos! Y ella orgullosa
 Con vuestra luz y espíritu valiente,
 Al arduo porvenir hiciera frente,
 De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
 Generoso escuadrón, allí caiste;
 También brotando á ríos
 La sangre inglesa inunda sus navíos;
 También Albión pasmada
 Los montes de cadáveres contempla,
 Horrendo paso á su soberbia armada;
 También Nelson allí... Terrible sombra,
 No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
 Que vil insulte á tu postrer suspiro:
 Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
 ¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
 De las naves cautivas
 El confuso tropel, y ya en idea
 Goza el aplauso y los sonoros vivas
 Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
 Sólo le verá entrar pálido y yerto:
 Ejemplo grande á la arrogancia humana,
 Digno holocausto á la aflicción hispana.

Así el furor de Marte
 Impele el brazo de la parca y siega
 Vidas sin fin. Lanzado por la rabia
 Cunde el fuego voraz, las tablas arden,
 Un volcán encendido
 Es cada buque, por los aires vagos
 Se alza y retumba el hórrido estallido,
 Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?

Sí; que el cielo, ominoso á tal porfía,
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la armazón, el Oceano
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡Ah! pereciese yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto

Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellón ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Lauria y Tovar se vían,
Avilés y Bazán, que saludando
A los héroes de Hesperia que morían,
«Venid entre nosotros, les decían,
Venid entre los bravos que imitasteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
España, concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta á nuevas lides.
Volved la vista á la ciudad de Alcides:
Gravina, Escaño, y Alava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme coluna,
Dulce esperanza á nuestro patrio suelo:
Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

(Madrid, Rivadeneyra, 1852.)



Francisco Martínez de la Rosa (1788-1862)

La mansión del Amor

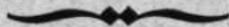
Red en los árboles veo;
Liga en la yerba sentí...
O me engaña mi deseo,
O el Amor se hospeda aquí.
¿Quién ha mecido estas flores?
¿Quién ha libado su miel?
Es un enjambre de Amores,
Que revuela en el vergel.
En medio va mi zagala,
Y á porfía la enamoran;
Venus misma no la iguala,
Y ellos cual madre la adoran.
Entonan himnos suaves,
Y al mirarla se embelesan;
Y les responden las aves,
Y con los picos se besan.
La vid al álamo enlaza,
Y hasta su copa se eleva;
Al olmo la yedra abraza;
El aura semillas lleva.
No hay flor que no ame á otra flor;
No hay ser que el amor no inflame:
No hay ave que á otra no llame
Al dulce nido de amor.
Al amor todo convida;
Amor da al hombre consuelo;
Amor al mundo da vida;
Aman la tierra y el cielo.
¿Quién da á la Aurora
Luz y rocío,

Galas á Flora,
 Mies al estío,
 Y al bosque umbrío
 Pompa y verdor?...
 Sólo el Amor.

Y por los huecos
 Vuelven los ecos:
Amor!... Amor!
 ¿Quién el sustento
 Conduce al nido?
 ¿Quién puebla el viento
 A el mar tendido?
 ¿Al firmamento
 Quién da esplendor?...
 Sólo el amor.

Y Venus bella
 Desde su estrella
 Repite: *Amor!*

(Poesías.—Madrid, Jordán, 1833).



D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas (1791-1865)

Una antigualla de Sevilla

Romance primero. El candil

Más ha de quientos años,
 En una torcida calle
 Que de Sevilla en el centro,
 Da paso á otras principales,
 Cerca de la media noche,
 Cuando la ciudad más grande

Es de un grande cementerio
En silencio y paz imagen,
De dos desnudas espadas
Que trababan un combate
Turbó el repentino encuentro
Las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
Sonó por breves instantes,
Lanzando azules centellas,
Meteoro de desastres.

Y al gemido: «¡Dios me valga!
¡Muerto soy!», y al golpe grave
De un cuerpo que á tierra vino,
El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
De un pobre casuco abren;
Y de tendones y huesos,
Sin jugo, como sin carne,
Una mano y brazo asoman,
Que sostienen por el aire
Un candil, cuyos destellos
Dan luz súbita á la calle.

En pos un rostro aparece
De gomia ó bruja espantable,
A que otra marchita mano
O cubre ó da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte,
Que salía á apoderarse
De aquella víctima humana
Que acababan de inmolarle;
O de la eterna justicia,
De cuyas miradas nadie
Consigue ocultar un crimen,
El testigo formidable.

Pues á la llama mezquina,
Con el ambiente ondeante
Que dando luz roja al muro,

Dibujaba desiguales

Los tejados y azoteas
Sobre el oscuro celaje,
Dando fantásticas formas
A esquinas y boca-calles,
Se vió en medio del arroyo,
Cubierto de lodo y sangre,
El negro bulto tendido
De un traspasado cadáver.

Y de pie, á su frente, un hombre
Vestido negro ropaje,
Con una espada en la mano,
Roja hasta los gavilanes.

El cual, en el mismo punto
Sorprendido de encontrarse
Bañado de luz, esconde
La faz en su embozo, y parte;
Aunque no como el culpado
Que se fuga por salvarse,
Sino como el que inocente
Mueve tranquilo el pie y grave.

Al andar, sus choquezuélas
Formaban ruido notable,
Como el que forman los dados
Al confundirse y mezclarse;

Rumor de poca importancia
En la escena lamentable,
Mas de tan mágico efecto
Y de un influjo tan grande

En la vieja, que asomaba
El rostro y luz á la calle,
Que cual si oyera el silbido
De venenosa ceraste,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso aullido;
«¡Virgen de los Reyes, valmel!»

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce;
Y cerrando la ventana
De un golpe que la deshace,
 Bajo su mísero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta
Que apenas sus pulsos laten.
 Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus días miserables;
 Y hubiera dado los días
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,
 Los encantos de la cuna,
Y... en fin, hasta lo que nadie
Enajena, la esperanza,
Bien solo de los mortales:
 Pues lo que ha visto la abruma
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas que son peligros
Y aciertos que muerte valen.

Romance segundo. El Juez

Las cuatro esferas doradas
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros,
Con resaltos y letreros,
 De la torre de Sevilla
Eran remate soberbio,
Do el gallardo Giraldillo
Hoy marca el mudable viento,
 (Esferas que, pocos años
Después, derrumbó en el suelo
Un terremoto), brillaban

Del sol matutino al fuego,
 Cuando en una sala estrecha
Del antiguo alcázar regio,
Que entonces reedificaban
Tal cual hoy mismo le vemos,
 En un sillón de respaldo
Sentado está el rey don Pedro,
Joven de gallardo talle,
Mas de semblante severo.

 A reverente distancia,
Una rodilla en el suelo,
Vestido de negra toga,
Blanca barba, albo cabello,
 Y con la vara de alcalde
Rendida al poder supremo,
Martín Fernández Cerón
Era emblema del respeto.

 Y estas palabras de entrambos
Recogió el dorado techo,
Y la tradición guardólas
Para que hoy suenen de nuevo.

R.—¿Conque en medio de Sevilla
Amaneció un hombre muerto,
Y no venís á decirme
Que está ya el matador preso?

A.—Señor, desde antes del alba,
En que el cadáver sangriento
Recogí, varias pesquisas
Inútilmente se han hecho.

R.—Más pronta justicia, alcalde,
Ha de haber donde yo reino,
Y á sus vigilantes ojos
Nada ha de estar encubierto.

A.—Tal vez, señor, los judíos,
Tal vez, los moros, sospecho...

R.—¿Y os vais tras de las sospechas,
Cuando hay un testigo, y bueno?

 ¿No me habéis, alcalde, dicho,

Que un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver?... Basta,
Que el candil os diga el reo.

A.—Un candil no tiene lengua.

R.—Pero tiénela su dueño,
Y á moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento.

Y ¡vive Dios! que esta noche
Ha de estar en aquel puesto,
O vuestra cabeza, alcalde,
O la cabeza del reo.

El rey, temblando de ira,
Del sillón se alzó de presto,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando también de miedo.

Y haciendo una reverencia,
Y otra después, y otra luego,
Salióse, á ahorcar á Sevilla
Para salvarse, resuelto.

Síguele el rey con los ojos,
Que estuvieran en su puesto
De un basilisco en la frente,
Según eran de siniestros;

Y de satánica risa
Dando la expresión al gesto,
Salió detrás del alcalde
A pasos largos y lentos...

Romance tercero. La Cabeza.

Al tiempo que en el ocaso
Su eterna llama sepulta
El sol, y tierras y cielos,
Con negras sombras se enlutan,
De la cárcel de Sevilla
En una bóveda oscura,

Que una lámpara de cobre
Más bien asombra que alumbra,
Pasaba una extraña escena,
De aquellas que nos angustian
Si en horrenda pesadilla
El sueño nos las dibuja;

Pues no semejaba cosa
De este mundo, aunque se usan
En él cosas harto horrendas,
De que he presenciado muchas,
Sino cosa del infierno,
Funesta y maligna junta
De espectros y de vampiros,
Festín horrible de furias.

En un sillón, sobre gradas,
Se ve en negras vestiduras
Al buen alcalde Cerón,
Ceño grave, faz adusta.

A su lado, en un bufete,
Que más parece una tumba,
Prepara un viejo notario
Sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio,
De tablas con sangre sucias
Se ve un lecho, y sus cortinas
Son cuerdas, garfios, garruchas.

En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina,
Pues solamente se escucha
El chispeo de la llama
En la lámpara que ahuma

La bóveda, y de los hierros
Que los verdugos rebuscan,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo: «Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura.»
Se abrió al instante una puerta
Por la que sale confusa
Algazara, ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones,
Esbirros y vil gentuza,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura,

Una vieja miserable,
De ropa y carne desnuda,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura;

Pues sólo se ve que vive
Porque flacamente lucha
Con desmayados esfuerzos,
Porque gime y porque suda.

Arrástranla los sayones;
La confortan y la ayudan
Dos religiosos franciscos
Caladas sendas capuchas;

Y la algazara y estruendo,
Con que satánica turba
Lleva un precito á las llamas,
Por la bóveda retumba.

Un negro bulto en silencio
También entra en la confusa
Escena, sin ser notado
Tras de un pilarón se oculta...

«Mujer, prorrumpe Cerón,
Mujer, si vivir procuras,
Declárame cuanto viste,
Y te dará Dios ayuda.»

«Nada vi, nada, responde
La infeliz; por Santa Justa
Juro que estaba durmiendo;
Ni ví, ni oí cosa alguna.»

Replicó el juez: «Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras.»
Y tomando de las manos
Del notario que le ayuda

Un candil: «Mira, prosigue,
Esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle,
Pues confesaste ser tuya.»

La mísera se estremece
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada:
«El demonio fué sin duda.»

Y tras de una breve pausa:
«Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito,
Ni ví, ni oí cosa alguna.»

El juez entonces, de mármol,
Con la vara al lecho apunta,
Ase una cuerda un verdugo
Rechina allá una garrucha,

La mano de la infelice
Se disloca y descoyunta,
Y al chasquido de los huesos
Un alarido se junta.

«Piedad, que voy á decirlo,»
Grita con voz moribunda
La víctima, y al momento
Suspéndese la tortura.

«Declara», el juez dice, y ella,
Cobrando un vigor que asusta,
Prorrumpe: «El rey fué», y su lengua
En la garganta se anuda.

Juez, escribano, verdugos,
Todos con la faz difunta,

Oyen tal nombre temblando,
Y queda la estancia muda.

En esto, el desconocido
Que tras del pilar se oculta,
Hacia el potro del tormento
El firme paso apresura,

Haciendo sus choquezuelas,
Canillas y coyunturas,
El ruído que los dados
Cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
La infeliz, y se espeluzca,
Y repite: «El rey; sus huesos
Así sonaron, no hay duda.»

Al punto se desemboza
Y la faz descubre adusta,
Y los ojos como brasas,
Aquel personaje, á cuya

Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan,
Pues al rey don Pedro todos
Conocen, y se atribulan.

Este saca de su seno
Una bolsa do relumbran
Cien monedas de oro, y dice:
«Toma y socórrete, bruja.

Has dicho verdad, y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad, es reo de muerte
Y cómplice de la culpa.

Pero pues tú la dijiste,
Ve en paz, el cielo te escuda.
Yo soy, sí, quien mató al hombre,
Mas Dios sólo á mi me juzga.

Pero porque satisfecha
Quede la justicia augusta,
Ya la cabeza del reo

Allí escarmientos pronuncia.»
Y era así; ya colocada
Estaba la imagen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda.
Del Candilejo la calle
Desde entonces se intitula,
Y el busto del rey don Pedro
Aún allí está, y nos asusta.

(Madrid, Lalama, 1841).



José de Espronceda (1808-1842)

Canción del Pirata

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corta el mar, sino vuela,
Un velero vergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.
La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul.
«Navega, velero mío,
Sin temor,

Que ni enemigo navío,
 Ni tormenta, ni bonanza,
 Tu rumbo á torcer alcanza
 Ni á sujetar tu valor.

»Veinte presas
 Hemos hecho
 A despecho
 Del inglés,
 Y han rendido
 Sus pendones
 Cien naciones
 A mis pies.»

*Que es mi barco mi tesoro,
 Que es mi Dios la libertad,
 Mi ley la fuerza y el viento,
 Mi única patria la mar.*

«Allá muevan feroz guerra
 Ciegos reyes
 Por un palmo más de tierra:
 Que yo tengo aquí por mío
 Cuanto abarca el mar bravío,
 A quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
 Sea cualquiera
 Ni bandera
 De esplendor,
 Que no sienta
 Mi derecho,
 Y dé pecho
 A mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de «¡barco viene!»
 Es de ver
 Cómo vira y se previene
 A todo trapo escapar;

Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

«En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro...

¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:
No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

«Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo
Sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor
Aquilones:

El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
Al son violento
Y del viento
Al rebramar,

Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

El Diablo Mundo

CORO DE DEMONIOS

Boguemos, boguemos,
La barca empujad,
Que rompa las nubes,
Que rompa las nieblas,
Los aires, las llamas,
Las densas tinieblas,
Las olas del mar.

Boguemos, crucemos
Del mundo el confín;
Que hoy su triste cárcel quiebran
Libres los diablos en fin,
Y con música y estruendo
Los condenados celebran,
Juntos, cantando y bebiendo,
Un diabólico festín.

EL POETA

¿Qué rumor
Lejos suena,
Que el silencio
En la serena
Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,
Tendido en el escape volador,
O el áspero rugir de hambrienta fiera,
O el silbido tal vez del aquilón,
O el eco ronco del lejano trueno
Que en las hondas cavernas retumbó,
O el mar que amaga con su hinchado seno,
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla
Cubre el cielo,
Y de espíritus
Se puebla
Vagorosos,
Que aquí el viento
Y allí cruzan
Vaporosos
Y sin cuento.
Y aquí tornan,
Y allí giran,
Ya se juntan,
Se retiran,
Ya se ocultan,
Ya aparecen,
Vagan, vuelan,
Pasan, huyen,
Vuelven, crecen,
Disminuyen,
Se evaporan,
Se coloran,
Y entre sombras
Y reflejos
Cerca y lejos,
Ya se pierden,
Ya me evitan
Con temor,
Ya se agitan
Con furor
En aérea danza fantástica
A mi alrededor.

Vano enjambre de vanos fantasmas,
De formas diversas, de vario color,
En cabras y sierpes montados y en cuervos
Y en palos de escobas, con sordo rumor.

Baladros lanzan y aullidos;
Silbos, relinchos, chirridos;
Y en desacordado estrépito
El fantástico escuadrón
Mueve horrenda algarabía,
Con espantosa armonía
Y horrisona confusión.

Del toro ardiente al mugido
Responde en ronco graznar
La malhadada corneja,
Y el agorero cantar
De alguna hechicera vieja;
El gato bufa y maulla,
El lobo erizado aulla,
Ladra furioso el mastín;

Y ruidos, voces y acentos
Mil se mezclan y confunden;
Y pavor y miedo infunden
Los bramidos de los vientos;
Que al mundo amagan su fin
En guerra los elementos.

Relámpago rápido
Del cielo las bóvedas
Con luz rasga cárdena,
Y encima descúbrese
Jinete fantástico,
Quizá el genio indómito
De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor
En bosques, montañas, cavernas, torrentes:
Quizá son del miedo los genios potentes,
Que el cántico entonan de espanto y terror.

José Zorrilla (1817-1893)

A buen Juez mejor testigo

VI

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*,
Por el Cambrón y Visagra,
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcón, Ibán de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega los aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra
Calzadas espuelas de oro,

Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pie delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme,
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.

Éstá el CRISTO de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los pies alzados del suelo
Poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
A otro lado á Inés de Vargas;
Detrás el gobernador,
Con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
La acusación entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
—*Jesús, Hijo de María,*
Ante nos esta mañana
Citado como testigo

Por boca de Inés de Vargas:
¿Juráis ser cierto que un día,
A vuestras divinas plantas,
Juró á Inés Diego Martínez
Por su mujer desposarla?—

Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada,
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires,—¡SÍ JURO!
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imagen santa...
Los labios tenía abiertos
Y una mano desclavada.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y, espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos, temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcón
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se vé.

Margarita la Tornera

III

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras,

Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles,
Desconocidos y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez,
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella,
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
Cuando en el mundo vivía,
Sólo del mundo veía
La calle tras un cancel:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festín;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho,
Tuvieran bajo otro techo,
Más delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aún no habían en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De amor y de vanidad.

¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer
Santuario de la ventura,
Magnífico paraíso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusión,
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellón tranquilo
De reposo, y no da asilo
En él á la *vanidad!*
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Salmodia

II

Mi voz era entonces armónica y suave:
tenía los tonos del canto del ave,

del río y las auras el son musical;
no había en el viento, ni agudo ni grave,
sonido ni acento fugaz de su clave;
ni un ruido nocturno, ni un sol matinal.

Había algo en ella de todos los ecos
que nutren del aire los cóncavos huecos,
y nacen y espiran en él sin cesar;
murmullo de arroyo que va entre espadañas,
de ráfaga errante que zumba entre cañas,
de espuma flotante que hierve en el mar;
sentido lamento de tórtola viuda,
rumor soñoliento de lluvia menuda,
de seca hojarasca de viejo encinar,
de gota que en gruta filtrada gotea,
de esquila del alba de gárrula aldea,
de oculto rebaño que marcha en tropel,
de arrullo de amante perdida paloma,
de brisa sonante cargada de aroma,
de abeja brillante cargada de miel.

Todo esto tenía: flexible, sonora,
mi voz á su antojo podía imitar
cuanto eco que bulle, que canta ó que llora
encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:
y, mansa ó bravía,
mi voz repetía
contento y locuaz;
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,
temblaba,
bullía,

vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava
porfía
tenaz;
mas débil
cedía,
y flébil
gemía
y huía,
y allá, en lejanía,
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía
y en la aura vacía
moría
fugaz.

(*Zorrilla y su coronación.*—Valladolid, 1889.)

Gustavo A. Bécquer (1836-1870)

Rimas

Cuando miro el azul horizonte
perderse á lo lejos,
al través de una gasa de polvo
dorado é inquieto,

me parece posible arrancarme
del mísero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves
cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar, como ardientes
pupilas de fuego,
me parece posible á de brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
en lumbre encendido
fundirme en un beso.

En el mar de la duda en que bogo
ni aún sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro!

Como en un libro abierto
leo de tus pupilas en el fondo;
¿á qué fingir el labio
risas que se desmienten con los ojos?

¡Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco.
¡Llora! Nadie nos mira.

Ya ves; yo soy un hombre... ¡y también lloro!

(Madrid, Fé, 1885.)



Ramón de Campoamor (1817-1901)

De "El tren expreso"

I

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como el mío,
Ya recobrados la quietud y el seso
Volvía de París en tren expreso:
Y cuando estaba ajeno de cuidado
Como un pobre viajero fatigado,
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado,
Al arrancar el tren subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una joven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, á una voz de mando,
Por algún héroe de las artes dada,
Empezó el tren á trepidar andando
Con un trajín de fiera encadenada.
Al dejar la estación, lanzó un gemido
La máquina que libre se veía,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecía
Un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
Aquel tren que corría como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la joven con dulzura:
—¿Sois español?—y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que aun ahora

El recordarlo sólo me embelesa,
 —Soy español,—le dije,—¿y vos, señora?
 —Yo—dijo,—soy francesa.
 —Podéis—la repliqué,—con arrogancia
 La hermosura alabar de vuestro suelo,
 Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
 Un país tan hermoso como el cielo.
 —Verdad que es el país de mis amores
 El país del ingenio y de la guerra;
 Pero en cambio—me dijo,—es vuestra tierra
 La patria del honor y de las flores;
 No os podéis figurar cuánto me extraña
 Que al ver sus resplandores,
 El sol de vuestra España
 No tenga, como el de Asia, adoradores.—
 Y después de halagarnos obsequiosos
 Del patrio amor el puro sentimiento,
 Entrambos nos quedamos silenciosos
 Como heridos de un mismo pensamiento.

(Madrid, Suárez, s. a.)

Las dos grandezas

Dolora

Uno altivo, otro sin ley,
 Así dos hablando están:
 —Yo soy Alejandro el rey.
 —Y yo Diógenes el can.
 —Vengo á hacerte más hourada
 Tu vida de caracol.
 ¿Qué quieres de mí?—Yo, nada,
 Que no me quites el sol.
 —Mi poder...—Es asombroso,
 Pero á mí nada me asombra.
 —Yo puedo hacerte dichoso.
 —Lo sé, no haciéndome sombra.
 —Tendrás riquezas sin tasa,
 Un palacio y un dosel.

- ¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?
—Mantos reales gastarás
De oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?
—Ricos manjares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.
—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?
—Mi poder á cuantos gimen
Va con gloria á socorrer.
—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!
—Toda la tierra, iracundo,
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo
No siendo dueño de tí?
—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.
—Yo impongo á mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?
—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!
—Vivir podré, aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.
—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mutuo agravio,
 Uno altivo, otro implacable,
 —¡Miserable! dice el sabio;
 Y el rey dice—¡Miserable!

(Madrid, Suárez, 1882.)

Humoradas

Aunque tú por modestia no lo creas,
 Las flores en tu sien parecen feas.

Si la codicia de pedir es mucha,
 El hombre reza, pero Dios no escucha.

El amor es un himno permanente
 Que, después que enmudece el que lo canta,
 Otra nueva garganta
 Lo vuelve á repetir eternamente.

Si no quieres tu paz ver alterada,
 Cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

Sé firme en esperar, que de este modo,
 Algo le llega al que lo espera todo.

Háblame más... y más... que tus acentos
 Me saquen de este abismo;
 El día que no salga de mí mismo
 Se me van á comer los pensamientos.

Es mi fe tan cumplida
 Que adoro á Dios, aunque me dió la vida.

No rechaces tus sueños, hija mía;
 Sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

(Madrid, S. de Rivadeneyra, 1888.)



Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881)

Elegía

Debajo de mis balcones
Parábase el saboyano;
Ella, la música oyendo,
Danzaba al sonido mágico,
Y yo de gozo temblaba
Como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
Hoy se paró el saboyano:
Levantar le ví los ojos
Una, dos, tres veces, cuatro...
¡Y una, dos, tres, cuatro veces,
Sin esperanza bajarlos!

No mires á mis balcones;
¿Por qué miras, saboyano,
Si ya no ha de salir ella
A este balcón solitario,
Para echarte la limosna
Benedicida por su labio?....

No mires á mis balcones,
Y si vuelves, saboyano,
La voz del órgano apaga,
Y pase, por Dios, callando,
Pues yo no sé lo que tiene
¡Ay! que no puedo escucharlo.

(*Elegias*, Madrid, Gaspar y Roig, 1862).

Cantares

La guitarra que yo toco
Siente como una persona:
Unas veces, canta y ríe,
Otras veces, gime y llora.

La corriente del río
Tu imagen copia
Que se ríe, se esconde,
Vuelve y se borra.
Yo digo al verla:
¿Si será así la imagen
De su firmeza?

Me quisiste cuando tuve;
Ya no tengo, y me desprecias;
Eres como la campana,
Que si no le dan, no suena.

Llevan á los paseos
Muchas niñas de ahora,
Los vestidos muy largos,
La vergüenza muy corta.

Antes de hacerle la caja
A un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase menos.

Tengo yo un fiel amigo:
Me quiere tanto,
Que el bendito me empuja
Si me resbalo.

De jorobas del cuerpo
Todos se burlan.
¿Quién habrá que en el alma
No lleve alguna?

Las anguilas y la suerte
Se la pegan al más guapo.
Cuando vamos á cogerlas
Se escurren entre las manos.

Gaspar Núñez de Arce (1834-1903)

Del poema "Maruja,"

¿Quién la arrancó á la muerte en aquel día?
Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,
dando voces de horror, entre el destrozo
de su perdido hogar, que engrandecía
aquella soledad agreste y muda,
la pobre niña percibió un sollozo,
ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
de su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento,
haciendo sin cesar esfuerzos vanos
para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
que saltaba la sangre de sus manos,
—¡Madre, madre!—gritaba respondiendo
á la estentórea voz desesperada
que en lenta gradación se iba perdiendo
en el silencio eterno de la nada.
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástrofe entregada
de la lóbrega noche á la pavora,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima?—A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,

y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó á la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
á un tiempo tan patética y sencilla,
lloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba:—¡Diablo de chiquilla!—
limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba á emboscarse en su bigote cano.

De pronto alzó la compasiva dama,
turbando aquel silencio doloroso,
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró á su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuasivo,
—¿Quieres saber—le preguntó—el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego
á la madre de Dios idolatrada?
Pues como el más preciado de los bienes
le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga.—Dijo
empujando á la niña.—¡Aquí le tienes!
Convulso el conde, y con febril anhelo
besándola, exclamó:—¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo.—
¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba á la oración; la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
entre el rumor de la arboleda umbría,

en medio de su calma solitaria,
subiendo al cielo en los alados sonos
del bronce de la iglesia, y confundidos
en la piadosa y mística plegaria
que alza la tierra al extinguirse el día,
como notas de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo:—¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

(Madrid, Hijos Hernández, 1904)

¡Amor!

¡Oh eterno amor, que en tu inmortal carrera
das á los seres vida y movimiento,
con qué entusiasta admiración te siento,
aunque invisible, palpitar doquiera!

Esclava tuya la creación entera,
se estremece y anima con tu aliento,
y es tu grandeza tal, que el pensamiento
te proclamara Dios, si Dios no hubiera.

Los impalpables átomos combinas
con tu soplo magnético y fecundo:
tú creas, tú transformas, tú iluminas,
y en el cielo infinito, en el profundo
mar, en la tierra atónita dominas,
¡amor, eterno amor, alma del mundo!

A Voltaire

Eres ariete formidable: nada
resiste á tú satánica ironía.
Al través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,

- MANRIQUE Sí... ya ha muerto.
(*Descubriendo el rostro pálido de Leonor.*)
- GUILLÉN ¿Quién? ¡Mi hermana!
- MANRIQUE Ya no palpita el corazón, sus ojos
ha cerrado la muerte despiadada.
Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...
(*A don Nuño.*)
¡Sí; tú eres el verdugo! Acaso buscas
una víctima..... ven..... ya preparada
para la muerte está.
- NUÑO Llevadle al punto.
Llevadle, digo, y su cabeza caiga.
(*Varios soldados rodean á Manrique.*)
- MANRIQUE Muy pronto, sí.....
- NUÑO Marchad.....
- MANRIQUE ¡Qué miro! Vamos.....
(*Reparando en Azucena.*)
No le digáis, por Dios, á la cuitada
que va su hijo á morir... ¡Madre infelice,
hasta la tumba, adiós.....! (*Al salir.*)

Escena IX

Los mismos menos Manrique

- AZUCENA (*Incorporándose.*) ¿Quién me llamaba?
El era, él era. ¡Ingrato... se ha marchado
sin llevarme también!
- NUÑO ¡Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.
- AZUCENA ¡El hijo mío!
- NUÑO Ven á verle morir.
- AZUCENA ¿Qué dices? ¡Calla!
¡Morir... morir!... No, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.....
Esperad, esperad.....
- NUÑO Llevadla.
- AZUCENA ¡Conde!

- (*Dándole una palmada en el hombro.*)
buenas noches.
- AGAPITO Poco á poco.
No quiero que me acaricien
de ese modo.
- AMADEO (*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*)
Buenas noches.—
¿A cómo van los anises?
- AGAPITO ¡Eh, que mis hombros no son
de piedra!
- MARTÍN No; son de mimbre;
ya lo sé, pero mi afecto...
- AGAPITO Bueno está que usted me estime;
pero...
- AMADEO Cuidado, que soplan
unos vientos muy sutiles,
¡y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.
- AGAPITO Pero, señores, ¿qué diablos?...
Quiero que ustedes descifren...
- MARTÍN Guárdese usted del sereno.
- AGAPITO Pero aunque yo me constipe
¿qué le importa á nadie?
- MARTÍN Vamos;
el que de esto no se rie
no tiene gusto.
- AGAPITO Señores...
- MARTÍN Oye, para que te admires.
Ese apéndice...
- AGAPITO ¡Qué frases!
No; pues como yo me irrite...
- MARTÍN Quiere casarse.
- AMADEO ¿De veras?
No haga usted caso. Son chistes
de mi primo. ¡Usted casarse!
- AGAPITO Sí, señor. ¿Y quién lo impide?
- MARTÍN Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
- AGAPITO ¡Bueno es que ustedes me priven!

- MARTÍN Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie...
- AMADEO Que nos estorbe...
- AGAPITO Esas cosas
de ningún hombre se exigen;
y primero...
- MARTÍN ¿Conque usted
gallea?
- AMADEO ¿Usted se resiste?
- MARTÍN (*Tirándole de un brazo.*)
Pues véngase usted conmigo.
- AMADEO (*Tirándole del otro.*)
Pues veremos si usted riñe
como habla. Sígame usted.
- AGAPITO Señores, no me desquicien.
- MARTÍN Déjale.—Vamos al campo.
- AMADEO Es inútil que porfies.
Antes lidiará conmigo.
- AGAPITO Pero entre Escila y Caribdis,
¿qué hago yo?
- MARTÍN Suéltale.
- AMADEO Aparta.
- AGAPITO ¡Por piedad, no me asesinen
ustedes!
- MARTÍN ¡Al campo!
- AMADEO ¡Al campo!
- AGAPITO ¿Quién me socorre? ¡Ah caribes!

(Teatro Clásico Moderno.—Madrid, 1894.)

Juan Eugenio Hartzenbusch (1806-1880)

Los amantes de Teruel

Acto tercero.—Escena XI

- MARTÍN ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...

- MARSILLA ¡Esa tigre anunció la muerte mía!
- MARTÍN ¿Lo sabes?
- MARSILLA De ella.
- MARTÍN ¡Horror! Entonces era cuando Jaime, el sentido recobrando, la traidora noticia desmentía. Corro al templo á saber... Miro, emudezco... ¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste... Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan padres que lloren tu destino triste.
- MARSILLA El ajeno dolor no quita el mío. ¿Con qué llenais el hórrido vacío que el alma siente, de su bien privada? ¡Padre! sin Isabel, para Marsilla no hay en el mundo nada. Por eso en mi doliente desvarío sed bárbara de sangre me devora. Verterla á ríos para hartarme quiero, y cuando más que derramar no tenga, la de mis venas soltará mi acero.
- MARTÍN Hijo, modera ese furor.
- MARSILLA ¿Quién osa hijo llamarme ya! ¡Fuera ese nombre! La desventura quiebra los vínculos del hombre con el hombre, y con la vida y la virtud. Ahora, que tiemble mi rival, tiemble la mora. Breve será mi victorioso alarde: para acabar con ambos aun no es tarde.
- MARTÍN ¡Desgraciado! ¿Qué intentas?
- MARSILLA Con el crimen el crimen castigar. Una serpiente se me enreda á los pies; mi pie destroce su garganta infernal. Un enemigo me aparta de Isabel: desaparezca.
- MARTÍN Hijo...
- MARSILLA Perecerá
- MARTÍN No.

que no te inquietan, ¿verdad?
 ¿Por qué se aparta de mí
 tu madre, y llora y se esconde?

(Consuelo baja la vista)

Pero mírame y responde:
 mírame. ¿Qué pasa aquí?

CONSUELO Ya te dije que en tu ausencia
 nos dijeron...

FERNANDO ¡Evidentes
 calumnias!

CONSUELO Siento...

FERNANDO ¿Qué sientes?

¿La calumnia ó mi inocencia?

(Pausa)

No hay duda; quisieras hoy
 que yo fuese, ¡oh, qué señal
 tan aciaga! un criminal,
 un monstruo. No, no lo soy.
 Es el único favor

que en vano me habrás pedido,
 Consuelo. Si me has vendido,
 vendes á un hombre de honor.
 ¿Pues tú 'lo ignoras?... Corrí
 para calmar tus crueles
 celos. ¡Necio! Estos papeles
 se están mofando de mí.

(Los arroja)

CONSUELO Teu calma, Fernando.

FERNANDO ¡Ea!

¡Basta ya de falsedad!
 ¡Venga, venga la verdad
 por más horrible que sea!

(Entra Rita y coloca sobre la mesa un sombrero y algún adorno de la señorita)

CONSUELO A la voz que te acusaba
 se unió el silencio funesto
 que tú...

- FERNANDO Bien; da por supuesto mi crimen.
- ¿Qué has hecho? Acaba.
- CONSUELO Yo... yo pensé que tenía libertad, y la he ejercido. Ya es necesario el olvido: ya mi voluntad no es mía.
- (Maquinalmente)
- FERNANDO ¿El olvido es necesario?
- CONSUELO Sí, Fernando.
- RITA (¡Qué serena!
¡Y se desmayó de pena cuando se murió el canario!)
- CONSUELO Yo siento dolor profundo, créelo, de afligirte así, y quisiera para tí todos los bienes del mundo.
- FERNANDO ¿Quién te compra?
- CONSUELO ¡Por piedad!
Oyeme sin agraviarme.
- FERNANDO ¡Québuena! .. Quiere matarme con toda comodidad.
¡Es Ricardo!... Anda insultando con su lujo, y ese tren debe á la estafa.
- CONSUELO ¿De quién no se murmura, Fernando? Esa es costumbre notoria de la malicia importuna, que para cada fortuna inventa una mala historia.
- FERNANDO ¡Él, él me roba tu amor!
¡Yo soy presa de un horrible delirio!... ¿Cómo?... ¿Es posible que la estafa, el impudor, la odiosa desfachatez se mofen de mi decoro, comprándote con el oro

que despreció mi honradez?
 ¡Y eres tú, tú el instrumento
 con que la infamia se venga
 de mí!

RITA (Yo tiemblo... Que venga
 la señora... Voy...)

CONSUELO Me ausento

si hablas así: basta ya.

FERNANDO No, por Dios; oye segura;
 oye... Tanta desventura
 no puede ser, no será.
 ¡No te execraré, descuida,
 porque desprecies en calma
 el amor de toda un alma,
 la fe de toda una vida!
 Yo devoraré el desdén
 que me anula de este modo,
 y por darte gusto en todo
 me despreciaré también.
 Sólo de tí quiero hablarte;
 ¡de tí, mi dueño querido!
 que ni hollado ni aun vendido
 puedo dejar de adorarte.
 ¿Y has pensado en tu locura
 que es tan fácil prescindir
 del amor, la fe... vivir
 sin conciencia y sin ventura?
 No eres tan mala: yo siento
 mejor de tí: no te ciegues;
 no es posible que tú llegues
 á tanto embrutecimiento.
 El tierno afán, el cuidado
 con que amor sabe halagar,
 crees que no te han de faltar
 porque nunca te han faltado.
 Mas si tu esposa te llama...
 ¡Oh! mátenme mis enojos,
 mas no te miren mis ojos

- TOMÁS Ven acá.
- ZAPATA ¡Mi capitán!...
- TOMÁS Oye bien:
yo no soy tu capitán
por un momento; me hablas
como si fuera tu igual,
como si fuera un soldado
sin cruz, ni sobras, ni...
- ZAPATA ¡Ya!
Pero...
- TOMÁS Aquí no hay charreteras;
vas á decir la verdad
cual si estuvieras muriéndote;
sé franco, aquí no ves más
que un soldado como tú...
Dí: ¿Qué tal soy yo, qué tal?
Con franqueza.
- ZAPATA ¿Con franqueza?
No te se puede agualtar.
- TOMÁS (¡Hum!) Sigue.
- ZAPATA Quinientas veces
te hubiera con un ronزال
arrimao más lampreos
así, hacia el cuarto de atrás...
Eres más raro...
- TOMÁS (*Dándole un puntapié*)
¡Tunante!
He de mandarte á Ultramar.
- ZAPATA Yo soy franco. Usted lo quiso...
- TOMÁS Me vuelvo mi empleo.
- ZAPATA (*Haciendo el saludo*)
¡Ah!
- TOMÁS Sí; yo me tengo la culpa...
bien empleado me está.
Debo de ser, lo confieso,
burla de la sociedad...
Zapata, pégame un tiro.
- ZAPATA ¿Y que me fusilen?... ¡Quia!

No puedo.

TOMÁS

¡Ni morir! Vete.

ZAPATA

A la orden, mi capitán. (*Vase.*)

TOMÁS

¡Santo Tomás! ¡Santo mío!

Buena tu escuela será,
mas don Tomás se arrepiente,
¡se arrepiente don Tomás!

(*Aut. dram. cont.*—Madrid, Fortanet, 1881).



III. Novelistas

Cecilia Bohl de Faber ("Fernán Caballero")

(1796-1877)

Doña Fortuna y Don Dinero

Cuento popular

Pues señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.—Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy *raspagona*, muy *rata*, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer quería mandar; pero don Dinero, que es engreido y soberbio, no estaba

por ese gusto.--Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder. «Mira, le dijo la mujer al marido, ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparamos, él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde!—dijo don Dinero.

—Y á Usía también,—contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco á su mercé sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo más que un *coje y come* cuando lo hay.

—¿Y estás aquí aguardando algo?

—¡Yo aguardar!—Como no sea la noche.....

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma!—porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada y soy la *prosulta* de la desdicha, señor! Ahí nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedís; *asina* fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interlocutor, pues dice el refrán: dineros tomados, brazos quebrados.—Sigue, hombre.

—Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde su mercé me ve con esta facha ruín, yo soy un hombre, señor.

—¡Yal dijo don Dinero, en eso estoy.

—Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los *hombres*, hay *hombrecillos*, hay *monicacos* y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben.—Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos.—No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra! exclamó don Dinero indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antrípulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo, dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegría le puso alas á los pies; arribó derecho á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo, pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guardé.—Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia,—y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje, pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la mujer y á los hijos un rocioncito de ropa encima.—Pero cuando fué á pagar y

entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquello era una mala moneda, que por lo tanto sería su dueño un monedero falso, y que lo iba á delatar á la justicia.—El pobre al oír esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella: tocó de suela y fué á contarle á don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y á don Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices.—Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacía la mamola á su marido, y éste estaba más corrido que una mona.—Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quién puede más, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se había tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres días que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, le llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él;—que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá, el contraste le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba:—que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.—El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traían presos á los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un

compadre suyo en una mina, y no bien habían ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amilánado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo de ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

(*Semanario Pintoresco Español*, 1851.)

Ramón de Mesonero Romanos

(1803-1882)

El retrato

Quien no me creyere que tal sea de él,
al menos me deben la tinta y papel.

(Bartomé de Torres Naharro)

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle Ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercía un gran destino, tenía una esposa joven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa, puede considerarse que no les faltarían muchos apasionados. Con efecto era así, y su tertulia se citaba como una de las más brillantes de la corte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del día), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacía á veces la partida de mediator á la madre de la señora, decidía sobre el peinado y vestido de ésta, acompañaba al paseo al esposo, disponía las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no había más que ver. Si hubiese

sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en el sofá, tararearía un aria italiana, cogería el abanico de las señoras, haría gestos á las madres y gestos á las hijas, pasearía la sala con sombrero en mano y de bracero con otro camarada, y, en fin, me daría tono á la usanza... pero... entonces... entonces me lo daba con mi mediator y mi bolero.

Un día, entre otros, me hallé al levantarme con una esquila, en que se me invitaba á no faltar aquella noche, y averiguando el caso, supe que era día de doble función por celebrarse en él la colocación en la sala del retrato del amo de la casa. Hallé justo el motivo, acudí puntual, y me encontré al amigo colgado en efígie en el testero con su gran marco de relumbrón. No hay que decir que hube de mirarle al trasluz, de frente y costado, cotejarle con el original, arquear las cejas, sonreirme después, y encontrarle admirablemente parecido; y no era la verdad, porque no tenía de ello sino el uniforme y los vuelos de encaje. Repitióse esta escena con todos los que entraron, hasta que, ya llena la sala de gente, pudo servirse el refresco (costumbre harto saludable y descuidada en estos tiempos), y de allí á poco sonó el violín, y salieron á lucir las parejas, alternando toda la noche los *minuets* con sendos versos que algunos poetas *de tocador* improvisaron al retrato.

Algunos años después volví á Madrid y pasé á la casa de mi antigua tertulia; pero ¡oh Dios! ¡*quantum mutatus ab illo!* ¡qué trastorno! El marido había muerto hacía un año, y su joven viuda se hallaba en aquella época del duelo en que, si bien no es lícito reirse francamente del difunto, también el llorarle puede chocar con las costumbres. Sin embargo, al verme, sea por afinidad, ó sea por cubrir el expediente, hubo de hacer algún *puchero*, y esto se renovó cuando notó la sensación que en mí produjo la vista del retrato, que pendía aún sobre el sofá.—«¿Le mira usted?» (exclamó): «¡ay, pobrecito mío!»—Y prorrumpió en un fuerte sonido de nariz, pero tuvo la precaución de quedarse con el pañuelo en el rostro, á guisa del que llora.

Desde luego un don *No-se-quién*, que se hallaba scu-

tado en el sofá con cierto aire de confianza, saltó y dijo:— «Está visto, doña Paquita, que hasta que V. no haga apartar este retrato de aquí, no tendrá un instante tranquilo»; —y esto lo acompañó con una entrada de moral que había yo leído aquella mañana en el *Corresponsal del Censor*. Contestó la viuda, replicó el argumento, terciaron otros, aplaudimos todos, y por sentencia sin apelación se dispuso que la menguada efigie sería trasladada á otra sala no tan cuotidiana; volví á la tarde y la ví ya colocada en una pieza interior, entre dos mapas de América y Asia.

En estas y las otras, la viuda, que sin duda había leído á Regnard y tendría presentes aquellos versos, que traducidos en nuestro romance español podrían decir:

¿Mas de qué vale un retrato
 Cuando hay amor verdadero?
 ¡Ah! sólo un esposo vivo
 Puede consolar del muerto (1).

hubo de tomar este partido, y á dos por tres me hallé una mañana sorprendido con la nueva de su feliz enlace con el *don Tal*, por más señas. Las nubes desaparecieron, los semblantes se reanimaron, y volvieron á sonar en aquella sala los festivos instrumentos. ¡Cosas del mundo!

Poco después la señora, que se sintió embarazada, hubo de *embarazarse* también de tener en casa al niño que había quedado de mi amigo, por lo que se acordó en consejo de familia ponerle en el Seminario de Nobles; y no hubo más, sino que á dos por tres hiciéronle su hatillo, y dieron con él en la puerta de San Bernardino: dispúsosele su cuarto, y el retrato de su padre salió á ocupar el punto céntrico de él. La guerra vino después á llamar al joven al campo del honor; corrió á alistarse en las banderas patrias, y vueltos á la casa paterna sus muebles, fué entre ellos el malparado retrato, á quien los colegiales, en ratos de buen humor, habían roto las narices de un pelotazo.

Colocósele por entonces en el dormitorio de la niña,

(1) Mais qu' est qu' un portrait quand on aime bien fort?
 C' est un mari vivant qui console d' un mort.

aunque notándose en él á poco tiempo cierta virtud chinchorrera, pasó á un corredor, donde le hacían alegre compañía dos jaulas de canarios y tres campanillas.

La visita de reconocimiento de casas para los alojados franceses recorría las inmediatas, y en una junta extraordinaria, tenida entre toda la vecindad, se resolvió disponer las cosas de modo que no apareciera á la vista sino la mitad de la habitación, con objeto de quedar libres de alojados. Dicho y hecho; delante de una puerta que daba paso á varias habitaciones independientes, se dispuso un altar muy adornado, y con el fin de tapar una ventana que caía encima..... «¿qué pondremos? ¿qué no pondremos?»—El retrato.—Llega la visita, recorre las habitaciones, y sobre la mesa del altar ya daba el secretario por libre la casa, cuando ¡oh desgracia!..... un maldito gato que se había quedado en las habitaciones ocultas, salta á la ventana, da un maído, y cae el retrato, no sin descabro del secretario, que enfurecido tomó posesión, á nombre del Emperador, de aquella tierra incógnita, destinando á ella un coronel con cuatro asistentes.

Asendereado y maltrecho yacía el pobre retrato, maldecido de los de casa y escarnecido de los asistentes, que se entretenían, cuándo en ponerle bigote, cuándo en plantarle anteojos, y cuándo en quitarle el marco para dar pábulo á la chimenea.

En 1815 volví yo á ver la familia, y estaba el retrato en tal estado en el recibimiento de la casa; el hijo había muerto en la batalla de Talavera; la madre era también difunta, y su segundo esposo trataba de casar á su hija. Verificóse esto á poco tiempo, y en el reparto de muebles que se hizo en aquella sazón, tocó el retrato á una antigua ama de llaves, á quien ya por su edad fué preciso jubilar. Esta tal tenía un hijo que había asistido seis meses á la Academia de San Fernando, y se tenía por otro Rafael, con lo cual se propuso limpiar y restaurar el cuadro. Este muchacho, muerta su madre, sentó plaza y no volví á saber más de él.

Diez y seis años eran pasados cuando volví á Madrid, el

último. No encontré ya mis amigos, mis antiguas costumbres, mis placeres; pero en cambio encontré más *elegancia*, más *ciencia*, más *buena fe*, más *alegría*, más *dinero*, y más *moral pública*. No pude dejar de convenir en que estamos en el siglo de las luces. Pero como yo casi no veo ya, sigo aquella regla de que al ciego el candil le sobra; y así que, abandonando los refinados establecimientos, los grandes almacenes, los famosos paseos, busqué en los rincones ocultos, los restos de nuestra antigüedad, y por fortuna acerté á encontrar alguna botillería en que beber á la luz de un candilón, algunos calesines en que ir á los toros, algunas buenas tiendas en la calle de Postas, algunas cómodas escaleras de la Plaza, y sobre todo un Teatro de la Cruz que no pasa día por él. Finalmente, cuando me hallé en mi centro, fué cuando llegaron las ferias. No las hallé, es verdad, en la famosa plazuela de la Cebada, pero en las demás calles el espectáculo era el mismo. Aquella agradable variedad de sillas desvencijadas, tinajas sin suelo, linternas sin cristal, santos sin cabeza, libros sin portada; aquella perfecta igualdad en que yacen por los suelos las obras de Locke, Bertoldo, Fenelon, Valladares, Metastasio, Cervantes y Belarmino; aquella inteligencia admirable con que una pintura del de Orbaneja cubre un cuadro de Rivera ó Murillo; aquel surtido general, metódico y completo de todo lo útil y necesario, no pudo menos de reproducir en mí las agradables ideas de mi juventud.

Abismado en ellas subía por la calle de San Dámaso á la de Embajadores, cuando á la puerta de una tienda, y entre varios retazos de paño de todos colores, creí divisar un retrato cuyo semblante no me era desconocido. Limpio mis anteojos, aparto los retales, tiro un velón y dos lavativas que yacían inmediatos, cojo el cuadro, miro de cerca.... «¡Oh Dios mío! exclamé: ¿y es aquí donde debía yo encontrar á mi amigo?»—Con efecto, era él, era el cuadro del baile, el cuadro del seminario, de los alojados y del ama de llaves; la imagen, en fin, de mi difunto amigo. No pude contener mis lágrimas, pero tratando de disimularlas, pregunté cuánto valía el cuadro.—«Lo que usted guste»,—

contestó la vieja que me lo vendía; insté á que le pusiera precio, y por último, me lo dió en *dos pesetas*; informéme entonces de dónde había habido aquel cuadro, y me contestó que hacía años que un soldado se lo trajo á empeñar, prometiéndole volver en breve á rescatarlo, pues, según decía, pensaba hacer su fortuna con el tal retrato, reformándole la nariz y poniéndole grandes patillas, con lo cual quedaba muy parecido á un personaje á quien se lo iba á regalar; pero que habiéndolo pasado tanto tiempo sin parecer el soldado, no tenía escrúpulo en venderlo, tanto más, cuanto que hacía seis años que salía á las ferias, y nadie se había acercado á él; añadiéndome que ya le hubiera tirado, á no ser porque le solía servir, cuándo para tapar la tinaja, y cuándo para aventar el brasero.

Cargué, al oír esto, precipitadamente con mi cuadro, y no paré hasta dejarle en mi casa seguro de nuevas profanaciones y aventuras. Sin embargo, ¿quién me asegura que no las tendrá? Yo soy viejo, muy viejo, y muerto yo, ¿qué vendrá á ser de mi buen amigo? ¿Volverá séptima vez á la feria? ¿ó acaso alterado en su gesto tornará de nuevo á autorizar una sala? ¡Cuántos retratos habrá en este caso! En cuanto á mí, escarmentado con lo que ví en éste, me felicito más y más de no haber pensado en dejar á la posteridad mi retrato. ¿Para qué? Para presidir á un baile; para excitar suspiros; para habitar entre mapas, canarios y campanillas; para sufrir golpes de pelota; para criar chinches; para tapar ventanas; para ser embigotado y restaurado después, empeñado y manoseado, y vendido en las ferias por dos pesetas.

(Madrid, Yenes, 1842).

Juan Valera (1827-1905)

Pepita Jiménez

Querido tío y venerable maestro: Hace cuatro días que llegué con toda felicidad á este lugar de mi nacimiento,

donde he hallado bien de salud á mi padre, al señor Vicario y á los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, después de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir á V.

V. me lo perdonará.

Como salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre, es singular la impresión que me causan todos estos objetos que guardaba en la memoria. Todo me parece mucho más chico, pero también más bonito que el recuerdo que tenía. La casa de mi padre, que en mi imaginación era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador, pero más pequeña que el Seminario. Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez á ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de hierbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra á estas sendas pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreelva.

.

Mañana como en casa de la famosa Pepita Jiménez, de quien V. habrá oído hablar, sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende.

Mi padre, á pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien, que puede poner envidia á los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún á Pepita Jiménez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto á decidir si es buena ó mala moralmente, pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda;

sólo tres años estuvo casada. Era hija de Doña Francisca Gálvez, viuda, como V. sabe, de un capitán retirado,

Que le dejó á su muerte
Sólo su honrosa espada por herencia,

según dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria.

Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros, llena tal vez de trampas y sin acertar á darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un sér extraordinario: el genio de la economía. No se podía decir que crease riqueza; pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto á la de los otros, y en punto á consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana. No se sabe cómo vivió; pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, antes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solía llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100 y aun parece poco.

Con este arreglo, con esta industria y con el ánimo consagrado siempre á aumentar y á no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo á la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced á la pobreza de estos lugareños y á la natural exageración andaluza.

D. Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia.

Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raídas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismos pantalones y chaleco. A veces se interrogaban en balde las gentes unas á otras á ver si alguien le había visto estreñar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque exageradas, D. Gumersindo tenía excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo, y se desvivía por complacer y ser útil á todo el mundo, aunque le costase trabajo, desvelos y fatiga, con tal de que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran á escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta, aunque poco ática, conversación. Nunca había tenido inclinación alguna amorosa á una mujer determinada; pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas, y era el viejo más amigo de requebrar á las muchachas y que más les hiciese reir que había en diez leguas á la redonda.

Ya he dicho que era tío de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella á cumplir los diez y seis. Él era poderoso; ella pobre y desvalida.

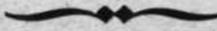
La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas luces y de instintos groseros. Adoraba á su hija, pero continuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacía, de las privaciones que sufría y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba á tener en medio de tanta pobreza. Tenía, además, un hijo mayor que Pepita, que había sido gran calavera en el lugar, jugador y pendenciero, á quien después de muchos disgustos había logrado colocar en la Habana en un empleillo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, á los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaeteaba á cartas á su madre, pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenía para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecía de sí y de su destino con pa-

ciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocación para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situación empezó D. Gumersindo á frecuentar la casa de Pepita y de su madre y á requebrar á Pepita con más ahinco y persistencia que solía requebrar á otras. Era con todo tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre que había pasado ochenta años sin querer casarse, pensase en tal locura cuando ya tenía un pie en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho menos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es que un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad y á boca de jarro la siguiente categórica pregunta:

—Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

(Madrid, Fé, 1896).



José María de Pereda (1833-1905)

El Sabor de la Tierrauca

Duró el baile hasta que las castañas se asaron. Entonces se sentaron en rueda mozos y mozas, y comenzó á circular la bota para remojar las castañas, que se repartieron á sombreroada por concurrente. Amenizábase el regodeo con dichos y risotadas, y se tiznaba la cara con pellejos quemados al que se distraía un instante; en el cual empeño, condición especial de las magostas, eran las mujeres las más tercas.

Así se andaba allí, tan pronto sorbiendo como mascando, como limpiándose la cara con el delantal ó la manga de la camisa, cuando apareció Chiscón en la magosta, por el lado de Rinconeda. No se supo nunca si fué casual ó de intento la llegada del calabaceado mocetón, y á nadie agradó verle allí tan de improviso; pero como saludó muy aten-

to, se le brindó con con lo que había. Tomó, por no desairar la oferta, una castaña, y se llevó á los labios la bota de vino; y debió infundirle ánimos la cortés acogida, porque en vez de seguir su camino, sentóse con los de Cumbrales.

Terminado el refrigerio, *se enterró la bruja* (1) entre las ya tibias cenizas de la lumbre, y volvió á comenzar el baile. Cada moza *fué sacada* por un mozo, y el de Rinconeda se quedó entre los pocos desparejados que miraban; pero se tocó á lo alto, y entonces, al amparo de la costumbre, que es ley en muchos casos, y en tales como aquel, indiscutible, *echó fuera* al mozo que bailaba con Catalina, creyendo el testarudo que así no eran posibles las calabazas; pero se equivocó. La esquiva moza se plantó en firme en cuanto le tuvo delante, y en seguida le volvió la espalda. Sintió Chiscón el golpe en lo más vivo, y para disimular sus efectos echó fuera al mozo que le seguía por la izquierda. También entonces se le plantó la moza. Atolondrado ya por la ira y el despecho, siguió fila abajo empeñado en hallar pareja; pero sólo halló desaires en todas partes.

Reventóle al fin la corajina del pecho, y dijo, dispuesto á todo:

—¡Quisiera conocer al que tiene la culpa de esto!

A lo que respondió Catalina con gran serenidad:

—Pues arráncate la lengua con que me agraviastes.

—¡Arrancara yo—repuso el otro lívido de rabia,—la que te fué con la impostura!

—Muchas son entonces las impostoras.

—¡Pues todas las arrancará yo, si las conociera!

—Con arrancar la tuya se acababa la peste.

—¿Hay quien se atreva á hacerlo entre los presentes?...

¡Pues venga á echarla mano!—dijo Chiscón, irguiendo su colosal escultura y sacando luego fuera de la boca un palmo de lengua, ancha, gruesa y roja como la de un caballo.

Acercósele un mozo de Cumbrales, y respondióle:

—De lo que te pasa, á nadie culpes en ley de justicia;

(1) Enterrar la bruja es dejar una castaña oculta entre la ceniza, no se porqué ni para qué: pero es detalle de carácter en las magostas. (N del A.)

que seas valiente, no se te ha negado; pero que, con sólo decirlo, llegues á *campar* aquí, no lo sueñes nunca. Por el corazón se mide á los hombres y no por la estampa, y corazón no falta al más ruín de los presentes. De fiesta estamos y en nuestra casa; en ella entrastes y se te brindó con lo que había; de lo demás, tuya es la culpa por no escarmentar cuando debistes. Si buscas guerra, mal haces, que, sobre no ser justa ahora, á ti te conviene menos que á nosotros.

—Y eso que me cuentas—preguntó Chiscón al templado mozo, con burlona sonrisa—¿es amenaza ú caridad?

—Esto que te cuento—respondió el otro,—es riflisión de hombre de bien y de enemigo leal.

En tanto platicaban los dos así, Catalina reunió el cotarro y consiguió en cuatro palabras ponerle en marcha hacia Cumbrales.

—Vámonos, Braulio—dijo con résped al pasar junto al mozo que hablaba con Chiscón:—deja esa peste que te mancha.

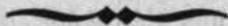
Obedeció Braulio; y tan á punto, que quedaron sin respuesta las últimas palabras que enderezó al de Rinconeda.

En un instante se vió éste solo en la castañera. Irritóle más aquel nuevo desaire que recibía, y gritó mirando á los que se marchaban:

—Vos prometí el domingo bailar en el corro de Cumbrales hasta cansarvos... ¡Pos hoy vos lo juro por la luz que me alumbra!

Las últimas palabras de esta amenaza se perdieron entre el son de las panderetas y el cantar y el gritar desahogado de la gente de la magosta, que se largaba hacia su pueblo, mientras el sol trasponía el horizonte entre celajes de púrpura.

(Madrid, Tello, 1889).



Benito Pérez Galdós

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo

Cuando los franceses trataban de tomar las piezas á la bayoneta, sin cesar el fuego por nuestra parte, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Jena, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la española gente, por ser ésta de muy antiguo aficionada á jugar con ella, de modo que el verse heridos, antes los enfurecía que los desmayaba. Desde mi ventana, abierta á la calle de San José, no se veía la inmediata de San Pedro la Nueva, aunque la casa hacía esquina á las dos, así es que yo, teniendo siempre á los españoles bajo mis ojos, no distinguía á los franceses, sino cuando intentaban caer sobre las piezas, desafiando la metralla, el plomo, el acero y hasta las implacables manos de los defensores del Parque. Esto pasó una vez, y cuando lo ví, parecióme que todo iba á concluir por el sencillo procedimiento de destrozarse simultáneamente unos á otros; pero nuestro valiente paisanaje, sublimado por su propio arrojo y el ejemplo y la pericia y la inverosímil constancia de los dos oficiales de Artillería, rechazaba las bayonetas enemigas, mientras sus navajas hacían estragos, rematando la obra de los fusiles.

Cayeros algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentaba á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un pequeño grupo, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran aquellos los dos oficiales oscuros y sin historia, que en un día, en una hora, haciéndose, por inspiración de sus almas generosas, instrumentos de la conciencia nacional, se anticiparon á la declaración de guerra

por las Juntas y descargaron los primeros golpes de la lucha que empezó á abatir el más grande poder que se ha señoreado del mundo. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la heroica embriaguez de los nuestros y también de los franceses, pues éstos evocaban entre sí sus grandes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible ante el cual no existía el miedo ni tampoco era posible resignarse á ser inmóvil espectador. Causaba rabia y al mismo tiempo cierto júbilo inexplicable, lo desigual de las fuerzas, y el espectáculo de la superioridad adquirida por los débiles á fuerza de constancia. A pesar de que nuestras bajas eran inmensas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían sin duda los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesaria más tropa con refuerzos de todas armas, trajeron un ejército completo; y la división de San Bernardino, mandada por Lefranc, apareció hacia las Salesas Nuevas con varias piezas de artillería. Los imperiales daban al Parque, cercado de mezquinas tapias, las proporciones de una fortaleza, y á la abigarrada pandilla las proporciones de un pueblo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual no oí más voces que las de algunas mujeres, entre las cuales reconocí la de la Primorosa, enronquecida por la fatiga y el perpetuo gritar. Cuando en aquel breve respiro me aparté de la ventana, ví á Juan de Dios completamente desvanecido. Inés estaba á su lado presentándole un vaso de agua.

—Este buen hombre—dijo la muchacha—ha perdido el tino. ¡Tan grande es su pavor! Verdad que la cosa no es para menos. Yo estoy muerta. ¿Se ha acabado, Gabriel? Ya no se oyen tiros. ¿Ha concluído todo? ¿Quién ha vencido?

Un cañonazo resonó estremeciendo la casa. A Inés cayósele el vaso de las manos, y en el mismo instante entró don Celéstino, que observaba la lucha desde otra habitación de la casa...

—Es la artillería francesa—exclamó.—Ahora es ella. Traen más de doce cañones. ¡Jesús, María y José nos amparen! Van á hacer polvo á nuestros valientes paisanos. ¡Señor de justicia! ¡Virgen María, santa patrona de España!

(Madrid, *La Guirnalda*, 1882.)



IV. Didácticos y oradores

Mariano José de Larra (1809-1837)

Representación de “El sí de las Niñas,, de Moratín

En el día podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación que no podían menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de éste. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permítían discurrir ni sentir á sus hijos. La educación escolástica de la universidad era la única que recibían los hombres; y si una niña salía del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decía que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razón de estado. Si abrigaba un corazón franco y sensible, si por desgracia había ósado ver más allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y había de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo menos.

Moratín quiso censurar este abuso; y asunto tan digno de él no podía menos de inspirarle una gran compasión. De estas breves reflexiones se puede inferir que *El Sí de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada, como *El Avaro* ó *El Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y países un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridícula pasión: es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratín y la que más títulos le granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada más ingenioso y acertado que valerse para convencer al tío de la contraposición de su mismo sobrino. Así no fuera éste teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumisión de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas, para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga más chocante esta observación en nuestros días, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que sólo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposición, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasión de hacer una observación esencial. Moratín ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores sólo habían querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratín, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole

el lado risible de las cosas. Moratín escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia para sus espectadores más delicados á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazón, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en *El Sí de las Niñas* y en *El Barón*, ó en hundirle en él cruelmente, como en *El Viejo y la Niña* y en *El Café*. Un escritor romántico creería encontrar en esta manera de escribir alguna relación con Víctor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia.

En nuestro entender este es el punto más alto á que puede llegar el maestro; en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente más desgarrador ni de más efecto que hacernos regar con llanto la misma impresión del placer. Esto es jugar con el corazón del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El Sí de las Niñas* ha sido oído con aplauso, con indecible entusiasmo, y no sólo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado también, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratín, que habían querido secar y marchitar la ignorancia y la opresión. ¿Es posible que se haya creído necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignación del público ha recaído sobre ellos, y tanto en *La Mojigata* como en *El Sí de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

(Madrid, López, 1855).



Joaquín María López (1802-1858)

De un discurso sobre la libertad de imprenta

La materia que hace dos días ocupa al Estamento merece ciertamente se trate con toda detención, y había pensado para su examen recurrir á los principios de historia que pueden ilustrarla; pero como los señores que me han precedido han desempeñado su objeto completamente, dándole su verdadero punto de vista, me veo en el compromiso de haber de seguir otro rumbo, que no creo menos espinoso. Quiero, pues, renunciar á cuanto se ha escrito hasta el día científicamente; quiero hacer callar la historia, que nos presenta la imprenta como el agente más eficaz de la civilización, de la felicidad de los imperios y de la libertad en todas épocas y países: quiero condenar por un instante al olvido esos monumentos del saber humano, esas obras inmortales, y quiero que esté abierto un solo libro. Este es el de la razón, escrito en lengua universal, y el que protesto voy á seguir. Cuantos me escuchen podrán seguir mis pasos, porque serán los de la naturaleza.

El pensamiento es una facultad tan natural al hombre, que ni aún el mismo autor de su ser puede privarle de ella: inútil y estéril sería éste si no tuviese esa facultad de pensar. Si no obstante lo que he dicho al principio, pudiera echar una rápida ojeada sobre lo pasado, vería en los jeroglíficos otros tantos ensayos del ingenio del hombre para simplificar sus ideas anteriores á los de su palabra. El descubrimiento de Guteuberg abrió camino al comercio de los puébllos, y por él, usando del privilegio que la naturaleza les ha concedido, comunican velozmente sus pensamientos y sus luces á todo el mundo; pero los gobiernos, naturalmente espantadizos, nos dicen que esta invención puede sernos peligrosa. Y por ventura, ¿no pueden serlo también la palabra, los movimientos y otras muchas

funciones cuya prohibición no ha ocurrido hasta ahora hacer á ningún legislador?

Acaso se añadirá que el abuso de este descubrimiento es tanto más temible cuanto que por su medio es más veloz la comunicación de las ideas; pero este argumento no tiene fuerza ninguna, pues prescindiendo de lo funesto que puede ser para la sociedad el abuso de la imprenta, no se puede negar que le produce también iguales ventajas.

Las leyes no pueden establecer por de pronto los medios de contener todos los abusos que puedan hacerse de la imprenta; y por lo mismo un publicista ha dicho que en rigor no hay delitos en el uso de la libertad de imprenta, y que sería muy ridícula una legislación que opusiera obstáculos á los medios de que el hombre se vale para descubrir sus pensamientos. La libertad de imprenta es un elemento absolutamente indispensable á todo gobierno, si es que ha de gobernar bien: sin ella no pueden estar instruídos los pueblos en sus intereses; los reyes no pueden sin este medio conocer la voz y las necesidades del pueblo, porque les impide oír los clamores de éste y el grito de la verdad, la multitud de aduladores que rodean los tronos.

(*Discursos.*—Madrid, Minuesa, 1856.)

Juan Donoso Cortés (1809-1853)

Del discurso de recepción en la Academia Española

Hay un libro, tesoro de un pueblo, que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en él vió Dante sus terríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso; ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas, sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su pri-

mera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitation de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, véanse pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos. Las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes, y los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominación, Ninive con su pompa, Menfis con su sacerdocio, Jerusalén con sus profetas y su templo, Atenas con sus artes y con sus héroes, Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

(Madrid, Imp. Nacional, 1860).



Antonio Cánovas del Castillo

(1828-1897)

Estudios del reinado de Felipe IV

Batalla de Nordlingen

Como á cosa de las ocho de la mañana, cargó también Weimar por la izquierda contraria, con cuatro ó cinco mil caballos, sin infantería, al ejército del rey de Hungría, pareciendo que más trataba de entretenerle en aquel flanco, para que no cayese sobre el comprometido cuerpo de

Horn, que trabar formal pelea. Sabía bien que todo era inútil mientras no se echase á los españoles del Albuch, desde donde con su artillería y sus fuegos de arcabuz y mosquete señoreaban el campo. Por eso, al propio tiempo que amagaba de aquel lado, envió á Horn refuerzos constantes, que bien le hacían falta. Después de cada ataque infructuoso reorganizábase el cuerpo de éste al amparo de los árboles vecinos, y preparaba otro asalto. Al tiempo de la carga de Weimar precisamente, y persiguiendo á los suecos tras uno de sus ataques frustrados, penetró ya nuestra infantería por el bosque, en que se apoyaba Horn, apoderándose de cinco cañones de corto calibre que lo defendían; pero aquél consiguió recobrarlos. Hacia las diez avanzaron mayores masas nuestras de infantería de *naciones*, ó sea alemana, para envolver el bosque, entrando también de refrescó en acción un regimiento de infantes imperiales; pero Horn no cedió el campo en lo más mínimo, y hasta dos horas después no comenzó á aflojar su gente.

Pero llegó al fin el momento oportuno para hacer por nuestra parte el supremo esfuerzo. Mandó el marqués de Leganés entonces que avanzase el Maestre de Campo, conde de Fuenclara, con cuatrocientos arcabuceros y mosqueteros de su tercio, fuerza ó escuadrón volante, mantenido hasta allí en reserva, sobre el flanco del bosque; al tercio de D. Martín de Idiáquez le ordenó que, abandonando su inflexible línea, embistiese de frente; y á la caballería imperial y española le encomendó que volviese á cargar decididamente. A aquella hora, que sería como la una, no pudo el enemigo sufrir más, y ante el acertado ataque dispuesto por Leganés, se declaró en total derrota, deshaciéndose sus regimientos en forma que, aunque muy sabiamente organizase Horn la retirada, como se pretende, de ningún modo habría logrado ejecutarla en orden. Por otra parte, en el punto mismo que pudo emprenderla, cargaron enérgicamente la caballería imperial y la de la Liga católica que regían el duque de Lorena y Juan de Wert por la derecha, á la de Weimar, poniéndola en completa fuga, con lo cual la infantería de aquel cuerpo quedó abandona-

da, evacuando con precipitación también el Hesselberg, que tanta sangre le había costado la noche antes. No ofreció desde aquel momento el campo sino una inmensa escena de matanza: seis mil muertos quedaron en él, y otros tantos prisioneros, con los generales Horn, Kratz, otros dos, y catorce coroneles. Tomáronse, además, cincuenta y cuatro cañones, cuatro mil carros, trescientas banderas y estandartes, de los cuales envió el infante al rey Don Felipe cuarenta «que su gente», como Aedo dice, «había ganado á puñadas y á peso de sangre, no hallado en el suelo.» Cayó también en poder de los vencedores todo el tren y bagaje, y no se hubiera en la dispersión salvado un solo hombre, á no ser por los bosques de que estaba salpicado el país, y porque los croatas, entretenidos, como acostumbraban, en saquear los bagajes, no siguieron la persecución activamente. Entre los fugitivos pasó el soberbio Bernardo de Weimar por el sitio donde el sargento mayor Escobar estaba prisionero, y, al reconocerle, tuvo la avilantez de tirarle un pistoletazo, mas, no acertándole, mandó á voces que lo matasen, lo cual no tuvieron ya aliento para ejecutar sus soldados. Tal fué aquella batalla, que obligó á Richelieu á desembozar sus miras y declarar inmediatamente la guerra á España y al Emperador, tomando por pretexto la sorpresa de Tréveris, pero en realidad para impedir que terminase la guerra, que luego se llamó de los *Treinta años*, por el triunfo del Imperio y España sobre sus enemigos protestantes.

(Madrid, Pérez Dubrull, 1888.)



V. Apéndice

Jacinto Verdaguer (Catalán) (1843-1902)

«Canigó».—Del canto X

De Cornellá en camino el conde Guifre
á despedirse va de la Condesa:

los parajes ayer tan sonrientes
al sol de amor ¡cuán tristes hoy encuentra!
Los árboles se inclinan murmurando
y su crimen parece que recuerdan,
y las alegres, saltadoras aves
cree que ariscas esquivan su presencia,
unas á otras narrando el homicidio,
ingrato asunto á sus arpadas lenguas.
Ya no trina el pintado verdezuelo
ni canta el ruiseñor, que se querella,
como arpa en que, de alegres notas falta,
vibra tan sólo del dolor la cuerda.
El viento, que en el bosque dormitaba,
revuélvese de pronto con fiereza;
latir siniestro se oye en el torrente
y en las techumbres cantos de corneja,
y de unas á otras nubes por los aires,
rodar el trueno, indicio de tormenta.
Acércase al solar de sus mayores
y en la ventana ve á su Guisla bella,
surgiendo entre macetas de claveles
que, sonrientes, se alzan en dos ménsulas;
enlutada la ve como una viuda
y confuso los ojos baja á tierra.
Ya la escalera sube, cada grada
regando con sus lágrimas acerbas;
ella arriba le aguarda y también llora,
doblada y mustia la gentil cabeza.
Cuantas palabras cruzan, son palabras
en que dolor extremo se refleja.
—Adios—dice él,—esposa de mi vida;
al partir de tu lado se me quiebra
el lacerado corazón, cual rama
que arranca de su tronco mano fiera.
—Tu marcha he de estorbar—ella responde.—
Partir no puedes, mía es tu existencia.
¿Acaso ante el altar al desposarnos
no me hiciste de eterno amor promesa?

—Como siempre te amé, te amaré siempre,
mas ¡ay de mí! será desde una celda
del monasterio que á la ermita unido
de San Martín de Canigó se eleva,
Morir en horca allí debí, y ser pasto
debí de cuervos, entre cielo y tierra;
pues Dios piadoso me tornó á la vida,
bien le puedo ofrecer la que me resta.

(Traducción del catalán por el Conde de Cedillo).



Rosalía Castro (Gallega) (1837-1895)

*Eu cantar, cantar, cantei,
a grasia non era moita,
que nunca (lo siento mucho)
fuí yo una niña graciosa.
Canté, como mal sabía,
dando vueltas á la copla,
cual hacen los que no saben
muy al derecho las cosas.*

Pero después, poco á poco,
hasta hacerlo en alto ahora,
fuí dando al viento canciones
como quien no hace otra cosa.

Yo bien quisiera, en verdad,
el que fueran más hermosas
y que bailasen en ellas
el sol con blancas palomas,
con la luz las claras aguas,
los dulces aires con rosas
y en ellas se reflejasen
la espuma de verdes ondas,
del cielo, blancas estrellas,
del jardín, plantas hermosas,

y las nieblas de mi tierra
cuando por el monte asoman.

Quisiera fueran el eco
de campanas cuando doblan,
de risas primaverales,
del triste canto de alondras,
y de lamentos del *moucho* (1)
que tanto el alma acongojan.

Canta que te canta, mientras
corazones tristes lloran.

Esto y aun más deseara
decir con lengua graciosa,
mas si me falta la gracia
el sentimiento me sobra,
y no llega el sentimiento
á definir ciertas cosas,
que á veces cuando se canta
por dentro en cambio se llora.

No me expliqué cual quisiera,
que soy de genio muy tosca,
y si canto tan sin gracia
es que amar la patria, ahoga.

*Eu cantar, cantar, cantei,
a grasia non era moita* (2)
pero ¡qué hacer, desdichada,
si no nací más graciosa!

(Traducción del gallego por Eugenio Carré.)



(1) Mochuelo, ave de mal agüero en Galicia.

(2) Cantar popular, glosado por la poetisa.

Ruben Darío (Americano)

Sonatina

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
Que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
Está mudo el teclado de su clave sonoro;
Y en un vaso olvidada se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales.
Y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
La princesa persigue por el cielo de Oriente
La libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de China
O en el que ha detenido su carroza argentina
Para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las rosas fragantes,
O en el que es soberano de los claros diamantes,
O en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! la pobre princesa de la boca de rosa,
Quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
Tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
Ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
Saludar á los lirios con los versos de Mayo,
O perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio ni la rueda de plata,
Ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
Ni los cisnes unánimes en el lago de azur.

Y están tristes las flores por la flor de la corte;
Los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
De Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
En la jaula de mármol del palacio real;
El palacio soberbio que vigilan los guardas,
Que custodian cien negros con sus cien alabardas,
Un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara á la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
Más brillante que el alba, mas hermoso que Abril!

Calla, calla, princesa—dice el hada madrina,—
En caballo con alas, hacia acá se encamina,
En el cinto la espada y en la mano el azor,
El feliz caballero que te adora sin verte,
Y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
A encenderte los labios con su beso de amor.

(*Prosas profanas*.—Paris, 1901.)



ÍNDICE ALFABÉTICO

	<u>PÁGS.</u>
Acosta (P. José de)	228
Alarcón (Juan Ruiz de)	185
Alcázar (Baltasar del)	120
Alfonso X el Sabio	20
Alvarez Gato (Juan)	55
<i>Anales Toledanos</i>	18
<i>Anónimo sevillano</i>	144
<i>Antiguas escrituras</i>	5
Arcipreste de Hita (Juan Ruiz)	26
Argensola (Bortolomé L. de)	128
Argensola (Lupercio L. de)	125
Arguijo (Juan de)	125
<i>Auto de los Reyes Magos</i>	11
Ayala (Canciller)	29
Baena (Juan Alfonso)	36
Berceo (Gonzalo de)	14
Bécquer (Gustavo A.)	307
Boscán (Juan)	91
Bretón de los Herrereros (Manuel)	320
<i>Caballero Cifar (El)</i>	25
Calderón de la Barca (Pedro)	193
Campoamor (Ramón de)	309
Cánovas del Castillo (Antonio)	355
Caro (Rodrigo)	141
Castillejo (Cristóbal de)	100
Castro (Guillén de)	177
Castro (Rosalía de)	359
Cervantes Saavedra (Miguel de)	210
Céspedes (Pablo de)	158
Cetina (Gutierre de)	120
<i>Coplas de ¡Ay, panadera!</i>	69
<i>Coplas de Mingo Revulgo</i>	67
<i>Coplas del Provincial</i>	70
Corral (D. Gabriel de)	138
Cruz (D. Ramón de la)	272

<i>Danza de la Muerte.</i>	34
Darío (Rubén).	361
<i>Disputa del Alma y del Cuerpo.</i>	13
Donoso Cortés (Juan).	353
Encina (Juan del).	79
Enriquez del Castillo (Diego).	72
Ercilla (D. Alonso de).	151
Espinel (Vicente de)	221
Espronceda (José de).	295
Esquilache (Príncipe de).	137
Feijóo (Benito Jerónimo).	253
<i>Fernán Caballero..</i>	331
Fernández (Lucas).	83
García Gutiérrez (Antonio).	318
García de la Huerta (Vicente).	271
Garibay (Esteban de).	235
Góngora (Luis de).	131
Gracián (Baltasar).	252
Granada (Fr. Luis de).	232
Hartzenbusch (Juan Eugenio).	323
Herrera (Fernando de).	114
Hojeda (Fr. Diego de).	155
Hurtado de Mendoza (Diego).	97
Iglesias de la Casa (José).	265
Imperial (Micer Francisco).	40
Isla (José Francisco de).	255
<i>Jorge Pitillas.</i>	262
Jovellanos (Gaspar Melchor de).	258
Juan de la Cruz (San).	113
Juan Manuel (Don).	23
Larra (Mariano José de).	349
<i>Lazarillo de Tormes</i>	208
Ledesma (Alonso de).	135
León (Fr. Luis de).	104
<i>Libro de los Buenos Proverbios.</i>	22
Lomás Cantoral (Jerónimo de).	96
López (Joaquín M.).	352
López de Ayala (Adelardo).	325
López Pinciano (Alonso).	230

Mal-lara (Juan de).	227
Manrique (Gómez).	56
Manrique (Jorge).	58
Mariana (P. Juan de).	236
Martínez de la Rosa (Francisco).	284
Meléndez Valdés (Juan).	265
Mena (Juan de).	52
Mesonero Romanos (Ramón de)	335
Mexía (Pedro).	225
Montemayor (Jorge de).	203
Montesino (Fr. Ambrosio de).	66
Moratín (Leandro F. de).	274
Moratín (Nicolás F. de).	261
Moreto (Agustín de).	189
Núñez de Arce (Gaspar).	315
Núñez Pinciano (Hernán).	226
Pereda (José María de)	344
Pérez de Guzmán (Fernán).	49
Pérez Galdós (Benito)	347
Pérez de Hita (Ginés).	205
<i>Poema del Cid.</i>	7
<i>Poema de Fernán González.</i>	17
<i>Poema de las Mocedades del Cid.</i>	10
Pulgar (Hernando del).	74
Quevedo Villegas (Francisco de).	240
Quintana (Manuel José).	278
Rioja (Francisco de).	150
Rivas (Duque de).	285
Rodríguez del Padrón (Juan).	39
Rojas (Fernando de).	76
Rojas Zorrilla (Francisco de).	187
<i>Romances viejos.</i>	41
Rueda (Lope de).	87
Ruiz Aguilera (Ventura).	313
Saavedra Fajardo (Diego).	250
Samaniego (Félix María).	268
San Pedro (Diego de).	71
Santillana (Marqués de).	45
Sem Tab (Robí Don).	32
Serra (Narciso).	329
Solís (Antonio de).	238

	<u>PÁGS.</u>
Teresa de Jesús (Santa).	110
<i>Tirso de Molina</i>	180
Torre (Francisco de la).	108
Torres Naharro (Bartolomé de)	84
Valbuena (Bernardo de).	153
Valera (Juan)	340
Vega (Garcilaso de la).	92
Vega Carpio (Lope de).	159
Vélez de Guevara (Luis)	223
Verdguer (Jacinto).	357
Villasandino (Alonso Alvarez de).	37
Villegas (Esteban Manuel de).	139
Villena (Enrique de).	44
Zorrilla (José).	301

ÍNDICE DE MATERIAS

PÁGS.

Primera época: Hasta fines del siglo XV

I. Desde los orígenes hasta fines del siglo XIII.	5
II. Siglos XIV y XV	25

Segunda época: Siglos XVI y XVII

I. Los primeros dramáticos.	79
II. Los líricos	91
III. Los épicos.	151
IV. Los dramáticos.	159
V. Los novelistas.	203
VI. Los didácticos.	225

Tercera época: Siglo XVIII

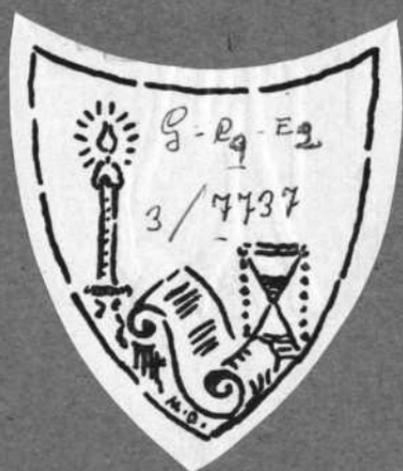
I. Prosistas.	253
II. Poetas.	260

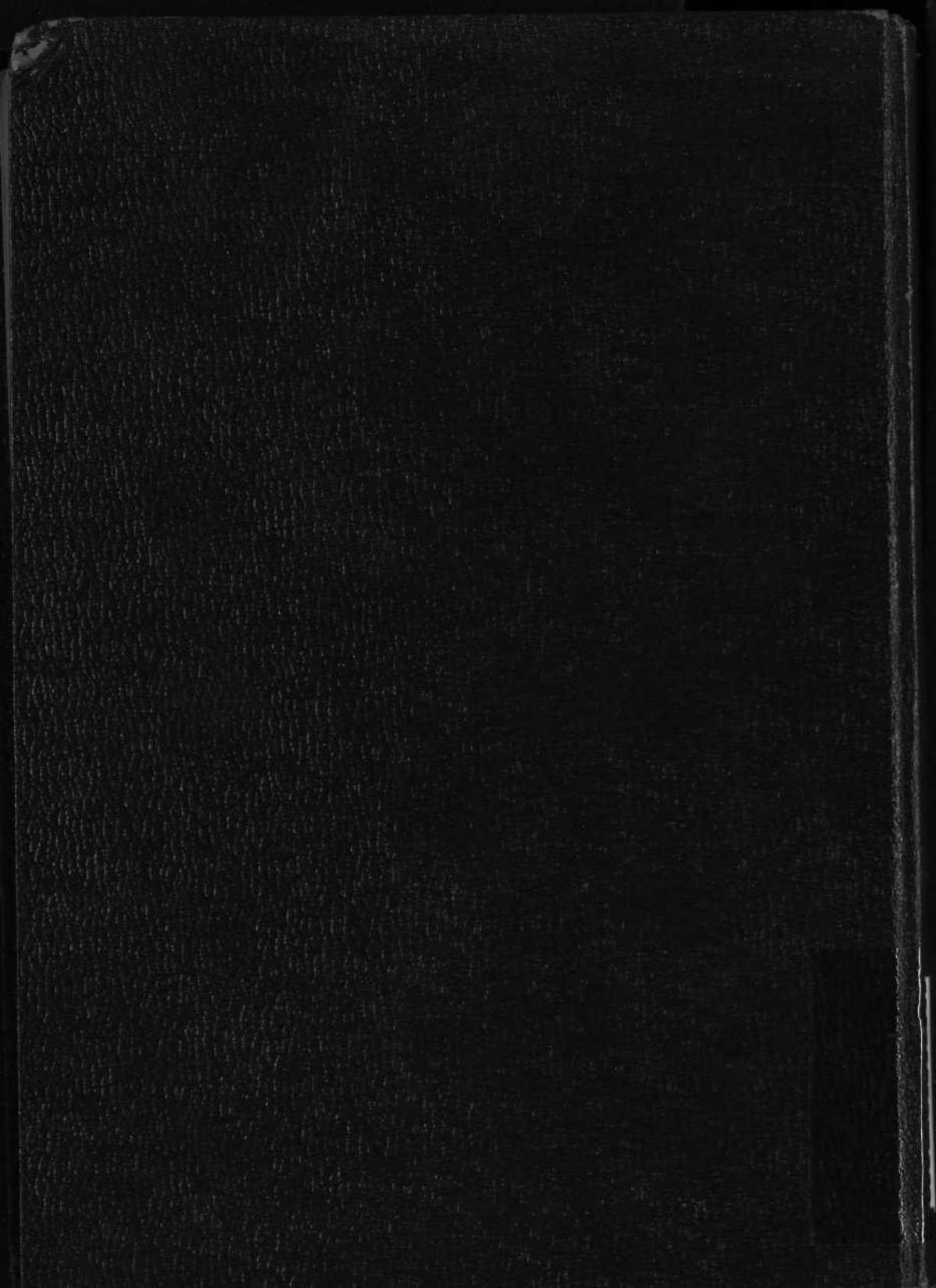
Cuarta época: Siglo XIX

I. Poetas líricos y épicos.	278
II. Dramáticos.	318
III. Novelistas.	331
IV. Didácticos y oradores.	349
V. Apéndice.	357

Obras de Narciso Alonso Cortés

- La Mártir.** *Leyenda.*—Valladolid, 1895.
- Fúfiles.** *Poesías.*—Valladolid, 1897.
- Rengloncitos.** *Poesías.*—Valladolid, 1899.
- Un pleito de Lope de Rueda.** *Nuevas noticias biográficas.*—Valladolid, 1902.
- Noticias de una corte literaria.** Valladolid, 1906.
- Romances populares de Castilla.** (*Recogidos por Narciso Alonso Cortés.*)—Valladolid, 1906.
- Elementos de Preceptiva literaria.** (Tercera edición).—Valladolid, 1912.
- Resumen de Historia de la Literatura.** (Tercera edición).—Valladolid, 1913.
- Modelos literarios.** *Literaturas extranjeras.*—(Segunda edición).—Valladolid, 1910.
- Briznas.** *Poesías.*—Valladolid, 1907.
- Romances sobre la partida de la Corte de Valladolid en 1606.** (*Reimpresión con notas aclaratorias.*)—Valladolid, 1908.
- La Corte de Felipe III en Valladolid.**—Valladolid, 1908.
- Juan Martínez Villergas.** *Bosquejo biográfico-crítico.* (Segunda edición).—Valladolid, 1913.
- La Mies de Hogaño.** *Poesías.*—Valladolid, 1911.
- Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa,** por J. P. Wickersham Crawford. (*Traducción del inglés, con notas.*)—Valladolid, 1911.
- Miscelánea vallisoletana.** Valladolid, 1912.
- Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de Valladolid.**—Valladolid, 1913.
- Las Eróticas ó Amatorias de D. Esteban Manuel de Villegas.** *Edición con prólogo y notas.*—Madrid, 1913.
- D. Hernando de Acuña.** *Noticias biográficas.*—Valladolid, 1913.
-





G 10060

WORLD OF

SOLO

TRAVEL

AGENCY

INC.

10060